



**CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN
SS.CC. ECUADOR (CONESSCC)**

**Programa de Formación Continua para Seglares
en la Perspectiva del Carisma SS.CC.**

Módulo II

CARISMA Y ESPIRITUALIDAD DE LA CONGREGACIÓN RELIGIOSA DE LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y DE MARÍA

Tutora: Hna. Lida Romero, ss.cc.

Quito - Ecuador

2013



PRESENTACIÓN

Estudiar el Carisma y la Espiritualidad Sagrados Corazones es, ante todo, un encuentro personal con Dios. Se trata de proporcionar algunas pistas y textos bíblicos que tienen que ser leídos a la luz del Espíritu Santo, para que produzcan fruto. El estudio debe ir acompañado de meditación y oración. Para iniciar este camino, es necesario presentarle a Dios la mano y el corazón abiertos, para que Él lo llene.

Comprender los textos bíblicos es penetrar en su profundo significado, es encontrar el propósito que guardan. No solo es quedarse en el espacio o con los personajes, es prestar atención en lo que me dicen a mí. Es preciso preguntarse ¿qué me dice el texto?, ¿qué me dice Dios a mí? y ¿qué le digo yo a Dios?

Esta es una actividad que implica a todo el ser, no es solo una actividad cognitiva. Es tomar conciencia de que la experiencia es afectiva, que son todos mis sentidos los que se despiertan para percibir lo que se me comunica a través de un texto. Este me afecta, toca todo el ser involucra a toda la persona. Es importante con frecuencia plantearme la interrogante: ¿qué me pasa con ese texto?, ¿me llega lo que me dice?, ¿qué sentimientos y afectos se mueven dentro de mí?

La organización es importante porque hay tiempo para todo si se lo propone. Se debe buscar el mejor momento. Hay que darse un tiempo diario; aprovechar la metodología propuesta en el primer módulo. Se recomienda tener un cuaderno, que constituya una especie de bitácora de viaje, para anotar las impresiones, los sentimientos, es parte de la gran aventura del encuentro con Dios.

Ánimo y generosidad son palabras muy importantes; organizar el tiempo, dedicación, usar bien el método, aprovecharlo son sugerencias para llegar a la meta. Saber que la inteligencia y la voluntad son dos cualidades del alma que van juntas. La segunda impele al ser a actuar, lo restante depende de Dios.

Recuerde que cada ser no está en un sitio por casualidad sino por causalidad. Y si está aquí es porque está con afectos e ideas que van a ser mirados por Dios; es muy importante involucrarse con el presente.

Este tiempo es un don de Dios. Él lo ha preparado todo para que usted esté aquí. La providencia de Dios está organizando su vida y la mía. Encontrar la voluntad de Dios y acatarla es actuar con sabiduría. Se le invita a vivir una experiencia personal con la firme decisión y convencimiento de que Dios le hace la propuesta. Procure mirar la vida a partir de la mirada de Dios. Inicie este estudio con un corazón libre, gratuito, abierto y vital. Confíe en el Señor y deje que Él oriente sus pasos, y usted solo ore por los unos y por los otros.

Pidamos al Señor, que nos dé lo que necesitamos y dejemos que Él actúe en nuestras vidas. Unámonos en oración para lograr la gracia del encuentro con Dios, en este Itinerario espiritual.

ORIENTACIONES GENERALES PARA EL ESTUDIO

Esta es una oportunidad para emprender no solo una aventura intelectual, sino, sobre todo, espiritual, en la que el enriquecimiento personal provendrá de la actitud y del aporte de cada uno.

¿Quiere emprender un camino nuevo?

¿Desea profundizar en el camino del Carisma y Espiritualidad de la Congregación Religiosa de los Sagrados Corazones?

¿Quiere ser parte de la gran Familia de Laicos de los Sagrados Corazones?

Cualquiera que sea la respuesta, se ha dado el primer paso y eso es importante. No se detenga, le acompañaremos en este camino, que esperamos sea su experiencia vital. Sea usted “Bienvenido”. Le abrimos la puerta de nuestra familia, porque usted es uno de los nuestros; siéntase contento de emprender este viaje, que si usted lo desea, va a ser fascinante.

Quiero recordarle que en la modalidad de estudios semi-presenciales, cada persona es responsable de su aprendizaje, de allí la importancia de la organización del tiempo, para la lectura, la profundización, la evaluación, la oración. Es importante que no se quede en la lectura superficial, sino que profundice, infiera lo implícito, interiorice.

Organice su tiempo para dedicarse una hora diaria a la lectura en la que puede aplicar varias técnicas de estudio: el subrayado, los organizadores gráficos le facilitarán hacer la síntesis de los contenidos, las palabras claves son de utilidad a la hora de escribir o analizar un párrafo.

Los trabajos individuales ponen en juego su iniciativa y su creatividad, trate de aportar siempre. Tenga presente que lo que estudia es para la vida y debe encontrar una aplicación en lo que usted realiza. El trabajo en equipo es enriquecedor porque todos aportan desde su experiencia, ¡aprovéchelo!.

El Módulo tiene cuatro unidades: las dos primeras responden al primer taller y las dos siguientes al segundo.

OBJETIVOS GENERALES

1. Identificar la presencia de Dios Padre, como manifestación amor en la vida.
2. Reconocer el origen y fundamento de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María y de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento del Altar.
3. Descubrir en la Eucaristía, la presencia del Amor de Dios a la humanidad.
4. Vivenciar que la fraternidad solo es posible dentro de una Comunidad.

UNIDAD N° 1

DIOS PADRE NOS AMA Y NOS DA LA VIDA

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

1. Identificar el principio y el fundamento de la Espiritualidad de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.
2. Reconocerse como un ser creado por Dios.
3. Determinar la causa de la ruptura con el Absoluto, Dios.
4. Establecer la opción de la misericordia como forma de reparación.

INDICADORES ESENCIALES DE EVALUACIÓN

- Se identifica con el principio y el fundamento de la Espiritualidad de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.
- Se reencuentra con el amor del Padre, en condición de hijo.
- Establece la verdadera causa de la ruptura del ser humano con el Absoluto.
- Reconoce en Dios, la Obra de la restauración entre el ser humano y Dios.

SUMARIO

1. Carisma y Espiritualidad.
2. Dios Padre-Madre nos ama con amor eterno.
3. Pérdida de la relación con el Absoluto.
4. Amor salvador-restauración.

1. CARISMA Y ESPIRITUALIDAD

La Comunidad en su contacto íntimo con los fundadores, en su apertura sin límites a la voluntad de Dios, creció en un particular estilo de vida y de oración. Mira al Buen Dios con cercanía y se deja conformar por Él, a imagen del Hijo; hizo del seguimiento y del Reino, su pasión y logró acercarse mucho a quien seguían.

Las actitudes con las que se pone la Comunidad a disposición del Señor, la manera de permanecer ante Él y con Él, su forma de transformar en gestos y acciones el Amor contemplado y recibido, su generoso compartir el tesoro entre todos, la comunicación de vidas, el gozo de sentirse un solo corazón y una sola alma, todo converge en lo que se llama Carisma y Espiritualidad, nacidos en lo cotidiano, en la donación de una vida sencilla, purificada en el sufrimiento y en la entrega entusiasta de cada hermano que forma la Comunidad-testigo del amor misericordioso de Dios.

La Espiritualidad SS.CC. es la respuesta concreta de los miembros de la familia SS.CC. al Carisma recibido por los fundadores: Pedro Coudrin y Enriqueta Aymer y su comunidad primigenia, quienes testimonian una vida cristiana y religiosa. Es la manera de configurar y precisar nuestra relación con Dios y con los hermanos. Se caracteriza por la vivencia de actitudes y opciones que muestran una manera determinada de vivir el misterio de Cristo hasta el extremo de tener su corazón traspasado en la Cruz.

Eso hace que se tenga un modo propio de leer la Palabra de Dios. Es una mirada nueva, los ojos nuevos que Dios nos ha dado para contemplar a Jesús de Nazaret. “En Jesús lo encontramos todo: su nacimiento, su vida y su muerte: he ahí nuestra Regla” B. P.

Los valores, elementos y actitudes de la Espiritualidad Sagrados Corazones no son propiedad exclusiva de la Congregación, sino un bien de toda la Iglesia. Sin embargo, en su conjunto, son un regalo recibido gratuitamente del Amor de Dios y constituyen un modo particular de seguir a Jesús para extender su Reino. La consagración a los Sagrados Corazones de Jesús y de María es el

fundamento de nuestra familia. Nos mueve la experiencia del Amor misericordioso de Dios y el deseo de permanecer y pertenecer exclusivamente a Él.

Nuestra misión nos urge a una actividad evangelizadora, especialmente por los pobres, los afligidos, los marginados y los que no conocen la Buena Noticia. María es el modelo de fe en el Amor y nos acompaña en el camino de seguimiento a Cristo.

La celebración eucarística vivida, hecha pan partido, y entregado para todos, el amor hasta el límite, la capacidad de perdón y reconciliación, la universalidad en el deseo del bien, la generosidad para compartir son actitudes esenciales de nuestro Carisma.

La adoración contemplativa, forma de orar, de situarse ante Dios, es el espacio, donde por el silencio y la escucha, se discierne su voluntad. Es el lugar donde se construye la fraternidad local y universal, es la manera de vivir la comunión en la Misión y acrecentar el celo misionero.

Adorar a Dios es haber llegado a la conciencia de ser criatura, obra de sus manos. Esto es lo que impulsa a asumir un ministerio de intercesión y nos recuerda la urgencia de trabajar en la transformación del mundo, según los criterios evangélicos.

Lo que nos fundamenta como familia SS.CC., une y motiva y es el hecho de haber recibido una misma Vocación y Misión al servicio de la Iglesia. Se tiene una misma riqueza espiritual, el Carisma SS.CC., que inspira a lo que se quiere ser en el mundo.

En esta familia, se puede vivir desde un estado de Vida Religiosa o de laico comprometido; somos seres-en-relación, cuya existencia no está nunca aislada de los demás. La relación está construida desde un doble movimiento: dar y recibir, ley universal del amor. La relación es posibilidad de ser, de intercambio; nos recuerda los límites y nos coloca ante Dios, para que en este viaje de ida y vuelta, crezcamos en comunidad, pero el proceso es personal.

En la familia SS.CC., se aprende desde la sencillez y desde el cariño, a no tener expectativas sobre nadie; a mirar y escuchar, atentos a la realidad del otro, y desde donde está, con respeto, tomar la iniciativa. Se procura aprender su lenguaje, el valor que da a las cosas, aquello a lo que es especialmente sensible; se tiene presente que el otro es don, porque ser yo-en-relación, supone siempre un tú.

Vivimos el servicio a la Misión sin poner fronteras (culturales, geográficas, ideológicas...), con disponibilidad activa y creativa en obediencia a la voluntad de Dios. En cualquier lugar y circunstancia somos hermanas/os de los SS.CC. por identidad y pertenencia a la Comunidad SS.CC.: Religiosos y Laicos.

2. DIOS PADRE-MADRE NOS AMA CON AMOR ETERNO

1. Principio y Fundamento

La palabra **principio** significa:

- Aquello que está en el comienzo, que está primero, antes de todo, anterior.
- Aquello que es más importante, que tiene más peso, que es lo principal.
- Aquello que tiene más valor, que está en el principio e ilumina todo lo restante. Los principios que dirigen la vida.

La palabra **fundamento** significa:

- Aquello que está en la fundación, que está de sustentáculo, de apoyo, que está escondido, en el cimiento que no se ve, pero que apoya.

Las cosas tienen un orden. En la lógica se plantean premisas, verdades evidentes en sí mismas y de ellas se deducen las otras. Hay verdades que son primeras; este es el sentido que se quiere dar al principio y fundamento de la vida cristiana y en nuestra Congregación, pasa lo mismo.

El argumento de principio y fundamento tiene tres afirmaciones:

1. El hombre es creado para alabar, reverenciar y servir a Dios

Percibir que la creación no es algo del pasado; el hombre es creado por Dios ahora, es un hecho presente, Dios continúa creando. Ser creatura no es un evento del pasado, ser creatura es una condición, la condición de ser dependiente de alguien y, al mismo tiempo, ser autónomo. Parecen dos cosas contradictorias, pero Dios nos ha hecho así.

El hombre es creado por Dios, porque Él lo quiso. Dios quería un ser capaz de dialogar con él, un compañero, alguien que lo reconozca, que lo ame, que lo alabe, que lo sirva. Dios tenía que crear un ser capaz de conocer, un ser semejante a Él, un ser con conciencia, con libertad y con trascendencia. Estas tres características hacen al hombre a su imagen y semejanza. El hombre es un oyente de la Palabra, un ser capaz de encontrarse con Dios. Esta es la verdad más esencial del hombre: su referencia a Dios. No es el hombre quien se crea y elige su existencia, sino se descubre creado por otro, es y está esencialmente referido a Dios. Cuando se corta esta relación, se destruye la referencia más importante del hombre, se rompe el sistema. El primer principio y fundamento es que el hombre es creatura de Dios.

Mirar el proyecto que Dios tiene para nosotros el sentido de encuentro. Se busca a Dios, pero es Dios quien nos busca primero; es Él quien nos atrae, Dios nos quiere, Dios quiso al ser humano y el ser humano se siente atraído por Dios como por un imán. San Agustín afirma: “nos hiciste para ti Señor y nuestro corazón no descansa hasta que no descansa en ti”. Por eso nos atrae la verdad, la belleza, la bondad, el bien, el amor, la caridad, la paz... Dios quiere que partamos de Él, quiere mirarnos desde Él. Hagamos memoria de las veces que Dios ha sido bueno conmigo, de cómo nos ha ido construyendo artesanalmente. Él nos va rehaciendo.

2. Las otras cosas sobre la faz de la tierra son creadas para el hombre, para que ayude al hombre a conseguir el fin para el que fue creado

Los seres anteriores son la prehistoria del hombre, el hombre la lleva en sí, en su vida, en su sensibilidad. La creación no es algo que está fuera de mí, está en mí. Las fases inferiores: materia, vida, sensibilidad no son el fin, son los medios para alabar a Dios. ¿Quién no se ha encantado con algún paisaje o algo bello de la creación? Salmo 8: “Señor Dios nuestro qué admirable es tu nombre en toda la tierra”.

Cuando las cosas se convierten en fin, se pierde el fundamento; si se corta el vínculo del fundamento con Dios, las cosas se tornan fin en sí mismas (Rom 1, 21-23). “Ellos cambiaron la verdad de Dios por la mentira”... “Ellos deberían mirar la creación y por ella adorar a Dios; ellos hicieron lo contrario.”

Cuando la relación es desordenada, el medio se torna fin; estamos afectados, tocados, no se consigue estar indiferente. Uno se apoya y se apega en las cosas hasta el punto de que solo el imaginar perderlas, provoca un desconcierto total. Ejemplo: La pérdida de la juventud, del vigor, de la belleza, vivir eso en el día a día es complejo. ¿Hasta qué punto nos apoyamos en ellas?

Vivimos de los apegos a los resultados, a la inteligencia, a la obra, a las ideas. El apego es desordenado, cuando está mal orientado o es desproporcionado. Su principal efecto negativo es que nos quita la libertad, ya no se es libre para escoger, es como un vicio. Todos somos un poco adictos a alguna cosa. La imagen de Pablo nos aclara, (Rom 7, 19): “Hago el mal que no quiero y dejo de hacer el bien que quiero”; el apego no me deja ser lo que soy, me resta energía. Eso es el pecado, algo que nos arrastra y uno acaba gastando mucha energía en la conquista del objeto deseado.

Dios nos proporciona las cosas como apoyo, como medio, están en función del servicio. No se trata de dejarlas de lado, Dios no quiere retirarlas, solo quiere quitar la afección desordenada, quiere que adquieran la finalidad de servir. Las

cosas solo nos atrapan cuando son usadas de mala manera. Podemos apegarnos a las cosas, a las personas, a sí mismo, a la inteligencia, la belleza...

Preguntémonos: ¿Cómo está mi relación con las cosas materiales? ¿Cómo está mi relación con las otras personas? ¿Estoy apegado a ellas?

3. “El hombre ha de usar las cosas en tanto y cuanto le ayuden a conseguir su fin y se alejará de ellas, en tanto o cuanto le aparten del fin para el cual fue creado” (San Ignacio de Loyola).

San Agustín dice: “que el hombre está para usar las cosas, no para deleitarse; el hombre solo debe deleitarse en Dios”. El apego a las cosas nos mantiene fuera de nosotros mismos.

Usar las cosas de manera ordenada, no lo conseguimos por nosotros mismos. Necesitamos ser curados, sanados de nuestros apegos, de nuestras relaciones desordenadas. Debemos buscar una relación sobria con las cosas, en la justa medida; dar a cada cosa su justo lugar.

¿Cómo llegar al equilibrio? El equilibrio exige libertad que viene dada cuando contemplo el Fin. Cuanto más fuerte es la experiencia del absoluto, más fuerte es la libertad frente a las cosas. Es la libertad para servir a Dios.

El mayor ejemplo de equilibrio es Jesús. Él no estuvo apegado a nadie ni a nada. Fue libre ante las cosas, ante las personas, la familia, los grupos (fariseos, zelotes). Lo que no impidió que sea un hombre involucrado, comprometido, muy conectado con la realidad.

Lo que nos impide ser libres son los afectos desordenados; es importante tener conciencia de ellos y nombrarlos, para que uno pueda aprender a trabajar con ellos. La propuesta no es sacar los afectos, sino ordenarlos.

¿Cuáles son mis absolutos? ¿Yo consigo ver el fin: Dios lo más importante y absoluto? ¿Puedo decir que soy una persona libre? ¿Cuáles son mis apegos?

Instinto de vitalidad (salud o enfermedad)

Instinto de estima (honra)

Instinto de poseer (riqueza o pobreza)

Instinto de existir y de sobrevivir (vida larga o vida corta)

3. PÉRDIDA DE LA RELACIÓN CON EL ABSOLUTO

1. El hombre y la mujer destruyen la relación con Dios

De hecho, en el Génesis 1 y 2, se encuentra que las relaciones del hombre con Dios, con los otros y con la tierra son buenas y el hombre es feliz. Dios bajaba al jardín y se paseaba por él, a la hora de la brisa de la tarde y se encontraba con el hombre y la mujer (Gen 3,8).

En el Capítulo 3 del Génesis, el hombre empieza a cuestionarse su dependencia de Dios, él quiere ser como Dios, conocer el bien y el mal, quiere tomar su vida en sus manos, para no morir; busca la eternidad, ya Dios no es su absoluto, se destruye la relación con Dios y el hombre se siente infeliz; pero, al perderse la relación con Dios, se pierde, también, la relación con el otro.

Adán no acepta su culpa y cuando se le pide cuentas de su actitud, se justifica y hace que recaiga la culpa sobre su mujer: “La mujer que me diste por compañera me engañó” (Gen 3,8) y por último, la relación con la tierra, la mujer tampoco acepta su culpa y la culpa la tiene la serpiente. El hombre y la mujer se meten en sí mismos, se vuelven egocéntricos y creen que solos pueden construir.

2. La fraternidad

Todo empieza con un error muy pequeño; el problema está en la ofrenda. Gen 4: Caín se hizo agricultor y ofrecía a Dios los productos de la tierra, Abel se hizo pastor y ofrecía a Dios como primicia, las mejores ovejas. Caín se entristece, porque la ofrenda de su hermano agradó más a Dios. Aquí comienza el pecado: Caín empieza a compararse y a sentirse peor que el hermano, cuando esto pasa, las cosas van mal. Caín no se mira así mismo, sino en relación a su hermano, se compara con él. No vive en su eje, no sabe vivir la diversidad, lo diferente; el problema de Caín y Abel comenzó por la comparación. La ofrenda mal hecha genera la envidia y esta provoca la muerte del hermano.

La humanidad es una unidad de diferentes. El otro puede ser un impulso que me suba, pero cuando entra la envidia, me abaja y me lleva a querer matar al otro. Caín rompe la relación y no oye más a Dios e inclusive banaliza la palabra de Dios: “No soy guardia de mi hermano”, perdió el sentido de la fraternidad.

En el hijo pródigo, también, se observa lo mismo. Cuando el Padre le pregunta al hijo mayor ¿por qué no entras?, él responde: ese hijo tuyo que malgastó tu herencia en prostitutas y tú haces fiesta para él. El Padre contesta con cariño: tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida... devolviéndole el sentido de fraternidad (Lc 15, 11-32). En la historia de José vendido por sus hermanos, se puede ver la relación de fraternidad restaurada: Yo soy su hermano (Gen 45, 1-4). En la historia de David, se ve cómo un pecado va generando otro: la fidelidad de Urías y la infidelidad del rey David, (2Sam 11, 27). El varón comienza a mirar a la mujer como un objeto, una posesión. Cuando la mujer es vista sin igual dignidad que el hombre, ya no se la ve como hija de Dios.

3. Relación con la tierra

Cuando la humanidad creció, se creyó con poderes divinos (Gen 6, 1-3). Yahvé se dijo: “mi aliento no permanecerá por siempre en el hombre porque es mortal; la duración de su vida será de 120 años”. Por aquel entonces, había gigantes en la tierra y, también, hubo después que los hijos de Dios se unieran a los hijos de los hombres y ellos y ellas les dieran hijos. Estos son los famosos héroes de antaño (Gen 6, 4).

Al ver el Señor que la humanidad piensa que puede tomar la vida en sus manos, multiplicarla, crear nuevas razas, nuevas formas de vida, que la tierra puede ser centro de investigación, para su mayor confort, cree que debe vivir sin ninguna ley anterior, sin ética, ni moral, se preocupa, porque ya la naturaleza está muy dañada y se expresa en grandes cambios.

4. El temor y la sumisión a Dios, (Gen 11, 1-9)

El ladrillo sustituyó a la piedra, siendo más leve puede ir subiendo; esto es lo que pensaron los hombres, que podían subir al cielo. Este es el pecado de presunción, creemos que tenemos el mundo en las manos. Por Ej.: el hombre frente a la tecnología. Esto se evidencia en la frase: “construyamos una torre” (Gen 11, 4). Así se construye el prestigio y es pecado de orgullo, atribuirnos la gloria a nosotros mismos y de querer ser árbitros de nosotros mismos. El hombre que rompe con Dios, quiere llegar a Dios, (*Bethel*), por sus propios medios, pero Dios les da un nuevo nombre: *Babel*. Dios descende y nos da nuestro propio nombre, Él es quien nos da la identidad profunda.

A veces, nosotros creemos que en este mundo de técnica, de ciencia, de globalización, los católicos ya no tenemos lugar, pero nuestra presencia es importante desde un lugar más humilde, somos necesarios para el mundo de hoy. El mundo ha mejorado materialmente y sigue creciendo, pero la humanidad vive, cada día, con mayor amargura; no tiene paz y está en constante tensión.

4. AMOR SALVADOR-RESTAURACIÓN

1. El Pecado

Meditemos el pecado a partir del amor de Dios, no del pecado mismo. El pecado solo puede ser entendido a la luz del amor de Dios. El pecado es una zona oscura y todos tenemos miedo de la oscuridad; uno quiere ir de la mano de alguien; para mirar el pecado, hay que ir de la mano de Dios, dejando que él nos muestre el pecado; solo con su acción, se puede reconocerlo y llegar a su raíz y no quedarnos con las manifestaciones. No nos sirve mirar los actos: envidia, críticas, etc.; esto es superficial, la falta de amor está en el fondo, es la raíz del pecado.

El pecado es una mala respuesta al amor; es un mal situarse frente al amor. *Tomás Merthon* tiene una imagen: cuenta que tenía un hermano menor que quería ir a jugar con él y Tomás le echaba piedras, para que regrese a casa; ese es el pecado, tirar piedras a Dios para que no esté conmigo y Dios, sin embargo, quiere ir con nosotros.

El pecado no es humano. Humano es el ser que Dios creó; el pecado deshumaniza, desfigura, deforma, nos quita la semejanza. El pecado es una realidad segunda, no una realidad primera. ¿Qué es más fuerte: el hombre del pecado o el hombre de la gracia? San Agustín afirma: “Cuando estoy en pecado, estoy en el país de la desemejanza”. El pecado tiene un sabor amargo y San Agustín señala: “que la amargura es una gota de veneno en el agua”.

Tenemos que pedir al Señor, que podamos mirar la propia vida y sentir dolor y confusión por nuestros pecados. Que nos enseñe a meditar ante la cruz y a preguntarnos: ¿Qué hiciste tú por mí? y yo ¿Qué hice por ti? Pidámosle la gracia de sentir dolor y confusión de nuestros pecados, que no nos sintamos culpables, que no mire al pecado para quedar envuelto en él, sino me lleve a mirar hacia adelante. Que no trate de justificarme, sino

que asuma la responsabilidad de mi pecado, sin chivos expiatorios, porque fui solo yo, quien decidió alejarse de Dios.

El mal espíritu inspira revancha, venganza, resentimiento, deseo de dañar al otro, hacerle sentir mal. El buen espíritu inspira, un corazón pacífico, contrito pero confiado. El mal espíritu actúa de tres formas:

- Como un niño que hace berrinches, que parece tener mucha fuerza, pero no es así.
- Como un seductor que propone cosas escondidas.
- Como un ladrón que ataca la casa por la parte más débil, porque sabe que cada uno de nosotros tenemos un punto débil: el dinero, el poder, los afectos, lo sexual.

2. La Restauración: La Misericordia

Dios es el Padre misericordioso, que nos quiere de vuelta a la casa, que nos quiere con Él.

- a. El hijo más joven, de alguna manera mata al padre, por eso le pide la herencia, le dice en otras palabras: tú no existes más para mí. Por ello va y gasta toda la herencia. Cuando vuelve el hijo, el Padre no hace ninguna pregunta sobre ella, lo único que siente es alegría por la vuelta del hijo, a quien le hace sentir que su lugar, es su casa, de donde nunca debió salir.
- b. Al hijo mayor le dice: tú nunca necesitaste salir, siempre estuviste conmigo, por eso debes alegrarte porque tu hermano ha vuelto.

El Padre nos ama y sale todos los días a ver si llegamos y cuando nos ve de lejos, se alegra tanto y va a nuestro encuentro. Considera la bondad de Dios que aparece en Jesús con la mujer adúltera (Jn 8, 1-11); la mujer que lava los pies de Jesús (Lc 7, 36-49). La misericordia es el camino de acceso al corazón del Padre, Dios es así: misericordioso y compasivo. Sin la

misericordia, nos encerramos en nosotros mismos, miramos desde nuestro yo. La misericordia supone un movimiento: El movimiento del Buen Samaritano (Lc 10, 29-37).

La clave es la persona abierta al prójimo ¿Quién es el prójimo? Es quien practica la misericordia. ¿Por qué pasaron de largo? Porque estaban ensimismados en sus cosas y no fueron capaces de aplicar la misericordia:

1. Mirar con ojos misericordiosos.
2. Dejarse afectar, dejarse tocar por los afectos; la misericordia conmueve, hace sentir compasión, sentir el dolor del otro.
3. Actuar, hacer algo como el samaritano. Si yo no puedo hacer nada, procuro ayudar.

La misericordia es un camino de felicidad. “Felices los misericordiosos”. La Palabra de Dios puede cambiar el corazón humano. La misericordia contagia, prolifera. Paulo VI decía: “Es posible crear una civilización del amor.”

UNIDAD N° 2

PRINCIPIO Y FUNDAMENTO DE LA CONGREGACIÓN DE LOS SAGRADOS CORAZONES

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

1. Relacionar las edades de Cristo con la Misión de la Congregación de los Sagrados Corazones.
2. Conocer el rostro velado y revelado de Jesús.
3. Descubrir la verdadera causa de la muerte de Jesús.
4. Reconocer en María a la guardiana de la Iglesia.

INDICADORES ESENCIALES DE EVALUACIÓN

- Contrasta las Edades de Cristo con las Constituciones de los Sagrados Corazones.
- Reconoce en el Rostro de Jesús, la esencia de ser cristiano.
- Identifica el Amor Redentor.
- Establece la relación de María y Jesús en la misión salvadora.

SUMARIO

1. La consagración a los Sagrados Corazones de Jesús y de María
2. Mirar el rostro velado y revelado de Jesús
3. María guardiana del Rostro de Jesús
4. Amor redentor ¿Por qué murió Jesús?
5. María asociada a la misión de Jesús

CONSAGRACIÓN A LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y DE MARÍA

1. El principio y fundamento de la Congregación de los Sagrados Corazones

El principio y fundamento de nuestra Espiritualidad es “la consagración a los Sagrados Corazones de Jesús y de María”. Esta nos llama a vivir el dinamismo del Amor Salvador. El amor de Dios, que se expresa en los corazones de Jesús y de María, es el dinamismo del amor salvador de Dios. El fundamento es algo que está en la raíz, es invisible, es lo que sustenta. Es la fuente de donde se origina el agua más pura. Es algo que nace invisible y se hace visible paulatinamente. La afirmación fundamental radica en esta frase: el Dinamismo del Amor de Dios se expresa en los corazones de Jesús y de María.

a) **Amor salvador:** ¿Qué significa que sea salvador? El amor de Dios es simplemente Amor. Dios nos creó porque nos ama porque quiso, porque quería alguien con quien dialogar. A partir del pecado, este amor creador, se vuelve amor salvador, sanador, curador; es Dios quien desciende para salvar al hombre; lo hace desde un pueblo y luego Él mismo se encarna.

El momento más alto de la salvación en Jesús es Dios que salva. “Yo vine para salvar y no para condenar” (Jn 3, 16-17). La gran obra de Jesús es salvar, recuperar a todos. Nuestra espiritualidad parte del amor salvador, de la redención y esto se realiza, sobre todo, en los corazones de Jesús y de María, traspasados.

b) **Dinamismo:** Esta palabra tiene tres sentidos:

➤ Diligente, activo, enérgico, movido... Jesús era así; en Marcos, se puede ver un día de la vida de Jesús: Camina, sana, se encuentra con otros, visita y luego madruga para orar (Mc 1, 21-45). Se puede percibir cómo

fue su accionar en la frase: “El celo de tu casa me devora” (Jn 2, 17) y la constatación: “No tenían tiempo ni para comer” (Mc 6, 30-44).

- Dinámica como funcionamiento, como estructura interna, como se relacionan las partes, el método, la forma de estructurarse, de organizarse. ¿Cuál es la dinámica del amor de Dios? Su dinámica funciona desde el anonadamiento, el abajarse, el despojo, el vaciamiento, la disminución, en actitud de siervo...

Una de las mejores formas de entender esta dinámica es desde el “siervo sufriente”, que presenta Isaías (52, 13- 53-12 y Fil 2, 5-21): Tengan ustedes los mismos sentimientos de Cristo Jesús. La dinámica del amor de Dios es un amor que va hasta el fin y que asume todas las consecuencias: la muerte, el pecado, los sufrimientos que provienen de la cruz.

El evangelista San Juan en el capítulo 13 comparte el hecho del lavatorio de los pies. Jesús asumió la actitud de esclavo; se quita el manto de su dignidad y se ciñe la toalla como un siervo cualquiera, para lavar los pies y su entrega fue hasta la cruz. Este signo es muy importante porque es una expresión de la Eucaristía, que está íntimamente unida a nuestra espiritualidad.

- *Dinamis* (fuerza, poder) es el sentido etimológico en griego. La mayor contradicción es que el máximo poder de Dios está en la fragilidad, en la flaqueza. Cuando Dios se presenta más débil, más frágil, es cuando Él nos salva, nos da la vida. La fuerza está en el corazón de Jesús traspasado en la cruz, en el amor que se manifiesta en situaciones aparentemente contradictorias. Dios manifiesta su fuerza en los momentos más débiles, en los momentos de tinieblas, de intensa obscuridad. Es aquí donde Dios manifiesta su poder.

El Principio y Fundamento de nuestra Congregación radica en “mirar al que traspasaron, con María, su madre, al pie de la cruz”. La medida del amor es

que no tiene medida; es único hasta el extremo y su fuerza radica en la mayor debilidad.

El Principio y Fundamento de nuestra Congregación es el amor que se manifiesta y salva en la cruz, por eso el Buen Padre decía: “Somos hijos de la cruz”. En la debilidad, está la fuerza de Dios. No haya entre ustedes muchos sabios... (1Cor 1, 26).

María fue asociada a la Obra Salvadora de Jesús. Ella está al pie de la cruz; ella está cumpliendo la palabra dicha por Simeón: “Una espada te atravesará el corazón”. Ella tiene el corazón traspasado porque su Hijo tiene el corazón traspasado (Jn 19, 25-27). El Evangelio de Juan es el más mariológico. María, solo aparece dos veces: una, al inicio del evangelio, cuando dice: “Hagan lo que él les diga” (Jn 2,5) y al final, María está al pie de la cruz, (Jn 19, 25-27).

María se convierte en corredentora, porque Jesús le confía la misión de ser madre de la Iglesia, cuando le dice a Juan: “He ahí a tu madre”. En el momento en que es más débil, en ese momento es más fuerte. María es la mujer serena y llena de fortaleza. En los momentos claves, María aparece. María y Jesús participan de la dinámica del Amor de Dios que se abaja y anonada.

«La Consagración a los Sagrados Corazones de Jesús y de María es el fundamento de nuestro Instituto» dice el Buen Padre. «En Jesús encontramos todo: su nacimiento, su vida y su muerte: he ahí nuestra regla» B.P. Hacemos nuestras las actitudes, las opciones y tareas que llevaron a Jesús al extremo de tener su corazón traspasado en la cruz. En nuestro seguimiento radical a Cristo, María, su Madre, modelo de fe en el amor, nos precede en el camino y nos acompaña para entrar plenamente en la misión de su Hijo (Const. Art. 3).

Jesús es nuestra regla, en Él encontramos todo. Habla de las etapas de la vida terrena de Jesús, no habla de la resurrección. A nosotros, nos toca más vivir el seguimiento de Jesús en su humanidad.

Las cuatro edades de Jesucristo

A fin de imitar la infancia de Nuestro Señor Jesucristo, abrimos escuelas gratuitas para la enseñanza de los niños pobres, de ambos sexos. Tenemos, además, Colegios, en los cuales nos imponemos el deber de admitir gratuitamente cierto número de niños pobres, según lo permitieran los recursos de cada casa. Además, los hermanos, preparan con especial cuidado a los jóvenes que siguen la carrera eclesiástica para las funciones del santo ministerio (Const. Cap. Preliminar 2).

Todos los miembros de nuestra Congregación se esfuerzan en imitar la vida oculta de Nuestro Señor Jesucristo reparando, con la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento, las injurias hechas a los Sagrados Corazones de Jesús y de María por los innumerables crímenes de los pecadores (Const. Cap. Preliminar 3).

Imitan, los hermanos y las hermanas, la vida evangélica de Nuestro Señor Jesucristo por medio de la predicación del Evangelio y por las Misiones (Const. Cap. Preliminar 4).

Cada uno, en cuanto le sea posible, está obligado a imitar la vida crucificada de Nuestro Salvador, mediante el celoso y, a la vez, prudente ejercicio de la mortificación cristiana, principalmente, con la represión de los sentidos (Const. Cap. Preliminar 5).

Es importante tomar el espíritu subyacente, el valor de fondo: queremos valorar la vida humana de Jesús, su vida como un todo, seguirlo desde su infancia hasta su muerte. La totalidad humana de Jesús aparece en la muerte.

2. Mirar el rostro de Jesús

Este es el mensaje del Cardenal Carlo Martini.

En estas meditaciones, nos dedicaremos a mirar el rostro de Jesús, sabiendo que de la contemplación amorosa de su rostro, depende nuestra misma oración, depende nuestra existencia y nuestra perseverancia.

El Evangelio, naturalmente da un relieve muy particular a la centralidad en el Señor, el cristianismo hunde sus raíces en el ministerio mismo de Cristo. El seguimiento de Cristo, según el Evangelio, sigue siendo la norma fundamental de toda vida cristiana.

a) Mirar el rostro de Jesús con gratitud

Empecemos mirando de manera agradecida el rostro de Jesús a través de la contemplación de la mirada agradecida de 3 mujeres en el Evangelio, según San Lucas.

En primer lugar, contemplemos a la viuda de Naín (Lc 7,11-17), que, en el traslado del féretro de su hijo único, oye de Jesús, una única expresión: “No llores”, la cual ciertamente no la entendió; pero, después, ve a su hijo resucitado. Imaginemos cómo esa mujer mira el rostro de Jesús. Primero, con asombro; después, con júbilo y, por último, con infinita gratitud; teniendo al hijo entre los brazos, exclama: “Tú me lo has devuelto, has hecho por mí mucho más de cuanto podía desear, has cambiado mi vida, has abierto para mí, de par en par, nuevos horizontes de felicidad, te has inclinado sobre una pobre mujer abandonada”.

Contemplemos y sigamos la mirada agradecida de la mujer que padecía hemorragia desde hace 12 años (Lc 8,43-48). Esa mujer fue liberada no solo de la enfermedad, sino, también, del respeto humano, reconducida, por lo tanto, a una condición comunicativa libre y valiente, reconducida a la confianza en sí misma, a la alegría de vivir.

Finalmente, contemplemos a la mujer encorvada (Lc 13,10-13) que, como la viuda de Naín, no ha implorado de Jesús la curación. De golpe, sin esperárselo, porque ya se había resignado, es curada y pasa del encerramiento en sí misma, simbolizado precisamente por su enfermedad, a una vida libre, abierta. ¿Con qué intensidad de gratitud habrá contemplado la mujer el rostro del que, con absoluta gratuidad, le ha vuelto a poner en el camino de la vida?

Procuremos entrar en el sentimiento de gratitud de esas mujeres, comparándonos con ellas y considerando nuestras situaciones parecidas a las suyas: ¿Hay en mí algo de cada una de esas 3 personas liberadas por Jesús?, ¿quizás un dolor muy grande, una situación de abandono?, ¿quizás el miedo a comunicarme con otros, la falta de confianza en mí mismo?, ¿quizás resignación ante mis encerramientos, bloqueos que me cierran a la alegría, que me impiden proseguir el camino?

b) Escuchar las palabras de Jesús con disponibilidad

Pongamos atención, ahora, a las pocas, pero incisivas y significativas palabras de Jesús a estas mujeres. A la viuda de Naín, le dice, apenas: “No llores”. A la hemorroisa, le dice: “Tu fe te ha salvado, vete en paz”. Y a la mujer encorvada, “Quedas libre de tu enfermedad”. Son todas palabras que infunden ánimo y estímulo, que dan la fuerza para confiar, aceptarse a sí mismo, y seguir adelante.

Max Oliva, un jesuita norte-americano, predicador de retiros, comenta que, aunque sea verdad que la soberbia, el orgullo y el amor propio parecen ser nuestros mayores enemigos, que nos hacen caer, nos destruyen, “mi experiencia dando retiros me ha demostrado que la mayor parte de nosotros lucha con la dificultad de aceptarse a sí mismo, más que con un sentimiento de superioridad” (Libres para orar, libres para amar, pp. 24-25).

Estamos continuamente tentados de repudiarnos, de despreciarnos a nosotros mismos. Voces interiores disturbán nuestra paz y nos dicen que no somos lo bastante buenos, que no nos comportamos lo bastante bien, que no tenemos bastantes talentos, no estamos suficientemente entregados. En la verdad, es una forma sutil de soberbia, que actúa bajo una capa de humildad: no soy capaz de nada, ni siquiera el Señor sabe qué puede hacer conmigo, mejor dicho, se ha olvidado de que existo, me ha abandonado, no estaré nunca a la altura de las circunstancias.

Jesús siempre nos anima y nos lanza de nuevo a la vida, nos imprime confianza y nos da conciencia sobre nuestros propios dones, que son de Dios.

c) Participar de la debilidad de Jesús

Demos un paso más y miremos al rostro de Jesús en una escena muy importante, el huerto de Getsemaní.

Jesús deja a 8 de sus discípulos un poco aparte, lejos, con una recomendación general: “Voy a orar, vosotros sentaos”. Estos 8 discípulos son un modelo de todas las personas a las que se pide que miren con gratitud el rostro de Jesús, que se dejen animar con disponibilidad en la observancia de los mandamientos, de los deberes del propio estado, pero a los que no se pide que participen en el dolor, en el sufrimiento del Señor, porque no han llegado al estado de madurez de la fe, no ha llegado, todavía, su hora. Quizás es solo después de algunos años, cuando su amor les da conciencia de ese nuevo paso, que les convertirá en testigos de su sufrimiento más profundo.

El Señor nos invita a contemplar su rostro más de cerca, a dar un paso más, a participar de sus sufrimientos, como ha hecho con Pedro, Santiago y Juan. Estos, cerca de Jesús, ven algo que les deja espantados: el rostro de Jesús aparece abrumado, angustiado, casi aplastado por los problemas, convertido en la imagen de la debilidad.

Jesús hasta exclama: ¡Siento una tristeza mortal! Los 3 discípulos se angustian. Estaban acostumbrados a ver un Jesús sereno y seguro de sí, dueño de sus acciones, por encima de los acontecimientos humanos.

Seguramente, se habrán recordado de los anuncios de la pasión, pero aquello eran palabras y, ahora, son imágenes, y nosotros sabemos lo contagioso que es ver un rostro aterrorizado.

Jesús les dice: “Quedaos aquí y velad”. Se nos podría ocurrir decir: ¿Pero, no sería mejor marcharse, correr a avisar a alguien de lo que está ocurriendo? No, quedaos y velad, participad en mi penalidad, en mi prueba, entrad en mi debilidad. Pero, ellos no entienden su lenguaje: “Volvió y los encontró dormidos”.

Es un misterio su adormecimiento y el nuestro, el adormecimiento de quien sigue a Jesús hasta un determinado punto, declarándole amor y fidelidad; pero, después, tiene miedo de entrar en el sufrimiento. Nos cerramos en nosotros mismos, nos volvemos sobre nosotros; el sueño es la imagen del no querer ver, saber, ni entender. No se huye, no, pero se permanece inerte, sin captar la gravedad de cuanto está sucediendo a mi alrededor, sin participar en ello. Se trata de una incompreensión afectiva, un rechazo tan grande que induce al sueño; antes ya habían tenido un rechazo intelectual a los anuncios que Jesús había hecho de la pasión. Y Jesús vuelve a amonestarlos: “Velad y orad para que podáis hacer frente a la prueba”. Nos ofrece un medio seguro: velad y orad; no nos pide que nos lancemos a la actividad, porque, a veces, la actividad es una fuga para olvidar. Velad y orad, no tengáis miedo de mirar de frente a la verdad. Es aquí donde se recupera la filiación, donde salís del seno materno y os encontráis a vosotros mismos, mediante un renacimiento; no tengáis miedo de los dolores de parto.

Después de haber repetido la invitación a velar y orar para no caer en tentación (tentación de huir, de considerar la situación excesiva, no razonable, prefiriendo la vida cotidiana con sus males antes que hacer el esfuerzo de ir a la raíz del mal), Jesús los conforta con una afirmación

particularmente importante: “El Espíritu está bien dispuesto, pero la carne es débil”.

Es la invitación que hace a que cada uno de nosotros distinga dentro de sí el espíritu y la carne. A menudo nos deprimimos porque vemos en nosotros la mundanidad con sus desconfianzas, sus incredulidades, sus resistencias, sus rebeliones ante el sacrificio, la obediencia, la muerte. Sin embargo, dentro de nosotros, hay un espíritu dispuesto, el que ha encendido en nosotros el Espíritu Santo. Se nos pide, pues, volver a despertar esa capacidad que hay en nosotros, aunque cueste trabajo, ponerla en el centro de nuestra atención velando y orando.

Somos invitados a mirar con participación el rostro de Jesús en el Getsemaní, a tener el valor de entrar en su sufrimiento, y a no comportarse como los discípulos, que se adormecen. Siempre somos tentados a adormecernos, a pensar en la vida cotidiana con sus diversas ocupaciones que nos distraen, nos apartan de la mirada radical sobre la debilidad humana y sobre la muerte.

Ante el rostro de Jesús en la cruz, dirijamos también a él nuestras palabras:

- En primer lugar, **una palabra de gratitud:** Gracias, Señor, porque por mí, en mi lugar, para vencer mi pecado y el nuestro, has llegado hasta este punto.
- Una segunda palabra, que es **una pregunta: ¿Por qué estás aquí?** Él nos responde: Estoy aquí porque, de otro modo, acabaría aplastado por tu desesperación, por el miedo, por tu repudio de la muerte y de lo que precede a la muerte. Esto nos dice Jesús respecto a su camino; quiere derrotar al pecado en su raíz última y por eso afronta la angustia, la repugnancia, la tristeza, para así vencerlo en nosotros y en la humanidad. Encierra todo el mal en sí y lo somete al Padre.

- Una tercera palabra que, también, es **otra pregunta: ¿Qué podemos hacer para responder a tu invitación?** Oiremos, también, la palabra de Jesús que nos dice: ¡Ven y sígueme! Participa plenamente conmigo en la redención del mundo.

d) El Rostro revelado de Jesús en la Resurrección

Los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35) están desolados, tristes, en la obscuridad; no tienen energía para hacer frente a esa desolación. Mira a esos discípulos que vuelven tristes; después, mira a Jesús que se aproxima al desolado. ¿Cómo Dios se aproxima a mí en este estudio? Dios siempre está cerca, se hace próximo, nos convida a hacer camino con Él.

“El jardinero, entre nosotros, está y no lo reconocemos”, (Jn 20, 15-16). “La experiencia de Jacob” (Gen 28, 17), y nuestra experiencia, también. Jesús oye el discurso de los dos desolados, tiene paciencia para oír las lamentaciones. Jesús entra en la vida de nosotros para que salgamos de una manera distinta, como Él quiere. “Nosotros esperábamos que Él...” Y nosotros ¿qué esperamos de este estudio?, cuál era el deseo, las preguntas, los sentimientos..., a veces, esperamos demasiado de Dios.

Jesús toma las riendas en las manos: “Como son lentos para entender...” (Lc 24, 25). Jesús hace una *Metanoia*, cambia la mirada, la mente, quiere que vayan más allá. No es que las cosas cambian, cambia el horizonte interpretativo. Ellos esperaban un Mesías victorioso. Los discípulos de Emaús tienen el kerigma en su mente, su cabeza... “Eres el único que no ha sabido...”. Jesús les devuelve lo mismo y les dice: Tomen las escrituras: Abraham ha caminado de la oscuridad a la luz, Moisés, de la esclavitud a la libertad; los profetas de la desesperanza, a la esperanza. La escritura, en los discípulos, no estaba acogida y asumida en el corazón, solo en la cabeza; la clave de la Pascua está en

toda la historia de la salvación. Jesús ha explicado las escrituras nuevamente.

Un estudio del Evangelio siempre es un refuerzo. Quizá ya nos dijo, pero nos lo dice nuevamente porque la Palabra de Dios es siempre nueva; nuestra vida es siempre nueva, porque cambia a cada momento. Jesús les invita a tener ojos nuevos... sacar las escamas de los ojos, así hizo arder el corazón... abre la inteligencia y enciende el amor, abre la mente y enciende la voluntad.

Jesús no nos elude: “Si quieren seguirme...”, no pueden huir del dolor, de mi rostro sufriente. Toda la vida tiene una clave pascual. Jesús nos dice que es necesario pasar por la cruz y no hay atajo, no hay escapatoria. Los discípulos de Emaús comienzan a tomar conciencia de que es Jesús, y que es una presencia agradable: “Es tarde, Señor, y la noche ya viene: quédate con nosotros”. A veces, nos quedamos así en un retiro: Señor no te vayas, quédate con nosotros en el día a día, en todo... La vida es de peregrinación, no nos dejes llevar la vida solos; quédate con nosotros... y después lo han reconocido en la fracción del Pan. Se acordaron de esta señal.

Seguramente, en este estudio habrán muchas señales de Dios: personas, hechos, lugares. ¿Cuáles fueron las señales que me acompañaron en este estudio? Nombre de personas, de lugares... Jesús siempre está con nosotros; su presencia agrega valor, su presencia hace la diferencia; la vida es distinta cuando miramos desde Jesús. “Pero no ardía nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino”. ¿Qué me ha dicho en este estudio Jesús?, ¿cuáles son las palabras importantes que hicieron arder mi corazón? Resuelven volver corriendo, no se mide la hora ni el peligro, porque están alimentados con el Pan de la Vida; la Palabra ha alimentado el corazón y su mensaje es: Nosotros lo vimos, nosotros lo reconocimos.

Todo estudio del Evangelio debería ser un poco así; yo he visto al Señor, él ha hablado de nuevo conmigo, me ha llevado nuevamente al desierto para hablar al corazón. Y ver a Jesús me lleva siempre al encuentro con el hermano. La experiencia de Dios nos hace siempre querer reintegrarnos en la comunidad; se necesita la confirmación de la comunidad. Ellos van a obtener la confirmación de su fe. Nosotros, también, lo hemos visto, las mujeres tenían razón.

También, puede ser que no se reciba confirmación, si eso ocurriera, no nos dejemos desanimar por eso, porque llevamos dentro una verdad profunda: nos encontramos de nuevo con el Señor. ¿Cómo nos hemos encontrado con el Resucitado en mi vida? Rever un poco la experiencia de nuestro estudio, ¿fue creciendo, bajando, con altos y bajos? Los discípulos de Emaús comenzaron con un corazón amargado y después salieron con el corazón muy feliz.

e) El rostro velado de Jesús en la pasión

Los evangelistas hablan expresamente del “rostro” de Jesús en la pasión: “los que custodiaban a Jesús se burlaban de él y lo golpeaban. Le habían tapado los ojos y le preguntaban: ¡Adivina quién te ha pegado! Y le decían muchas otras injurias” (Lc 22, 63-65). “Algunos comenzaron a escupirle y, tapándole la cara, le daban bofetadas y le decían: ‘¡Adivina!’. Y también los criados lo golpeaban” (Mc 14,65).

El rostro de Jesús es tapado por los soldados y criados. Gente que, probablemente, tiene necesidad de ahogar sus peores instintos, de expresar con violencia el resentimiento hacia un hombre que parecía tener prestigio y que ahora está caído, acusado de blasfemia, condenado a muerte (hemos visto a menudo, en los últimos años, cómo se desencadena el resentimiento contra quien del primer puesto desciende al último, qué fácilmente surgen formas de venganza, casi de complacencia en el mal ajeno). Son sentimientos mezquinos, muy

mezquinos y, sin embargo, los tenemos dentro de nosotros, anidados en nuestro corazón.

Se insulta a Jesús en su actividad profética, diciendo: “Adivina, quién te ha pegado” (“adivina” en griego es *“proféteuson”*, profetiza). Lo insultan en su identidad divina. Es la humanidad que repudia, que proclama su gran rechazo a la revelación del Padre. Pues, en Jesús, es insultado Dios mismo; en ese rechazo se manifiesta el odio hacia Dios, el resentimiento porque se ha manifestado no cómo lo quisiéramos, no salva como lo esperábamos.

El rostro de Jesús está velado para poner fin a nuestros resentimientos hacia Dios y hacia el próximo. Él toma sobre sí, nuestro orgullo para expiarlo, para purificarlo y para salvarnos (cf. 1Cor 1,17-25). Jesús carga con las falsas imágenes de Dios, con las idolatrías, con toda forma de vejación, recibe en sí, todo el mal para sacar de él, sumo bien, suma misericordia, sumo perdón, suma obediencia, suma santidad.

El rostro velado de Jesús nos repite la misma palabra pronunciada en nuestra vocación: ¿quieres colaborar conmigo en la salvación del universo?, ¿quieres derrotar en torno a ti y en ti, el pecado, el orgullo, la soberbia, la idolatría? (Promesas del bautismo).

f) El rostro revelado de Jesús en la resurrección

El mismo rostro velado de Jesús se devela a los discípulos después de su muerte. En el episodio de los discípulos de Emaús, Jesús va revelando gradualmente su rostro a los discípulos.

Al principio, el rostro de Jesús aún está velado para los discípulos. Sus ojos eran incapaces de reconocerlo; no habían comprendido el misterio de la pasión. Están desalentados y en fuga, porque como los 3 discípulos en el huerto, se han adormecido por miedo a tener que mirar el rostro sufriente y sangrante de Jesús.

Jesús va paulatinamente revelando su rostro a ellos. En primer lugar, con la *“lectio divina”*. Va recordando todas las Escrituras, empezando por Moisés y todos los profetas, es decir, por el Antiguo Testamento, para explicar lo que se refería a él, a su misterio de crucificado resucitado. Y nos dice: Si sois fieles a la *“lectio divina”* cotidiana, a la *“lectio” continua* y no solo de este o de aquel fragmento elegido al azar, os develaré, cada vez mejor, mi verdadero rostro.

En segundo lugar, se revela confortando el corazón. No basta la inteligencia, no basta el razonamiento, no basta el estudio exegético de la Biblia, como no basta la sensibilidad afectiva y emotiva, aun cuando sea muy importante. El corazón es el centro profundo de la persona, lugar de las decisiones más hondas e íntimas; incluye, por lo tanto, la voluntad y la inteligencia. Ahí se da la tensión dinámica del enamoramiento, del don de sí, de la vibración interior (el sentir afecto, cantar, tocar, danzar...). Sin esa vibración interior, los sentimientos externos pueden ser útiles, pero decaen enseguida.

Finalmente, Jesús se revela al partir el pan. El gesto de partir el pan, después de haberlo bendecido, era propio de todo hebreo; pero, los dos de Emaús reconocen al maestro por cómo lo parte, de una forma peculiar suya: “Entonces, se les abrieron los ojos”.

También, nosotros tenemos que levantar el velo del rostro de Jesús. Muchas veces, estamos encerrados en nuestros discursos y razonamientos mundanos, atrapados totalmente por pequeños cálculos, por pequeñas gratificaciones, por lamentaciones, por irritaciones..., pero, cuando se levanta el velo, descubrimos que la vida es mucho más bella, que la realidad es vasta y podemos cantar. De hecho, cantar es posible si tenemos una visión amplia, porque, entonces, no nos fijamos en el bordoneo de una sola cuerda del arpa, quizás la del lamento, la del resentimiento, sino que las tocamos todas y con alegría.

3. María, la guardiana del rostro de Jesús

María ha guardado impreso en su memoria el rostro sufriente y glorioso de Jesús. Lo “recordaba” frecuentemente. Ciertamente ese “recordar” del rostro de Jesús ayudó a María a siempre “acordar” las cuerdas del arpa de su vida. En un santuario, situado en las cercanías de Roma, la Virgen es invocada con la advocación de “Nuestra Señora del equilibrio”. Para que el arpa suene con armonía, es necesario el equilibrio entre las diversas cuerdas, que no haya en ella una cuerda demasiado floja y otra demasiado tensa, y que en cada cuerda haya el equilibrio entre la tensión y la elasticidad.

El equilibrio en la vida es algo difícil de ser lograrlo. Muchas veces no lo alcanzamos debido a la prisa, a las pasiones, a la falta de asiduidad en la “*lectio divina*”, al descuido del conjunto global de la acción de Dios en la historia, a la precipitación en el juicio, a las antipatías y simpatías que surgen y dominan, estropeándolo todo y creando tensiones continuas. No hay una receta hecha para lograr el equilibrio en la vida, precisamente, porque el equilibrio es vida; se resuelve viviendo, buscando el equilibrio entre afectividad e inteligencia, entre atención y reflexión sobre los datos, lo que permite, poco a poco, encontrar el punto justo.

Se trata de un trabajo de discernimiento práctico, cuyos principios generales pueden ser:

- Negativamente: No decidir basándonos en prejuicios, afectos (quizás buenos, pero predeterminados), en visiones estrechas.
- Positivamente, escuchando siempre antes de juzgar, analizando todos los datos, sintetizándolos con la inteligencia, y volviendo a examinar de nuevo esa síntesis para ver si carece o no de incomprensión, de prejuicios.

Nuestra Señora del Equilibrio nos estimula a buscar, a reflexionar humildemente, a pensar, a reconsiderar, a comparar los acontecimientos como hacía ella misma.

Conclusión

El Cardenal Martini termina esta charla, invitándonos a una renovación desde dentro, no motivada por decretos externos. Para eso, sugiere que se guarden cuatro fidelidades:

- **Fidelidad a Cristo y al Evangelio:** Él es la razón primera y última de nuestras vidas y de nuestra misión como católicos; Él es el Evangelio, la raíz, la norma y la alegría de nuestras existencias.
- **Fidelidad a la Iglesia y a su misión en el mundo:** Sentir con la Iglesia, vivir su ministerio y la comunión eclesial, identificarse con su misión.
- **Fidelidad a la vida laical y al carisma propio del Instituto:** Fidelidad a sus elementos esenciales, a su identidad, a su misión, en comunión con la Congregación con la que comparten.
- **Fidelidad al ser humano y a nuestro tiempo:** Percibir las necesidades de los hombres y de las mujeres de nuestro tiempo.

El Cardenal Martini concluye con estas bellas palabras del apóstol San Pablo:

“Al Dios que tiene poder para consolidaros según el Evangelio..., y según la proclamación..., de Cristo Jesús... manifestado ahora... y dado a conocer... a todas las naciones de modo que respondan a la fe; a ese Dios, el único sabio, sea la gloria por siempre a través de Jesucristo “. Amén.

4. AMOR REDENTOR

Nosotros queremos vivir las actitudes, las opciones y tareas que llevaron a Jesús al extremo de tener su corazón traspasado en la cruz. Miramos la humanidad de Jesús, no desde su nacimiento sino, desde la Cruz. Él tiene el corazón traspasado, ¿por qué? Porque Él tuvo determinadas opciones, acciones, actitudes, tareas y sentimientos que lo llevaron a esto. Jesús murió como vivió, en la cruz.

¿POR QUÉ MURIÓ JESÚS?

Primer nivel: Para que se cumplan las Escrituras

Para cumplir las escrituras, tiene el corazón traspasado (Zac 12, 10; Jn 19,34). Porque está en la Escritura que el cordero pascual no tendría ni un hueso quebrado (Sal 34, 20). Jesús es el Cordero Pascual. Juan dice que Jesús muere en la hora de la pascua (Jn 19, 42).

Segundo nivel: El Político

Porque se decía Rey de los judíos. La causa oficial de la muerte de Jesús tiene una explicación política; aparece más en el Evangelio de San Lucas. Encontramos a este hombre sublevando el pueblo, incitando a no pagar los impuestos. Agitador de la gente (Lc 23. 2,3).

Tercer nivel: Jesús es Dios

Este es el motivo real. Porque se decía Hijo de Dios, se hacía igual a Dios. Este es un motivo religioso, fueron las autoridades judías quienes mataron a Jesús (Jn 5, 25; Jn 19, 7).

Cuarto nivel: Cordero Inmolado

Más profundo y verdadero. En Mateo, Marcos y Lucas, Jesús sufre la muerte, en Juan, no, Jesús da su vida libremente (Jn 10, 18). El sentido más profundo tiene dos vertientes: es su identidad de hijo de Dios y como quien cumple la obra de Dios: que no se pierda ninguno de los que me diste.

En Mateo, Marcos y Lucas, el Getsemaní de Jesús es: Aparta de mí este cáliz, suda sangre... se da el lado oscuro, el sinsentido de la muerte. En Juan,(18, 11) dice: “Debo beber este cáliz de amargura que el Padre me ha preparado”. Jesús está sereno y se entrega. En Juan, se ve cómo Jesús da sentido a su muerte, como Hombre y como Dios.

Quinto nivel: ¿Cuáles son las actitudes que llevaron a Jesús a tener su corazón traspasado en la cruz? ¿Por qué querían matarlo los judíos?

- Jesús tenía una interpretación distinta de la ley que no es literal, una lectura más profunda y espiritual que va a la raíz de la ley: defender la vida. “Tus discípulos están cortando espigas en sábado” (Mt 12, 1-8). En la sinagoga, al mirar la actitud de los fariseos, más allá del sábado está la vida del hombre. Jesús pregunta: “¿No se va a buscar un buey que cayó en el hueco y porque no se puede curar a un enfermo? que está permitido hacer el sábado: el bien o el mal...”. El sábado se lo guarda para hacer el bien (Mt 12, 9-14).
- Jesús tiene una interpretación mucho más interior de la ley. “¿Por qué tus discípulos no ayunan?”(Mt 9, 14-15). Porque el novio está con ellos. “¿Por qué tus discípulos no se lavan las manos?” (Mc 7, 1-5). Más importante es la pureza interior, lo malo no es lo que entra en el ser humano, sino lo que sale de él. (Mt 15, 11-20).
- Su relación con los pecadores: Jesús no tuvo ningún recelo de comer con pecadores, de ir a sus casas, de colocarlos como centro de su misión: “Yo vine no por los justos sino por los pecadores” (Mt 9, 9-13). Jesús tiene una

actitud misericordiosa con todos. Este es el tema de la justicia de Pablo: ¿Cómo justifica Dios a la persona? Por la misericordia. La justicia de Dios es la misericordia. En la lectura de Rom 5, 8-11, se habla de las actitudes de Jesús que muere para mostrarnos su amor y que nos da la salvación por medio de su sangre.

- La forma de ser de Jesús, su pureza, su transparencia, su verdad, su coherencia muestran un hombre puro de corazón; es un hombre que no juzga por las apariencias. Jesús es directo, transparente (Mt 7, 1-5). Las Bienaventuranzas (Mt 5, 1-12) resumen la manera de actuar de Jesús; es sereno en su pasión, entra a Jerusalén en un asno (Zac 9, 9). Es manso y humilde de corazón, no saldrá gritando por las calles, cree en el otro (Is 52, 12; 53, 7-8).
- Actitudes del Siervo: Silencio, oración, escucha de la Palabra, mansedumbre, humildad, acogida de los pecadores, alma amplia, compasión, moderación; relativiza lo institucional, tiene otra visión del templo (Jn 2, 13-17). Tiene otro sentido de interioridad, profundidad, servicio y solidaridad.
- Opciones: Fidelidad al Padre, que nace de la intimidad, de la identidad con el Padre; la oración es su alimento: Siempre da gracias al Padre (Mt 26,26; Lc 9, 16). Sale a rezar en la madrugada (Mc 1,35) y se queda toda la noche rezando (Lc 5, 16; Lc 6, 12). Ese es su secreto, la intimidad con el Padre. Esto significa decisión, opción y es fundamental. Lo hago porque si no, pierdo fuerza, para ser fiel a la obra del Padre. La obra es de Dios, que no se pierda nadie es su objetivo: salvar a todos, recuperar a todos es la fidelidad a la Obra del Padre (Jn 17).
- Tareas de Jesús: Revelar al Padre, “que ellos te conozcan a ti y a quién te ha revelado”. Realizar la salvación: Recuperar a todos, llevar a todos a Dios (Jn 17; Is 52-53).

Conclusión: El corazón de Jesús es traspasado en la cruz, porque su vida y su corazón puros ven a Dios y lo revela, y al hacerlo, revela, también, al corazón humano su ser pecador, pero este no puede soportar una luz tan fuerte a no ser que se deje modelar por él, por eso lo mataron.

5. MARÍA ES ASOCIADA AL MISTERIO DE LA IDENTIDAD Y DE LA MISIÓN DE JESÚS

En nuestro seguimiento radical a Cristo, María su Madre, modelo de fe en el amor, nos precede en el camino y nos acompaña para entrar plenamente en la misión de su Hijo. (Const. Art. 3).

- Ella es asociada al misterio de la identidad de Jesús.
- Sin ella, Él no podría ser hombre; diciendo sí, ofreció su cuerpo, su útero materno.
- Ella fue asociada a la humanidad de Jesús.

- Ella forma la persona de Jesús, Él no fue formado en el aire, fue formado por María que le fue enseñando tantas cosas. Él tenía mucho de María y de José.

- Por la participación en su vida oculta: Treinta años en los que María está con Él

- En la vida pública, María lo sigue en todo momento, incluso llegó a pensar que podía estar loco. “Mi madre y mis hermanos son aquellos que hacen la voluntad del Padre” (Lc 8,21). Ahí, Jesús revela que su relación con ella es más importante por la fe que por la sangre. Ella es integrada a la misión de la cruz: “He ahí a tu madre” (Jn 19, 26-27).

- María es modelo de fe en el amor, nos precede y nos acompaña. Ella creyó sin ver (Heb 11, 1). Vivió en esencia la fe, creyó antes de poseer. Fe no es tener las cosas claras, sino la constancia, la firmeza, la paciencia de quien espera en medio de cosas no claras.

- Se lanza incondicionalmente sin pedir señales, a diferencia de Zacarías que pide una señal (Lc 1, 18-19). Jesús enfrentó a los judíos diciendo: “Ustedes piden una señal, no se les dará más señal que la de Jonás” (Mt 16, 1-4).

Características de la fe de María

- Fe que cuestiona, que pregunta, que procura entender, una fe incondicional e inteligente, creer para comprender, no comprender para creer.
- Es una fe que se alimenta de la palabra: María guardaba estas cosas (memoria), meditaba en su corazón (inteligencia) para actuar según Dios (voluntad). Es una Fe integral que utiliza todas las facultades del alma. Es la Fe de la escucha de la palabra y de los acontecimientos.
- Fe muy atenta a las personas, atenta a la falta de vino (Jn 2, 1-11), atenta a su prima Isabel que está embarazada (Lc 1, 39).
- Fe comunitaria: en la historia del pueblo de Israel, tiene una conciencia de pueblo, es una mujer del pueblo y de la comunidad. No es una fe individualista, encerrada en sí mismo. Es una fe histórica y concreta.
- María nos precede en el seguimiento de Jesús:
 - Cronológicamente, estuvo desde el primer momento, desde la concepción, lo ve crecer, lo ve en la Cruz, luego, en la resurrección está con la comunidad naciente. María está asociada a toda la obra de Jesús. Ella nos acompaña como madre espiritual, como madre de la Iglesia. Cada uno de nosotros estamos en Juan. Ella acompaña a todo seguidor de Jesús; es muy importante darnos cuenta de esta compañía y contar con su intercesión.
 - Cualitativamente, porque la proximidad cronológica da una relación distinta, la entrega de María es total, virginal, integral.

UNIDAD N° 3

LA EUCARISTÍA-ADORACIÓN

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

1. Descubrir a la Eucaristía como fuente y cumbre de nuestra vida.
2. Reconocer en la Eucaristía, la presencia visible de Dios, la vocación de servicio, la acción de gracias, fuente de caridad y comunión
3. Discriminar la diferencia y la pluralidad en la relación entre la Trinidad y la comunión humana.
4. Reconocer a la Palabra, como la Escuela de la Iglesia.
5. Determinar el significado de la Adoración reparadora.

INDICADORES ESENCIALES DE EVALUACIÓN

- Se identifica con la Eucaristía.
- Descubre en la Eucaristía, la presencia visible de Dios, la misión de servicio, la gratitud y la caridad como respuesta a la vida en comunidad.
- Diferencia la comunión Trinitaria de la comunión humana.
- Revaloriza a la Palabra, como alimento de la vida cristiana.
- Comprende el valor de la Adoración reparadora e incorpora la práctica de la Adoración.

SUMARIO

1. La Eucaristía fuente y cumbre de nuestra vida.
2. Lavatorio de los pies y Eucaristía.
3. La Eucaristía como acción de gracias.
4. Eucaristía, pan partido, pan repartido, pan compartido.
5. Eucaristía Comunión.
6. Comunión Trinitaria y Comunión interhumana.
7. La Palabra de Dios en la Eucaristía.

ADORACIÓN REPARADORA

1. La Adoración.
2. La Reparación.
3. Presencia de amor.
4. La Eucaristía es intercesión.

LA EUCARISTÍA

1. La Eucaristía fuente y cumbre de nuestra vida

En la Eucaristía, entramos en comunión con la acción de gracias de Jesús Resucitado, Pan de Vida, presencia del Amor. La celebración eucarística y la adoración contemplativa nos hacen participar en sus actitudes y sentimientos ante el Padre y ante el mundo. Nos impulsan a asumir un ministerio de intercesión y nos recuerdan la urgencia de trabajar en la transformación del mundo, según los criterios evangélicos. Como nuestros fundadores, encontramos en la Eucaristía, la fuente y la cumbre de nuestra vida apostólica y comunitaria (Const. Art. 5).

a. La Eucaristía es una señal visible de la Presencia de Dios

*** Nuestra Eucaristía es comunión de acción de gracias con Jesús resucitado**

Jesús ha sido un hombre lleno de gracia (Jn 1, 14). Él crecía en gracia (Lc 2, 52). De su boca salían palabras de gracia. Era un hombre lleno de la gracia de Dios porque es Dios. Él ora agradeciendo: “Padre yo te alabo, porque no has revelado estas cosas a los sabios y entendidos y se los has dado a conocer a la gente sencilla” (Mt 11, 25). Padre, yo te agradezco porque sé que me oyes, pero lo expreso para que los otros crean (Juan 11,41).

En los Evangelios, se encuentran varios momentos en que Jesús da gracias al Padre: La multiplicación de los panes (Mt 14, 19), la multiplicación de los panes anticipa la Eucaristía. Pero, la fracción del Pan de Jesús con sus discípulos va a ser entendida después de la resurrección; ellos lo reconocieron en el partir el pan (Lc 24, 30). Una de las cosas que constituye a la comunidad primitiva era la fracción del pan (Mt 15, 32-38). La Eucaristía es acción de gracias de Jesús al Padre. Una noche, antes de morir, Jesús agradece, porque ha

hecho la obra que le encomendó el Padre, lava los pies a los discípulos y dice a Pedro: “Mañana lo comprenderás” (Jn 13, 4-15).

La Eucaristía es una condensación de toda la vida de Jesús. Es tan importante en nuestro Carisma porque representa el punto más alto del Corazón Traspasado. Nosotros entramos en comunión con la acción de gracias de Jesús: Padre yo te alabo... ahora glorifícame a mí (Jn 17, 5). La cena cristiana celebra lo mismo que la pascua judía, rememoraba y actualizaba la salida de Israel de Egipto (Ex. 12, 13-28). La Eucaristía es una anticipación de lo que sucedió en la cruz.

b. Jesús, presencia de amor

El nombre de Jesús ya indica presencia. Yahvé Yo soy-Yo estoy. La definición del Dios de Israel es: Yo estoy presente, Yo estoy con ustedes. Jesús es el signo real de esta presencia de Dios. Jesús tiene una atención completamente volcada hacia el otro. En el antiguo testamento (Ex 33, 14) Moisés suplica a Dios que lo acompañe y Dios le dice: Mi presencia irá contigo. La caminata del pueblo veía la presencia de Dios en el fuego, en la nube y, luego, el Arca de la Alianza; ellos necesitaban señales y Él se las daba. En el nuevo testamento (Mt 18, 20) es claro: donde dos o más se reúnan en mi nombre, ahí estoy yo, en medio de ellos. (Lc 3, 26) La presencia de Jesús exige que se viva de acuerdo con esa presencia.

c. Características de la presencia del Señor

En la presencia del Señor, está la plenitud de la alegría. La presencia del Señor de la verdad (Sal 129). La presencia de Dios que se humilla y nos hace humildes (1Cor 1, 29). La presencia del Señor que nos invita a la adoración (Sal 97, 5). La presencia de Dios nos invita a la rectitud (Sal 143). San Juan usa mucho la palabra permanecer para hablar de la presencia de Dios (Juan 6, 56; Juan 15; 1Jn 2, 6; 1Jn 4, 16).

Conclusión: Hay varias presencias de Jesús: en la comunidad reunida, en los pobres, en la PALABRA, Él es la Palabra, pero la más real de todas las presencias que contiene a todas las demás es la Eucaristía. La vida de Jesús amasada, la uva estrujada es señal de la vida de JESÚS, una vida entregada totalmente.

2. Frutos de la presencia eucarística y de la adoración contemplativa en nosotros

a. Nos hace participar de las actitudes y sentimientos de Jesús ante el mundo

La Eucaristía no es un hecho aislado, es una condensación de toda la vida de Jesús, sus actitudes ante el Padre y ante el mundo, la misión encomendada de salvar el mundo.

¿Cuáles son las actitudes y sentimientos de Jesús ante el Padre y ante el mundo?

Ante el Padre: Gratitud, obediencia, intimidad profunda, en una palabra, amor. El Padre me ama y yo amo al Padre (Jn 14,3; 15,9).
Ante el mundo: Jesús vino a confrontar el mundo consigo mismo: Yo soy la luz del mundo (Jn 8, 12). Él es la luz que ilumina a todo hombre que ha venido al mundo. Vino a salvar al mundo del maligno, a dar una paz que no es la paz del mundo. Yo les doy la alegría, no como la da el mundo. La alegría de Jesús es plena, de todo el ser; el mundo hace contratos de paz, que no siempre son limpios, la paz de Jesús es plena.

¿Por qué en la Eucaristía participamos de las actitudes de Jesús ante el Padre y el mundo?

Porque es aquí donde Jesús unifica su vida y su entrega. En la Eucaristía, está la clave para entender que la vida de Jesús es oblación y entrega. La Eucaristía es la llave de comprensión de la vida de Jesús.

b. Nos invita a asumir el ministerio de intercesión

Es fácil comprender que la Eucaristía es un sacramento universal; toda la vida de Jesús es para todos; destruye todos los muros, todo lo que separa. Es el lugar en que Cristo intercede por nosotros. (Rom 8, 34; Heb 7, 25; 1Jn 2, 1). En Cristo, nosotros, también intercedemos los unos por los otros. Las comunidades interceden por Pablo y Pablo por ellas. (Fil 4, 6)

c. Nos recuerda la urgencia de trabajar por la transformación del mundo según los criterios evangélicos

La Eucaristía es un sacramento escatológico (verdades finales). La Eucaristía anticipa y recuerda que aún no es plena la transformación. La Eucaristía es una denuncia, es una meta y una anticipación. (Ap 22, 16). Anunciamos la muerte del Señor hasta que vuelva. Un sacramento que condensa la fraternidad, la comunión, la reconciliación. Para participar en él, el único criterio es estar en comunión (1Cor 10,14). Después de la resurrección de Jesús, la forma de reconocerlo es la fracción del Pan hecha en comunidad.

Al participar de la Eucaristía, somos nosotros mismos transformados. Ahora lo vemos todo de una forma nueva; Jesús nos hace ver la vida de forma distinta (Rom 12, 2). La inculturación tiene que ser crítica para darnos cuenta cuando está en sintonía o va contra el Evangelio:

una cultura individualista, competitiva que pone en peligro de entrar en un secularismo, sin discernimiento.

d. La Eucaristía es fuente y cumbre de la vida apostólica y comunitaria.

Ella es **fuente** de la entrega victoriosa de Jesús. Por eso dice: “Hagan esto en conmemoración mía”. “Dios quiso la Escritura para que permaneciera la memoria del Salvador” (*Karl Rahner*). Jesús quiso la Eucaristía para que pudiésemos siempre participar de su entrega. La Eucaristía es fuente de vida; fundamenta una vida de entrega, para que no vivamos más para nosotros mismos, sino para Él. De manera que nosotros constituyamos la entrega de Cristo (1Cor 12, 27). Nosotros somos el cuerpo de Cristo (2Cor 4, 10). La Eucaristía es fuente de fraternidad porque comemos del mismo pan y formamos un solo cuerpo.

La Eucaristía es **cumbre**, el punto más alto de la entrega de Jesús y es una anticipación del fin, por eso celebramos una anticipación del encuentro definitivo. No es por acaso que se representa como un banquete. Es el alimento del caminante, sendero de la meta que ya vislumbramos. En la vida de Jesús, lo más importante es la fracción del pan porque fue donde los discípulos lo reconocieron.

e. Acción de gracias de Jesús, Pan de vida

El Pan es el símbolo de la vida en la Biblia: Comerás del sudor de tu rostro (Gen 3, 19). Hace posible la vida, el pan es lo que da la vida en el desierto: para que no muramos (Ex 16, 4). El pan es el signo de todos los alimentos. El maná queda como símbolo del alimento de Dios. El maná es el pan de cada día, pan bajado del cielo (Ex 16, 4-5).

El pan es el símbolo del alimento esencial, contrario a lo superfluo (Is 55, 2). ¿Por qué gastan dinero con aquello que no es pan? El pan

es signo de fraternidad, de comunión (Gen 18, 4-8). Abrahán, sin saber, acoge a la Trinidad y la invita a descansar y a comer. Los animales para comer su pan se separan, los humanos se reúnen para comer. Jesús es el Pan de vida, el maná bajado del cielo.

2. LAVATORIO DE LOS PIES Y EUCARISTÍA

El Evangelio de San Juan relata el lavatorio de los pies, que hace Jesús a sus discípulos, ofreciéndonos un testimonio de la vocación de servicio, que la Iglesia debe mostrar al mundo.

Entre los detalles que hace diferente la Eucaristía de la Celebración de la Cena del Jueves Santo, es que en esta, se incluye el lavatorio de los pies, en la que se resalta la importancia del servicio al prójimo (Jn 13, 3-5).

Cristo tiene todo el poder, sin embargo, se pone al servicio del hombre. Es Dios que lava los pies a su criatura. La realidad es que Dios nos recuerda que la grandeza de todo cuanto existe no reside en el poder ni en el sojuzgar al otro, sino en la capacidad de servir. Al darse dicho servicio, se da gloria a Dios. Cristo mismo ya lo había dicho a los discípulos: "... el que quiera llegar a ser grande entre ustedes, que sea su servidor, y el que quiera ser el primero entre ustedes, que se haga esclavo de todos, que tampoco el Hijo del Hombre ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos" (Mc 10, 43-45).

Con esto queda muy clara la misión de la Iglesia en el mundo: servir. "Porque les he dado ejemplo, para que, también, ustedes hagan como yo he hecho con ustedes" (Jn 13, 15). La Iglesia sigue el ejemplo de Cristo y se pone al servicio de la humanidad. Por tanto, todos aquellos que formamos la Iglesia, estamos llamados a servir a los que nos rodean.

El amor que Dios nos manifiesta debe convertirse en servicio que dé testimonio de su presencia entre nosotros. El cristiano, al seguir el "ámense los unos a los otros como yo los he amado" (Jn 15, 12) debe ser levadura que transforma al mundo, para que el ser humano, se renueve y se

transforme. El egoísmo del hombre se vence con la entrega generosa a los demás. En el servicio, reside la verdadera realización personal y la felicidad. Solo el que se da, triunfa.

Si se vive con profundidad la ceremonia del Jueves Santo, se dará cuenta de que Cristo se pone al servicio del Padre; para salvar al hombre, ofrece su propia vida como rescate; se podría decir que esta es su Misión. Cristo confiere a sus apóstoles su propia misión a través de "También, ustedes hagan como yo he hecho con ustedes" (Jn 13-15). Especialmente al consagrar el pan y el vino en su Cuerpo y Sangre para la remisión de los pecados dice: "Hagan esto en memoria mía" (Lc 22, 19). Es en este momento, Cristo instituye el sacerdocio; los hace copartícipes de su misión: Salvar al hombre por medio de la entrega total al servicio de Dios.

El mundo, especialmente en los albores del tercer milenio, vive sumido en las tinieblas del egoísmo, dentro de una cultura de muerte. El Jueves Santo es un día en el que Dios nos invita, por medio del servicio, a ser lámparas que lleven la luz de Cristo al mundo. No se debe olvidar pedir por las vocaciones a la vida consagrada al sacerdocio, pedir por más hombres y mujeres que tengan por vocación, la entrega total al servicio de Jesucristo y de su Iglesia.

3. LA EUCARISTÍA COMO ACCIÓN DE GRACIAS

La palabra eucaristía viene del griego *eucaristein*, que significa acción de gracias. Es en este sentido que la Biblia griega utiliza el verbo *eucaristein*. Judit arenga de este modo a sus conciudadanos de Betulia: «Demos gracias al Señor, Dios nuestro, que nos ha puesto a prueba como a nuestros padres» (Jud 8, 25). El leproso samaritano agradece a Jesús que le ha curado (Lc 17, 16). El fariseo agradece a Dios por no ser como los demás hombres (Lc 18, 11). Ante la tumba de Lázaro, Jesús agradece a su Padre porque siempre le escucha (Jn 11, 41).

Los textos más próximos a la Cena son sin duda los de la multiplicación de los panes que la tradición sinóptica los coloca en «la sección de los panes» (Mc 6, 35; 8, 26). En el primer milagro, Mc 8, 6, seguido por Mt 15, 36, se

propone un texto casi litúrgico: «Tomando siete panes y dando gracias, los partió e iba dándolos a sus discípulos».

El relato de la primera multiplicación cuenta, sin duda, el mismo milagro; pero es una descripción diferente, Mc 6, 41, Mt 14, 18 y Lc 9, 16, utilizan el verbo bendecir, mientras que el paralelo de Jn 6, 11 emplea “da gracias”

En el relato de la Cena, los evangelistas utilizan dos palabras que son sinónimas bendición y acción de gracias. En la Eucaristía, se abrevió en una sola expresión: «acción de gracias». La celebración de la Cena recibe el nombre de eucaristía, porque, es una acción de gracias.

La bendición es una actitud esencial en el Pueblo de Israel. La acción de gracias y la alabanza del hombre son la respuesta a las manifestaciones del amor de Dios, que brota en la creación y en la historia humana.

Yahvé ha creado maravillas. El hombre responde bendiciendo al Dios de las maravillas. Cuando el amor de Dios irrumpe en la vida del ser humano, todos los caminos de Yahvé son amor, como bien lo sabe Israel (Sal 25, 10). ¿Qué otra cosa puede hacer el fiel sino acoger con alegría esta ternura que desciende del cielo, bendecir y dar gracias?

Este es un ejemplo de las oraciones del pueblo de Israel:

Bendito seas tú Yahvé, Dios nuestro y Dios de nuestros padres.

Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Dios grande, santo y terrible.

Dios altísimo, creador del cielo y de la tierra.

Escudo nuestro y de nuestros padres,
confianza nuestra en todas las generaciones.

¡Bendito seas tú, Yahvé, escudo de Abraham!

Y repetían como estribillo, después de cada aclamación:

“¡Bendito seas tú, Yahvé!”

Jesús como buen israelita, utilizaba esta forma de oración; en cierta ocasión, nos cuenta Lucas (10, 21-22) «Se llenó de gozo en el Espíritu Santo», y dijo: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se la has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito”.

La oración de Jesús, durante la Cena, no es la acción de gracias de un instante, es el reflejo de una vida enteramente «eucarística». La última Cena se sitúa en el contexto de la Pascua judía. La alabanza de Jesús abraza los temas de la fiesta pascual. Esta celebración es el memorial de la noche en que Dios creó el mundo, de la noche en que Abraham ofreció a su hijo Isaac, de la noche en que Dios liberó a su pueblo de la esclavitud en Egipto, de la noche, al final de los tiempos, en que dará comienzo una aurora eterna.

Jesús, con sus apóstoles en la última Cena, Mt 26, 30 y Mc 14, 26, celebran la Pascua judía; es la fiesta de la creación y de la primavera; en cambio, la Pascua de Cristo es la fiesta de la nueva creación y de una primavera eterna. La Eucaristía es memorial y acción de gracias por la una y por la otra.

¡El grano de trigo depositado en el corazón de la tierra, que germina acariciado por el sol primaveral, que se alza como espiga, y madura para la siega, se hace pan de los hombres, se transforma en el cuerpo del Hijo de Dios! ¡Y la sangre de la uva, que se dora bajo el sol de otoño, se transforma en la sangre de Cristo resucitado! La creación se hace Eucaristía, el pan y el vino se convierten en alabanza de gloria, el fruto del trabajo del hombre se hace Cristo. Esto es lo que celebró Jesús,

4. EUCARISTÍA, PAN PARTIDO, PAN REPARTIDO, PAN COMPARTIDO

La Eucaristía responde a los deseos más profundos que el ser humano lleva inscritos en su corazón, saberse querido y con capacidad de querer. La Eucaristía es la fuente de la verdadera caridad, del servicio a los pobres

y necesitados, de tal manera que no se puede recibir el cuerpo de Cristo y sentirse alejado de los que tienen hambre y sed... de los que están excluidos de lo más indispensable para vivir. La Eucaristía que no comparte -dice San Pablo- es “escandalosa” (1Cor 11,21).

Jesucristo sale en cada uno de los bautizados: lo acompaña a la calle, al trabajo, está en cada familia, en la diversión... quiere ser signo de la vida en el “pan partido y repartido”. Supone, para la humanidad, abrirse a la generosidad, al principio de la gratuidad, quiere, en cada uno de los cristianos, ser aviso cariñoso para todo ser humano. En este momento de crisis de pan y de valores, bien puede ser una invitación a cada bautizado, a la Iglesia, para que mostremos la solidaridad y cercanía con las víctimas que padecen esta crisis.

Para la celebración eucarística en la comunidad cristiana primitiva, “todos se reunían asiduamente a escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones” (Hch 2, 42). Escuchaban la Palabra de Dios y la explicación que daban los apóstoles; elevaban la oración a Dios y compartían los bienes materiales, con aquellos que padecían necesidades. Estas cuatro características deben darse en todas las comunidades cristianas, y por lo que se puede ver en los textos litúrgicos, siempre han estado unidas en el momento de la celebración eucarística, desde los tiempos más antiguos, hasta el día de hoy, aunque sea una utopía.

La tierra nueva nace de la Eucaristía a través del hombre nuevo, porque la gracia solo puede transformar el mundo a través del corazón humano transformado. La verdadera transformación del corazón se manifiesta en las relaciones humanas. Lo primero que produce la Eucaristía, a partir de los corazones que reciben su gracia, es la comunión fraterna, la vida compartida y los bienes repartidos. Los que compartían la “fracción del pan” y participaban de “la vida común”, se mantenían “unidos y ponían lo suyo en común... según las necesidades de cada uno” (Hch 2, 42. 44-45).

La Eucaristía alimenta la reconciliación e impulsa a los hermanos distantes al reencuentro; pero, también, los hace solidarios, de manera que ya no vivan para sí mismos, solo como individuos que se toleran, sino como miembros de un pueblo, que buscan activamente una patria fraterna y una sociedad solidaria.

Los fieles reconocen que sus vidas llegan a ser “eucarísticas”, cuando dejan de pensar solo en sí mismos y asumen el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, alimentados con el Pan del Amor que reconcilia y congrega en la unidad; cada cristiano está llamado a abrirse generosamente a los demás, haciendo suyas las necesidades de los otros, dando su vida por los hermanos (1Jn 3, 16).

La Hostia, por ser el resultado de muchos granos de trigo que se parten, habla de una unidad conquistada por la entrega y el sacrificio, como el fruto de corazones disponibles y generosos que se donan así mismos, para entrar en comunión. La Eucaristía es fruto de la creación y de la salvación. Es el fruto mancomunado de muchas personas que trabajan con otros y para otros. El trabajo en común genera el pan que se comparte en la mesa familiar y los bienes que enriquecen la sociedad civil.

En la Eucaristía, se eleva, también, la dimensión social del trabajo; esta se dignifica, puesto que el pan, al ser consagrado, es expresión del trabajo humano, y de la obra de la redención universal, de la comunión en la Iglesia

La Eucaristía y la solidaridad con los que sufren

La entrega generosa al servicio de los demás, que se manifiesta en la comunidad cristiana, no se confunde con la filantropía ni con el sentimentalismo, sino que tiene su origen en el amor divino que está en Cristo. Es Él quien se comunica con todos los que se alimentan con su Cuerpo y con su Sangre. Solo un corazón renovado por Cristo puede amar así como Él ama (Jn 13, 34; 15, 12).

Nadie puede realizar en sí mismo la renovación del corazón sin la gracia. Por esa razón, la Iglesia pide en la celebración eucarística: “Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido...” (Plegaria Eucarística V/b).

La celebración eucarística de la comunidad cristiana de Corinto, “la cena del Señor”, constaba de dos partes: la cena comunitaria y la Eucaristía, propiamente dicha. Los fieles de Corinto merecieron ser amonestados por San Pablo porque en la celebración de su cena eucarística no compartían sus alimentos, puesto que mientras unos pasaban hambre, otros comían y bebían en exceso. El Apóstol los reprendió porque con esa forma de comportarse hacían “pasar vergüenza a los que no tenían nada” (1Cor 11, 22). Para que tomaran conciencia de la dimensión de su error, les explicó que la Eucaristía es un sacramento de solidaridad y mostró su dimensión eclesial: “Ya que hay un solo pan, todos nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo Cuerpo, porque participamos de ese único pan” (1Cor 10, 17).

Los corintios que se despreocupan de quienes carecían de alimento, niegan con los hechos que forman parte de “un solo Cuerpo”. Por esa razón, San Pablo les dice con firmeza que, aunque se reúnan para recibir la Eucaristía, lo que ellos celebran “no es la cena del Señor” (1Cor 11, 20) porque permanecen indiferentes ante los necesitados. Para recibir dignamente la Eucaristía, antes deberán examinarse, seriamente, para ver si en realidad “disciernen lo que es el Cuerpo de Cristo” (1Cor 11, 29). El corazón solo se abre verdaderamente a la acción de Jesús en la Eucaristía, cuando de él brota el impulso al servicio, el deseo de hacer feliz a otro, la identificación con los pobres, el amor compasivo, solidario y universal.

Como se puede observar, ya en la comunidad primitiva, (Hch 2, 42-47; 4, 32) la Eucaristía entraña un compromiso en favor de los pobres. De hecho,

San Justino, en el siglo II, describía una celebración dominical cristiana, con la misma estructura de la Misa que hoy se celebra. Sin embargo, en esta descripción, también, se solicita a los presentes, “según la libre determinación de cada uno, den lo que les parece bien”. Todo lo recogido se entrega al que preside y él socorre con ello a los huérfanos y a las viudas, a los que por enfermedad, o por otra causa están necesitados, a los que están en las cárceles, a los forasteros de paso, y en una palabra, él se constituye provisor de cuantos se hallan en necesidad”. Desde entonces hasta ahora, los fieles se reúnen para ser alimentados con el Pan de la Palabra y con el Pan de la Eucaristía, y al mismo tiempo, se presta especial atención a que ninguno carezca del pan material.

El mandato de Jesús “denles ustedes de comer” nos recuerda la exigencia que la Eucaristía plantea a los cristianos. Su celebración es el espacio desde donde se recuerda a los fieles ser solidarios, promotores de la ayuda a los pobres, a través de medios concretos. Si cada uno ahorraríamos, diariamente, una moneda de cincuenta centavos para ayudar a los pobres y colaborar con la educación de los niños y jóvenes que conocemos, o para proporcionarles un medio de trabajo, todos estaríamos mejor.

Esto implica que ese impulso que produce la Eucaristía hacia la unidad, se realice, sobre todo, cuando el que comulga se hace uno con el pobre. Así, como en la Eucaristía, Cristo se presenta como anonadado, oculto en la pobreza de los signos, así, también, Él se identifica con el oprimido y humillado: “Lo que hicieron a uno de estos hermanos míos, más pequeños, a mí me lo hicieron” (Mt 25, 40). La excelencia de la presencia de Jesús en la Eucaristía debe abrir los ojos del creyente para reconocer su presencia, también real, en los pobres.

La Eucaristía es una escuela de amor al prójimo en la que aprendemos el servicio a Cristo presente en los pobres, débiles y sufrientes. El Pan del amor, la justicia y la paz lleva a unir la devoción eucarística con la solidaridad con el pobre, lo que ha sido destacado en la Iglesia desde los primeros siglos.

Por eso, el mismo San Juan Crisóstomo exhortaba con mucha fuerza: ¿Quieren en verdad honrar el cuerpo de Cristo? No consientan que esté desnudo. No lo honren en el templo con manteles de seda, mientras afuera lo dejan pasar frío y desnudez. Porque el mismo que dijo: “Este es mi cuerpo”, y con su palabra afirmó nuestra fe, dijo, también: “Me vieron hambriento y no me dieron de comer” y “Lo que no hicieron con uno de mis hermanos más pequeños, tampoco lo hicieron conmigo”... ¿Qué le aprovecha al Señor que su mesa esté llena de vasos de oro, si Él se consume de hambre? Sacien primero su hambre y luego, con lo que les sobra, adornen, también, su mesa.

5. EUCARISTÍA COMUNIÓN

Hablar de la Eucaristía como misterio de comunión muestra, ciertamente, la centralidad del Sacramento. El concepto de comunión está en el centro de la comprensión de la Eucaristía en cuanto Misterio de la unión personal de cada hombre con la Trinidad divina y con los otros hombres, iniciada por la fe.

El concepto de comunión se lo debe comprender dentro de la enseñanza bíblica y de la tradición patristica, en las cuales la comunión implica siempre una doble dimensión: vertical -comunión con Dios- y horizontal -comunión entre los hombres y las mujeres- Pero, también, es esencial a la visión cristiana de la comunión, reconocerla, sobre todo, como don de Dios, como fruto de la iniciativa divina, llevada a cabo en el ministerio pascual.

Estos aspectos, como bien sabemos, son actualizados, celebrados y proyectados particularmente en la Eucaristía. Todo lo cual nos lleva a vincular la comunión de la eucaristía con la comunión Trinitaria y la comunión entre los humanos.

6. COMUNIÓN TRINITARIA Y COMUNIÓN INTERHUMANA

La Comunidad Trinitaria conlleva algo específico: El misterio de las tres divinas personas: entre ellas no hay diferencia ni distinción alguna, excepto la distinción que proviene de su distinto origen: El Hijo ha sido engendrado por el Padre; el Espíritu procede del Padre y del Hijo. La comunión trinitaria es, por tanto, transparencia total: identidad sin otro matiz que la distinta procedencia.

En cambio, la comunión interhumana incluye la distinción, la diferencia y la pluralidad. No somos uno y lo mismo, somos distintos. La comunión humana busca la máxima comunicación intelectual-afectiva-vital, pero, su finalidad no puede consistir en suprimir las diferencias, porque con ello se dañaría la identidad de los diversos individuos, basada en el elemento común. La diferencia hay que respetarla para que no se desfigure ni la persona ni la comunidad.

Se debe ser consciente de que la presencia del mal convierte las diferencias, signos de identidad, en diversidades que rompen la comunión. Lo que debería ser comunión, se degrada en miseria, marginalidad y exclusión por la injusticia y la opresión, lo contrario del estado de libertad y comunión. Estas diferencias que provienen de la acción del mal, ya no merecen el respeto debido a lo distinto, a los signos de identidad, sino que merecen una reconversión en el lenguaje cristiano.

a. Eucaristía: Espacio y tiempo de comunión

La Eucaristía es espacio continuo de comunión que abarca la unidad de todos los humanos; da lugar a sí mismo a un nuevo concepto de tiempo: el tiempo continuo de la comunión, unidad del ayer, del hoy y del mañana que aparecen penetrados por el Amor. Es el espacio fundante y envolvente de la comunión "en el Señor" (Fil 4, 1). Este espacio abarca la unidad de todos los hombres y mujeres, pero, en él aparecen, en relieve, tanto los más necesitados como los más próximos, es decir,

aquellos que aun cuando estén alejados de la comunidad, están llamados seriamente por Dios y por nosotros mismos, para ser próximos.

Esta unidad abarca la existencia del pasado, capaz de ser recordado, del presente al que vivimos arraigados y fundados en la caridad, y del futuro en el que hay esperanza, porque está Dios próximo a manifestarse con un eterno amor.

b. La comunión a la que Dios nos llama es un largo proceso

Nadie debe creer en el término final del amor fraterno pleno como si fuera un punto al que ya se ha llegado. Es cierto que estamos llamados a ese término. Es cierto que el cristiano es optimista como para creer en una ética personal y social, pero todos debemos recorrer las diversas etapas del proceso.

El proceso de caridad fraterna tan solo llega al término de una manera precaria, pero se conoce que la fuerza del amor viene de Dios, no solo como símbolo, sino como realidad. El amor fraterno, al estar situado en el espacio y en el tiempo progresivo de nuestra historia humana, todavía ha de recorrer largo trecho. Pensar, hablar o actuar como si idílicamente el cristiano fuera el hombre que ha llegado a la plenitud y se gloria en ella, en vez de ser el hombre que está en camino, puede ser algo muy dañino, no solo para su sensibilidad, sino para la realidad de la gente afligida.

Así, la Eucaristía, como espacio-tiempo de la comunión que nos permite pregonar aquí y ahora la experiencia del Amor donante de Dios y del amor fraterno, nos anima en el lento caminar del progreso humano, orientado hacia las diversas utopías, y de ahí a la comunión plena a través de una serie de puntos negativos, que habrá de superarlos, mediante una acción ética personal y colectiva, sellada por la cruz y la resurrección de Jesús.

Debemos llegar a una sociedad más equitativa, más libre y más solidaria, aun al precio de padecer persecución por la justicia. Debemos

llegar a concienciar el respeto por la naturaleza, restañando las heridas que un siglo y medio de depredación ecológica le han infligido. Debemos llegar al estado de derecho, que respete y promueva los derechos del ser humano.

Toda utopía muestra el lado negativo que hay que recorrer para llegar a ella y viceversa: las carencias, las negatividades e injusticias de nuestra sociedad muestran las utopías que deben impulsarnos.

- Las agresiones de todo tipo a la vida humana: La guerra, cuyo contraste es el horizonte de paz; el terrorismo que se contrapone al horizonte de la libertad; las prácticas abortivas que oscurecen el horizonte del amor acogedor.
- La injusticia de los tribunales, que dejan desvalidos a los más débiles de nuestra sociedad, clama por un horizonte de justicia que sea ya, real en nuestro mundo.
- La cesantía en el mundo laboral, clama por una sociedad que reconozca y promueva las habilidades sociales de cada cual, especialmente de la juventud.
- La agresividad, contenida o desbordada en la convivencia familiar, señala el horizonte de paz doméstica.
- Las desigualdades reales, que anidan en la igualdad legal de oportunidades, apuntan a nuevos esfuerzos de igualdad auténtica.
- El caldo de cultivo, que propicia la pre-delincuencia, situado incluso en el corazón de nuestros estados de derecho, clama por unas instituciones de formación y promoción de la niñez y de la juventud.
- La irresponsabilidad latente de un mundo adulto, que quiere emanciparse incluso de la soberanía de Dios, es la voz que clama para que Dios sea verdaderamente la única posibilidad de una forma de vida humana, como la de Jesús, que pasó por el mundo haciendo el bien.

En una palabra, estamos muy lejos de la plena comunión. Más aún, cuando afirmamos que es la meta la que nos atrae, como una realidad suprema que queremos imitar: la perfecta comunión trinitaria, para

realizar así la perfecta comunión interhumana a la que estamos llamados. Se debe reconocer y valorar el inmenso trecho que nos separa de esta meta.

No se trata tan solo de humildad, si bien se requiere de la humildad de los sencillos para admitirlo, se trata simplemente de honestidad y de respeto a la verdad de las situaciones que viven los afligidos, los marginados, los que todavía están fuera de esa comunión humana, que es el símbolo visible de la comunión Trinitaria y el fruto logrado de la comunión eucarística.

c. Compartir la Eucaristía es compartir la misma vida que vivió Jesús

Compartir la misma comida es compartir la misma vida y, como en la Eucaristía, la comida de Jesús es Él mismo, se deduce que la Eucaristía es el sacramento en el que los creyentes se comprometen a compartir la misma vida que llevó Jesús y a compartir, también, la misma vida entre ellos, entre el amor y la solidaridad. Esto es lo que nos dice de manera admirable el evangelio de Juan. Como se ha dicho, este evangelio se ocupa ampliamente de la Eucaristía.

Cuando llega el momento de la cena de despedida, Juan no menciona la institución de la Eucaristía, pero donde los otros evangelios señalan la institución eucarística, entre el anuncio de la traición de Judas y el anuncio de la negación de Pedro, Juan pone el mandamiento nuevo. "Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros; igual que yo os he amado, amaos, también, entre vosotros. En esto conocerán que sois discípulos míos, en que os amáis unos a otros" (Jn 13, 34-35).

Con dichas palabras, Juan explica el sentido profundo que tiene la Eucaristía. Como ya lo había descrito en el discurso después de la multiplicación de los panes: "Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él" (Jn 6,56). La Eucaristía es la identificación de vida; esto quiere decir que para el evangelio de Juan, lo fundamental de la Eucaristía no es el rito, sino la experiencia que se expresa en el

símbolo. Y esa experiencia es el amor de los demás, exactamente como Jesús se entregó por todos, hasta la muerte.

Por consiguiente, se puede decir, con todo derecho, que donde no hay amor y vida compartida no hay Eucaristía. He aquí en qué consiste la significación fundamental de este sacramento.

7. LA PALABRA DE DIOS EN LA EUCARISTÍA

Nos centramos en uno de los ejes más importantes de la Misa: la liturgia de la Palabra. Tenemos dos mesas: la mesa del pan eucarístico y la mesa de la Palabra. Esta Palabra de Dios nos recuerda y hace presente la historia salvadora de Dios; luego, nos invita a acogerla en nuestra propia vida, personal y comunitaria.

La liturgia de la Palabra hace que la Eucaristía sea distinta cada día y, especialmente, en los tiempos litúrgicos intensos: Adviento, Navidad, Epifanía, Cuaresma, Semana Santa, Pascua, Ascensión, Pentecostés, Resurrección.

a. Celebrar la Palabra

Cuando comienza la liturgia de la Palabra, se necesita un clima de tranquilidad, silencio y atención. En la celebración litúrgica, no nos limitamos a leer un fragmento bíblico, sino que celebramos la Palabra de Dios, es decir, nos alegramos y celebramos el gran acontecimiento: Dios nos dirige su palabra salvadora. No importa escuchar algo ya conocido, pues, cuando se asiste a una fiesta, también, se sabe lo que se celebra y, sin embargo, nos alegramos.

Dice el Concilio: "En la liturgia, Dios habla a su pueblo, Cristo sigue anunciando el Evangelio"(SC N° 33). No es una doctrina solo revelada hace dos mil años. Dios nos habla hoy a nosotros. San Pablo decía a sus discípulos: "Al oír la Palabra de Dios, la acogieron, no como palabra

de hombre, sino como palabra de Dios, lo que es en verdad, y que obra eficazmente en ustedes, los creyentes"(1Tes 2, 13).

Así, tiene sentido que el lector proclame: "Palabra de Dios", y que toda la asamblea responda: "Te alabamos, Señor". Por eso, el libro de la Palabra de Dios es tratado con veneración; es llevado, a veces, en procesión, es besado, es incensado y se muestra al pueblo.

b. Las lecturas de la Misa

Todos los domingos del año, se realizan tres lecturas en la Misa: la primera, del Antiguo Testamento, la segunda, de las Cartas de los Apóstoles y la tercera, del Evangelio.

La primera lectura es una iniciación al Antiguo Testamento, pero desde la perspectiva de Cristo, al que todo el Antiguo Testamento prefigura y se refiere. Todo el Antiguo Testamento tiene latente a Cristo; por eso, la primera lectura está escogida en función del Evangelio. Por ejemplo, si el evangelio es el de la Samaritana, la primera lectura será del Éxodo, donde Moisés golpea la roca para que brote agua y el pueblo sediento beba.

La segunda lectura no está escogida en función del Evangelio. Es tomada de las Cartas de los Apóstoles o, en Pascua, nos remitimos de los Hechos que narran la historia de la Iglesia primitiva.

El Evangelio tiene un relieve especial en la liturgia de la Palabra. Son las palabras de Jesucristo que se dirigen a la asamblea: "Venid a mí los agobiados"(Mt 11, 28). "Amaos los unos a los otros" (Jn 13, 34). El proclamar el evangelio tiene su rito propio: aclamación, postura de pie, ministro propio, saludo, señal de la cruz, beso final. En cada ciclo litúrgico (desde Adviento a Cristo Rey) escuchamos a un evangelista: Marcos, Lucas, Mateo, Juan, y cada evangelista presenta al único Jesús, pero con matices distintos.

Después de la primera lectura, se recita el salmo; este es el elemento lírico, de meditación y respuesta a la Palabra, a Dios que nos habla. Son sentimientos de alabanza, de arrepentimiento, de acción de gracias, de petición. A lo largo de la historia, la PALABRA ha sido la escuela de oración de la Iglesia.

CONCLUSIÓN

La Eucaristía nos permite penetrar en diversos e importantes aspectos del misterio del amor de Dios a la humanidad: Presencia, Sacrificio, Alimento, Comunión y Misión. Cada uno de estos aspectos funda una dimensión importante de la espiritualidad auténtica y específicamente cristiana, diferente a cualquier otro tipo de espiritualidad.

- a. Una espiritualidad contemplativa, que nos lleva a describir la presencia y la acción salvífica de Jesucristo, en la cotidianidad de nuestras vidas.
- b. Una espiritualidad de dependencia total, que nos hace sentir necesitados de Dios, de la Palabra que brota de Él, de Jesucristo, pan de vida, que baja del cielo y que solo el Padre puede darnos.
- c. Una espiritualidad sacrificial, que reconociéndolo todo como don y gracia del Padre por medio del Espíritu, que nos vuelca hacia la acción de gracias y la alabanza convertida en don irreversible de nosotros mismos al Padre, para reconciliarnos y entrar en comunión íntima con Él.
- d. Una espiritualidad de comunión, que brota de esta contemplación de Cristo Eucaristía, como Misterio de Comunión, misterio que encarna la esencia misma de la Iglesia.
- e. Sin esta espiritualidad, los signos y ritos eucarísticos, se convierten en medios sin alma, en máscaras de Eucaristía, más que en signo y expresión de la misma.

LA ADORACIÓN REPARADORA

1. LA ADORACIÓN

Les escribo algunas reflexiones simples sobre la Adoración, con la esperanza de que esta práctica vuelva a ser expresión de unidad y realidad significativa de nuestra misión común, en la Congregación.

Pienso que hay varios signos indicadores del Espíritu, en este sentido. Y, si es así, quiere decir que la Adoración ha llegado a ser para nosotros un verdadero regalo.

- a. ¿Qué sucede cuando un hombre adora a Dios? Que en él se hace consciente y claro, algo que, habitualmente, le está oculto; aunque constituya su realidad más profunda. Su condición de creatura se hace gesto, palabra, pensamiento y afecto. El hecho de estar siempre recibiendo la existencia de manos de Dios hace explícita la gratitud y reconocida admiración.

El hombre que adora, se sumerge (dobla las rodillas, oculta el rostro para expresarlo corporalmente). Su pensamiento y su corazón se hunden en el ancho océano de la vida de Dios; solo para decir: ¡Gracias! ¡Tú solo eres Dios! ¡Tú solo el Santo! Tal actitud constituye un gesto primordial del hombre. Es común a todos los hombres y a todas las religiones de los hombres. Se da en Jesús de Nazaret, hombre como nosotros, y en el pecador que es cada uno de nosotros.

- b. Contemplando a Jesús, adorando de noche o en la madrugada, leyendo sus palabras de alabanza que el Evangelio ha recogido, es posible entrar por la meditación, en la postura de adoración, para adorar con Él y como Él: «Te alabo Padre...»

Sobre todo, su alma debió adorar con máxima intensidad aquella noche de la última Pascua en Jerusalén, allí expresó, según el ritual hebreo, su

alabanza al Dios Creador, al Dios Salvador de Israel, dándole gracias (Eucaristía) por todo lo obrado con su pueblo, incluido su propio sacrificio, expresado en esa Cena con el gesto del pan y del vino, ofrecidos como cuerpo y sangre de sacrificio.

- c. Contemplemos ese Corazón de Cristo que ora, que alaba, que agradece, admira, adora, se entrega y lo hace en la Oblación más fundamental de toda la historia humana. Es esa entrega interior de Jesús, la que anima el camino de esas horas, en especial la agonía de la Cruz.
- d. En esta Oblación-adorante entramos todos con nuestras vidas, ya que estas son, desde la fe, participación y reflejo de la de Jesús. Esta entrada nuestra en la oblación de Jesús se realiza a través de un instrumento concreto, sometido al tiempo y al espacio, la Celebración Eucarística de la Iglesia.

Al participar en la celebración eucarística por la comunión del Cuerpo de Cristo presente sacramentalmente, hacemos nuestro el Sacrificio de Cristo. En esta cena de pobres, entra todo el sufrimiento de los pobres y oprimidos del mundo, entregados confiadamente como un Único Cristo, al Dios de la Vida.

- e. El Pan consagrado, después de la celebración, sigue siendo un signo vivo del Cordero ofrecido y una invitación a unirse a Él, a participar de su Oblación eterna. Este signo se da en un tiempo y un espacio concreto. La Eucaristía está ahí, en nuestra casa, con frío o con calor, con ruido de autos o con el de radios vecinos, en la humildad de nuestro ambiente limitado, el Oratorio.

De rodillas, frente al tabernáculo en la capilla, estamos expresando que queremos entrar en el gesto adorador de Jesús para alabanza del Padre y del servicio a la humanidad. Es un modo de adorar que nos fue legado

por los Fundadores. Es un gesto sencillo, pero lleno de sentido, más para el corazón, que para la inteligencia.

- f. Ahora, ¿qué sucede cuando comulgamos? Nuestra mente se dispone a participar en este misterio. Se ahueca el alma para recibir el regalo de Dios. Sin este movimiento interior, la comunión no tiene efecto alguno.

En la adoración, se repite o continúa esa disposición como la del monje que prolonga la salmodia, en su oración privada, una vez que el oficio litúrgico de las Horas ha terminado. Porque estamos frente al Sacramento permanente, nos ponemos en una actitud de adoración como la de Cristo y la expresamos plásticamente en la postura corporal, uniéndonos “espiritualmente” a la alabanza del Señor.

Después, en la cotidianidad, mantenemos la misma actitud, el mismo sacrificio de alabanza por el cual seguimos invisiblemente atados a la celebración eucarística, que tuvimos o vamos a tener.

- g. Nuestros fundadores vieron la adoración como una reparación del pecado. Si bien expresaron esta dimensión con un lenguaje y una teología que nos es un tanto ajena, la verdad es que esa oblación que brotó del Corazón de Jesús y se dirigió al Padre como la Adoración fundamental, es el gran acto que expía el pecado del mundo.

En la Eucaristía, en la adoración y en vida, procuramos completar lo que falta a la Pasión expiatoria de Jesús (Col 1,24).

En la adoración nos hallamos frente a la realidad del Crucificado y recordamos lo que el pecado ha hecho en Jesús. Pensamos, también, cómo el pecado de nuestros días corroe el corazón humano en lo personal y arrasa en nuestra época y en nuestra tierra con el cortejo de injusticia, mentira y muerte que llamamos pecado social.

Resulta así la adoración, un coloquio con el Corazón de Jesucristo, con la conciencia del pecado como ofensa personal a Dios y como destrucción del hombre. Dios no sufre con el pecado, pero algo sucede en Él cuando hay una ofensa, o mejor, algo sucede en el hombre, y algo se le resta a Dios.

- h.** Les invito a permanecer, cada día, aunque sea unos minutos, adorando al Señor en la Eucaristía y pidiéndole por nuestro pueblo golpeado y humillado, mientras los ojos de la fe contemplan a Cristo crucificado, que muere en los pobres y oprimidos de nuestro país y del mundo.

Rueguen en la adoración, también, por los hermanos de la Congregación y por la vasta red de comunidades de nuestra Iglesia. El pedir unos por otros nos acerca a todos los hermanos que trabajan en diversos lugares y situaciones.

Escribía el Fundador: «Que piensen a menudo en su Adoración, que me uno a ellos, y que jamás pasa una medianoche sin que me transporte hacia todos Uds. y todas las casas, para que el Divino Corazón de nuestro Buen Maestro los guarde y nos bendiga a unos y otros, y nos conceda su gracia y su paz».

Que nadie se haga problema preguntándose si nuestra adoración va dirigida a Cristo o al Padre. En ambos brilla el mismo resplandor divino; «Felipe, quien me ve, ve a mi Padre» (Jn 14, 8). Vitalmente, en la adoración, estamos sumergidos en Dios. Psicológicamente, podemos estar atentos a cada una de las Personas divinas, según la inclinación de nuestro corazón.

i. ¿Cómo hacer la adoración?

Me permito sugerir una forma para que esos momentos transcurran útil y fecundamente. Dividamos el tiempo en tres partes:

- **La llegada:** Será un tiempo para calmarse y concentrarse. No hay que preocuparse si se prolonga la búsqueda en el contacto con el Señor o tomando conciencia de lo que estamos haciendo. Será un tiempo para pedir la ayuda del Espíritu Santo, para contemplar el sufrimiento del Cristo actual en los hombres, para pedir perdón, para rogar por nuestros hermanos, para hacer silencio interior y entrar en adoración profunda...
 - **La mirada:** Es un tiempo de reflexión (tal vez, con un libro de apoyo) o de simple mirada. Es una conversación con el Señor, en espíritu de adoración, de reconocimiento de la grandeza del Señor y de nuestra pequeñez. El Señor está ahí en el Tabernáculo como Cordero ofrecido, como permanente sacrificio de alabanza; pero, está ante todo en el fondo de tu corazón, que ama al Padre y al hermano.
 - **El camino:** Esta parte está dedicada al futuro inmediato, a la acción de hoy y de mañana, a prever los desafíos que vendrán, a disponerse para cumplir la Voluntad del Padre. Es mirar al Señor y a la Vida como quehacer y llamado.
- j. Junto a la Cruz del Señor estaba María de pie. Junto a nosotros está, también, ella, experta en adoración dolorosa, y silenciosa; guarda en su corazón «estas cosas», es decir, el morir y el vivir de su Hijo, nuestra propia pequeña historia, la pasión de nuestro pueblo, nuestra esperanza...

Al terminar estas líneas, me doy cuenta de que no he podido transmitir lo que deseaba. Mientras Uds. las leen, yo seguiré pidiéndole al Espíritu que les enseñe a adorar y les comunique un fuerte entusiasmo y deseo por entrar en el Corazón de Cristo, para mirar al Padre y mostrarle nuestro mundo. (Tomado de una reflexión que hace el P. Pablo Fontaine SS.CC. a sus hermanos de Congregación).

2. LA REPARACIÓN

Vocación reparadora: Conscientes del poder del mal que se opone al Amor del Padre y desfigura su designio sobre el mundo, queremos identificarnos con la actitud y obra reparadora de Jesús.

Nuestra reparación es comunión con Él, cuyo alimento es hacer la voluntad del Padre y cuya obra es reunir, por su Sangre, a los hijos de Dios, dispersos. Ella nos hace participar de la misión de Cristo Resucitado, que nos envía a anunciar la Buena Noticia de la salvación. Al mismo tiempo, reconocemos nuestra condición de pecadores y nos sentimos solidarios con los hombres y mujeres, víctimas del pecado del mundo, de la injusticia, del odio.

Nuestra vocación reparadora nos estimula a colaborar con todos aquellos que, animados por el Espíritu, trabajan por construir un mundo de justicia y de amor, signos del Reino (Const. Art. 4).

a. La realidad: Signos del mal y del pecado

- La realidad de pecado se opone al amor del Padre y desfigura su designio sobre el mundo.

Mundo: es una realidad buena, hecha por Dios, pertenece a Dios y fue creada para ser un espacio de comunión con Él. El pecado vicia la naturaleza, pero la naturaleza es buena. El pecado nos marca tanto que, a veces, creemos que la naturaleza es mala. El mundo es bueno, pero la humanidad buscó autonomía, independencia de Dios.

Para San Juan, el mundo tiene un concepto negativo: “el mundo no lo recibió” (Jn 1, 5) “las tinieblas no lo reconocieron” (Jn 1, 10). El mundo es tratado como el conjunto de personas que se resisten, que odian a Dios, a Jesucristo y a sus discípulos. Este mundo tiene un

príncipe, un jefe: el diablo, alguien que guía a este mundo separado de Dios.

- Nosotros participamos del mundo (del mal) por nuestra realidad de pecadores, una realidad que afecta a todos. Todos estamos bajo el pecado (Rom 1-3). Aquel que diga que no tiene pecado es un mentiroso (1Jn 1, 9). El pecado no está fuera, está dentro de cada persona. Todos tenemos el mundo dentro de nosotros y actuamos obedeciendo al príncipe de este mundo, en ciertos momentos.

b) El pecado seduce, arrastra y mata

¿Cuál es la realidad del pecado de este mundo? El orgullo que viene del poder y de la riqueza (1Jn 2, 16-17). Las tres tentaciones de Cristo son las mismas que nos tientan a nosotros. “Si tienes hambre, haz que estas piedras se transformen en pan”, esta es la primera tentación, la riqueza. La segunda, es la fama: “Lánzate desde aquí, abajo”; la tercera, el placer: “Si me adoras, te daré todos estos reinos” (Mt 4, 1-10).

El diablo utiliza la Biblia para tentar a Jesús: “Si eres el Hijo de Dios”, ordena que las piedras se conviertan en pan. “Si eres el Hijo de Dios”, tírate de aquí, abajo y Dios dará órdenes a tus ángeles para que tu pie no tropiece. Te daré todo si te arrodillas y me adoras... Jesús, también, responde con la Biblia: “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Dt 8, 3). “No tentarás al Señor, tu Dios” (Ex 20, 5). “Retírate Satanás. Adorarás solo al Señor, tu Dios” (Ex 20, 2-3).

En las tentaciones, Jesús le responde inmediatamente. El diablo es seductor, engañador, astuto. Al diablo no hay que darle tiempo, no hay que pensar en las propuestas, Jesús le contesta inmediatamente: apártate de aquí, Satanás.

Son las mismas tentaciones que vivimos nosotros. Lucas coloca primero, a la riqueza; segundo, al poder y en tercer lugar al placer. La tentación más fuerte es el placer: ¡No precisas pasar por la cruz, vive esta vida, aprovéchala al máximo, turismo, gastronomía, no tienes que sufrir! ¡No eres Hijo! ¿Por qué un hijo de Dios tiene que pasar por todo esto? Lo mismo pasa cuando Pedro le dice: ¡No Señor, no puedes morir...! y Jesús le dice: “Apártate de mí Satanás”. Esa tentación va a volver a cada rato en la vida de Jesús. Estas son las grandes seducciones que tenemos.

c) ¿Cuál es el origen?

Santiago responde: En el interior del hombre (1, 14); también, se origina fuera de nosotros. El poder del mal es una realidad espiritual, por eso al mal se lo vence con armas espirituales.

El pecado hace víctimas; la muerte y el sufrimiento son el precio del pecado. Al dejarse seducir, la persona peca y viene la muerte (Santiago 1, 2-15). El pecado causa el sufrimiento y el mismo sufrimiento hace que la persona caiga. (Recuérdese al hijo pródigo).

d) La actitud de la obra reparadora de Jesús

Esta situación aparentemente sin salida, no escapa a los designios de Dios (Rom 11, 32). Dios que nos había creado por amor nos envuelve totalmente, incluso en el pecado, y así nos hace participar a todos de su misericordia.

La Providencia es algo que va detrás de ti; ella arregla lo que no va bien, protege y el pecado no se escapa de esta Providencia amorosa de Dios que, del pecado, saca algo bueno. La pregunta que surge es ¿En esta situación que yo vivo, qué de bueno está sacando Dios?

f. ¿Cuál es la obra reparadora de Jesús?

La obra reparadora de Jesús es la redención, es decir, reunir en su sangre a los hijos de Dios, que se encuentran dispersos. La palabra diablo significa separar, dividir; esto es lo más propio del diablo: divide al hombre consigo mismo, divide a las parejas, a las familias, a los países, a los pueblos de los pueblos.

Lo más propio de Jesús, del espíritu de Dios, es unir, reconciliar. Muchos muros se levantan para separar a las personas. La obra reparadora de Jesús es: “La voluntad del que me envió es que no se pierda nadie” (Jn 6,38). “Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre” y hacer su obra (Jn 8,34). La principal obra del diablo es el endurecimiento del corazón, el diablo es especialista en endurecer posturas, reacciones...

Nadie puede entrar en el corazón y ablandarlo, solo Dios. La obra es que creas en aquel que el Padre ha enviado, el que es capaz de volver un corazón de piedra en un corazón de carne. Todas esas palabras: rescate, restauración, reparación, liberación son paulinas y tienen que ver con la salvación.

Rescate: San Agustín dice que el diablo tiene preso al hombre con el pecado y su consecuencia es la muerte. Dios vino en esta carne que pecó. La cruz es la trampa que Dios puso para vencer al diablo. Jesús muere y rescata a los que estaban muertos.

Reconciliación: Todos nos habíamos tornado enemigos de Dios, pero en Cristo, volvemos a nuestra amistad originaria.

Restauración: La obra que fue destruida necesitó ser reconstruida.

Reparación: La obra de Dios fue dañada, tenía que ser arreglada, reparada.

Justificación: El hombre se hizo injusto, Dios lo justifica por medio de la fe y no de las obras.

Liberación: El hombre era esclavo y necesitaba ser liberado por Jesús. En América Latina, este término es muy acogido por la opresión de estructuras injustas y reparto inequitativo de los bienes, que genera una pobreza desgarradora.

El precio del rescate es la Sangre de Jesucristo. En el Evangelio de Juan 6,38, Jesús es vendido por 30 monedas de plata, vendido a precio de un esclavo, para con ello liberar a los esclavizados del mal.

La Última Cena es la sangre de la Nueva Alianza (Lc 22, 20). En Carta a los hebreos, sobre el sacerdocio de Cristo, Cristo no ofrece nada, se ofrece a sí mismo de una vez para siempre y borra los pecados (Heb 5).

Lo que salva es la cruz de Cristo; lo que salva en realidad es la obediencia de Jesús que lo lleva hacia la cruz. Esa obediencia es comunicada por el Espíritu Santo. El pecado original es la desobediencia a la voluntad del Padre. ¿Cuál es la gracia que nos cura? Es la obediencia, consecuencia de una respuesta amorosa al Amor. La cruz es el símbolo que condensa toda una vida de obediencia y de entrega hasta el último momento.

g. Nosotros participamos de la actitud y Obra salvadora de Jesús

- Porque entramos en comunión con su obra. Somos asociados al pecado; pero, también, somos asociados a la actitud y obra salvadora y reparadora. Tenemos con Él, realidades en común. ¿Cuál es la gran realidad común que tenemos con Cristo? La pasión, nosotros la completamos... cargamos los sufrimientos (Col 1, 24). En la enfermedad, en las injusticias... cargamos en nuestro cuerpo, la pasión del mundo: los crucificados de nuestro tiempo, el sufrimiento

extremo, consecuencia del pecado. Entramos en comunión con la obra reparadora, ya sea con nosotros mismos o intentando aliviar el sufrimiento de los otros.

Jesús dijo a Santiago y a Juan: Ustedes van a ser capaces de beber mi cáliz (Mt 20, 22-23). El martirio de Esteban es señal de que el destino del discípulo es el mismo del Maestro. Esto lo experimentamos en el sacramento del Bautismo. En la Eucaristía, nosotros asumimos su mismo destino, somos embajadores de la reconciliación.

- Anunciamos la Buena Noticia de la Salvación, la obra fundamental de Jesús: Anunciar el año de la gracia del Señor (Lc 4, 18-21). Lo que nosotros vimos y oímos, lo anunciamos... (1Jn. 1, 1) para que su alegría sea perfecta. Todos hemos experimentado la salvación y esta alegría la queremos compartir, colaborando con los que trabajan para construir un mundo de justicia y de amor (1Cor 3; 2Cor 6). Nosotros somos colaboradores de Cristo, nosotros auxiliamos. Buscamos colaboradores cuyo único criterio sea la voluntad de Dios (2Cor 4, 1-6). La Obra reparadora de Jesús es más grande que la Iglesia, incluso pero que tengan una conciencia solidaria, fraterna, evangélica.

3. Presencia de Amor

Jesús permanece en el Sagrario con apariencia de pan; pero Él está vivo, realmente vivo porque produce vida. La vida del Señor en la Eucaristía es de espera, de silencio, de entrega, de amor... Espera, para que podamos encontrarle cuando lo deseemos; en silencio, para que nosotros, también, meditemos en Él, conversemos despacio y sosegadamente con Él; es de entrega al Padre y a nosotros; nos enseña que nosotros, también, debemos entregarnos a Él y a los demás.

La Eucaristía es la presencia de Dios entre nosotros, es Dios cercano que quiere vivir entre nosotros, para que nos unamos a Él y nos identifiquemos con Él de tal manera que Él se haga vida en nosotros. Que Él viva en nosotros y que nosotros vivamos en Él, logrando que tengamos verdadera vida. El Señor pide al Padre: “que ellos sean en Mí como Yo soy en Ti, que ellos sean uno en nosotros” (Jn 17,21).

Jesucristo se queda en la Eucaristía permanentemente, para colaborar y hacer suyas nuestras dificultades y apoyarnos con su fortaleza en las tribulaciones, con su humildad en nuestras vanidades y orgullos, con su silencio en nuestras charlatanerías y juicios temerarios.

Al Señor le agrada que acudamos a Él y en ese momento aprovecha para inspirarnos conversión; pero, no es la simple visita la que desea, sino que aspira a que procuremos y deseemos hacerle vida en nosotros. Cuando la Eucaristía comienza a hacerse vida en nosotros, es cuando realmente empieza nuestra transformación, nuestra divinización en Él y nuestro querer iniciar la identificación de que nuestros deseos sean los de Él y nuestras aspiraciones coincidan con las de Él.

Dios nos ha creado para sí y únicamente encontraremos felicidad, alegría y equilibrio, si dirigimos nuestro caminar hacia Él. Las dificultades insalvables son creadas por nosotros mismos; sin embargo, para querer y poder seguir con perseverancia en el buen camino y unirnos a Dios, se debe superar la debilidad, la fragilidad, dejar de ser veleidosos, frívolos, vacíos... Cuando hacemos algo bueno, nos convertimos en vanidosos, orgullosos, engreídos...

Dios nos hace continuos llamamientos a la gracia y a la perfección, pero no forza ni violenta a nadie para que lo acepte; pero quien lo acepta, recibe toda su entrega en abundancia.

Jesús en la Eucaristía no está para permanecer solo en el Sagrario o en la Custodia, sino que está para hacerse vida en nosotros. Todos quisiéramos que su presencia nos inunde y seamos otros Cristos, es decir, cristianos de

verdad, donde la humildad sea nuestro mayor tesoro; donde la serenidad en las contradicciones, sea el reconocimiento del merecimiento por los pecados cometidos; la caridad sea nuestra permanente actitud con los demás y la conciencia de su Presencia en nuestra alma, sea nuestro vivir.

Estamos tan inquietos por tantas cosas que nos distraen o alejan de la vida de Dios; sin embargo, tenemos un gran tesoro en nuestras iglesias. Es el Hijo de Dios presente en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, y donde está el Hijo, también, está el Padre y el Espíritu Santo, por lo que nosotros en la Eucaristía tenemos una presencia especialísima de la Santísima Trinidad, dispuesta a darse a nosotros para que tengamos verdadera vida. Aprovechemos este gran Don que se nos ofrece y acudamos a postrarnos con frecuencia ante Jesús Sacramentado.

4. La Eucaristía es intercesión

“El Señor Jesús, la noche en que era entregado, tomó el pan, dando gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía”. Así mismo, “tomó el cáliz después de cenar, diciendo: Esta copa es la nueva alianza en mi sangre...” (1Co 11, 23 ss).

Este es el relato más antiguo de la institución de la eucaristía, escrito hacia el año 53 de nuestra era. Asistimos a la última cena de Jesús. Según el rito judío, el padre de familia, al principio de la cena, toma el pan en forma de torta, pronuncia la bendición, lo parte y lo reparte entre los comensales, haciéndoles así partícipes de la bendición de Dios.

Al final de la cena, toma una copa de vino (la tercera y última) y da gracias. Todos responden “amén”, y cada uno bebe de su copa. Jesús en la última cena pasa su propia copa, para que todos los presentes compartan esta copa de la nueva alianza en su sangre.

En esta cena sagrada, Jesús dice y el Espíritu hace algo transcendental; algo que marca la transición de la antigua a la nueva pascua, del antiguo testamento al nuevo. “Esto es mi cuerpo”, “Esta es la copa de mi sangre”. Esto que los sentidos perciben como pan, como vino, es mi cuerpo, es mi sangre. El pan y el vino se transforman y se identifican con su cuerpo y sangre. La persona de Cristo está entera y se entrega entera, tanto bajo la especie de pan y de vino.

Ante la postura protestante, el Concilio de Trento define la transubstanciación: el pan y vino se convierten en cuerpo y sangre de Cristo, de modo que aquí no hay pan ni vino, sino solo apariencia de ellos, especies sagradas.

En un derroche de amor, el Señor se hace presente no solo durante la misa, sino mientras duran las especies sagradas. “Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). Prometió Jesús y lo cumple del modo más sorprendente en la eucaristía. Este es el sacramento de su presencia más real y plena. Aquí está realmente Jesús, Hijo de Dios e hijo de María, con su cuerpo resucitado invisible a los ojos de la carne, solo accesible por la fe. Dichosos los que sin ver creen (Jn 20, 29) Vemos pan; la fe nos dice es el Hijo de Dios. ¡Venid, adorémosle!

Acción de gracias e intercesión

Jesús de Nazaret es la obra maestra del Espíritu. En la Encarnación, el Espíritu puso especial cuidado al formar su corazón, por eso el corazón de Jesús desborda de gratitud. Cuando se dirige al Padre, lo primero que brota de sus labios es “¡Gracias, Abba! El corazón de Jesús se deshace en amor al Padre y a los que el Padre le ha dado (Jn 17, 24). En la eucaristía, queda plasmada para siempre esa actitud de gratitud dirigida al Padre, y de amor que se entrega a los suyos.

“Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Jn 13, 1). Así introduce Juan la cena pascual. El amor de Jesús encarnado en la entrega del pan y del vino eucarístico anticipa su entrega en la muerte redentora en la cruz. Es el mismo amor sin fin, por eso, la presencia de Jesús en la eucaristía no solo es signo, sino, también, fuente de su amor sin fin. Acaso la mejor intercesión es acoger ese amor infinito a beneficio de los que lo rechazan o ignoran y amar al Amor de los amores con los que mejor le aman y por los que no le aman.

La Iglesia, desde Pentecostés, movida por el Espíritu, celebra la cena del Señor, el partir del pan, la eucaristía, término generalizado desde el siglo II. Eucaristía literalmente significa acción de gracias. Es la acción de gracias ¡digna de Dios! En la eucaristía, por Cristo, con él y en él, la Iglesia bendice y alaba a Dios por todo lo que Dios es y le da gracias por todo lo que ha hecho en beneficio nuestro, de la humanidad y del cosmos (Rom 8, 19-25).

“Hagan esto en memoria mía” es Jesús hecho eucaristía, quien nos lo dice. Sean ustedes una eucaristía conmigo; hagamos de nuestra vida una continua acción de gracias, una alabanza constante. Este es el modo de vivir una vida nueva en Cristo: “Llenémonos del Espíritu Santo, recitando entre nosotros salmos, himnos y cánticos inspirados, alabando al Señor en nuestros corazones, dando siempre gracias por todo a Dios Padre en nombre del Señor Jesús” (Ef 5,18-20).

Gracias a la renovación carismática, millones de católicos han descubierto la belleza y el poder de la alabanza. Alaban al Señor de corazón, comunitaria y personalmente, según esta exhortación del apóstol. Ser una eucaristía con Jesús implica eso y algo más. Implica ser cada uno de nosotros una alabanza y acción de gracias viva. Nos lo recuerda el mismo apóstol. “Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, nos ha elegido antes de

crear el mundo, para ser nosotros alabanza de su gloria...” (Ef 1, 3 ss). Tal es nuestro destino glorioso.

Los proyectos de Dios llevan garantía divina. “Ustedes los que han escuchado la palabra de la verdad, han sido sellados con el Espíritu Santo prometido, el cual es garantía de su herencia para la plena liberación del pueblo de Dios y alabanza de su gloria” (Ef 1, 13 ss).

En la eucaristía, se da la presencia más plena de Cristo Jesús entre nosotros, y su entrega más plena al Padre en favor de todos los hombres. Por eso, en la eucaristía, la acción de gracias es inseparable de la intercesión universal. Esta es la intercesión más poderosa y decisiva con que contamos todos los redimidos.

“Jesús posee un sacerdocio inmutable, porque permanece para siempre. De ahí que puede salvar perfectamente a aquellos que por él, se acercan a Dios; permanece siempre vivo para interceder en su favor” (Hb 7, 24 ss). “El entró una vez para siempre en el santuario con su propia sangre, que purifica nuestra conciencia de sus obras muertas, para servir al Dios vivo” (Hb 9, 12).

Toda la vida y actividad de Jesús es intercesión, pues todo lo hizo en favor de sus hermanos, los hombres, para su salvación y santificación. La persona misma de Jesús es intercesión. “Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús” (1Tm 2, 5). Cristo murió, destruyendo así el poder del pecado; resucitó, venciendo así a la muerte; y fue exaltado a la diestra de Dios, donde intercede por nosotros (Rom 8, 34). Eso nos anima a presentarnos ante el trono de gracia para interceder en favor de todos aquellos por los que Cristo Jesús ofreció su vida en la cruz, y la ofrece hoy en la eucaristía.

“Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, a fin de obtener misericordia y hallar la gracia del auxilio oportuno” (Hb 4, 14-16). La presencia eucarística de Jesús es nuestro mejor atajo para llegar al trono de la gracia, tanto en alabanza y acción de gracias, como en humilde intercesión y súplica.

La intercesión es un ministerio sacerdotal. Cuando el cristiano intercede, actualiza su sacerdocio real (1P 2, 9 s). Aunque no esté pensando en ello, al interceder participa activamente en el sacerdocio de Cristo, “que nos ama y nos ha lavado de nuestros pecados con su propia sangre, y nos ha hecho reyes y sacerdotes para su Dios y Padre” (Ap 1, 5 s). Interceder es no solo presentar súplicas en favor de otros; también, es adorar, alabar, cantar, sobre todo, amar de parte de otros. Este es el mejor ejercicio del sacerdocio real.

La intercesión es, también, un ministerio eucarístico, que solo se vive saliendo de uno mismo, entrando en el corazón eucarístico de Cristo Jesús y ofreciéndose con él, al Padre con su misma actitud, por sus mismas intenciones. “Ofrézcanse a ustedes mismos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios. Tal será su culto espiritual” (Rom 12, 1). ¿Qué mejor intercesión que pedir al Espíritu Santo fusione nuestro corazón con el de Jesús y, conscientes de que ahí están todos los redimidos, ofrecer al Padre el amor infinito de ese corazón?

UNIDAD N° 4

FRATERNIDAD Y MISIÓN

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

1. Establecer el testimonio como forma de convicción dentro de la Comunidad.
2. Descubrir la vocación y misión Sagrados Corazones.
3. Reconocer la corrección fraterna como una estrategia para la armonía de la vida en Comunidad.
4. Reconocer que el perdón y la reconciliación son medios de liberación personal y comunitaria.
5. Identificarse con la misión evangelizadora de Jesús.
6. Descubrir las claves que impulsan una misión renovada, según José Antonio Pagola.

INDICADORES ESENCIALES DE EVALUACIÓN

- Reconoce al testimonio como forma de evangelización.
- Se identifica con la vocación y la misión dentro de la Comunidad Sagrados Corazones.
- Incorpora la Corrección fraterna como estrategia de convivencia.
- Se libera a través del perdón y la reconciliación en su vida diaria.
- Asume la misión de evangelización.
- Aplica las claves que impulsan una misión renovada.

SUMARIO

1. FRATERNIDAD

1. La vida en común torna convincente el Amor Redentor
2. La vida en común es nuestra forma de vivir nuestra vocación y misión
3. Características de nuestra vida en común
4. La corrección fraterna
5. Perdón y reconciliación
6. Comunidad de hermanas y hermanos
7. Caridad de las primeras comunidades cristianas

1. MISIÓN

1. Nuestra actividad evangelizadora: Una urgencia que nace del Corazón de Cristo.
2. Nuestra forma propia de llevar la misión
3. Características propias de nuestra acción evangelizadora
4. La misión de Jesús.
5. Algunas claves para impulsar la Misión de manera renovada (José Antonio Pagola)

FRATERNIDAD - MISIÓN

1. FRATERNIDAD

La comunidad

Vivimos nuestra vocación y misión en comunidad. La sencillez y el espíritu de familia son el sello de nuestras relaciones dentro de la Congregación internacional, que quiere estar abierta a todos los pueblos. Nuestra vida en común da testimonio del Evangelio y hace convincente nuestro anuncio del Amor Redentor (Const. Art. 7).

1. La vida en común torna convincente el Amor Redentor

- a. Se torna convincente, da testimonio: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos” (Is 29, 13; Mt 15, 8). El pueblo hablaba de una manera, pero vivía de otra. Esto entristecía a Dios. Con Jesús, era distinto. La gente quedaba impresionada porque hablaba con autoridad; vivía lo que enseñaba, los fariseos y maestros no vivían lo que enseñaban (Mt 23, 3). “Lo que hemos visto y oído, eso les anunciamos”. La experiencia fundante es lo que sostiene. La primera mística es la de la experiencia de Dios, hay que haberlo visto y oído (1Jn 1, 1).
- b. Pablo dice: “Creí por eso hablé” (2Cor 4, 13). Una vez más el amor primero, es el amor que nos reconcilia con Dios, conmigo, con el otro. El amor al prójimo es una extensión del amor de Dios; no viene después, es la otra cara de la moneda.

La vida fraterna es consecuencia natural de la experiencia de Dios. Si el amor de Dios no me estuviera transformando, no fuera posible construir fraternidad. Nuestra vida fraterna nace de la experiencia del dinamismo del amor de Dios. La autenticidad de la experiencia del amor de Dios es cuestionada cuando la experiencia fraterna no es verdadera.

Estructuras de las Cartas de Pablo: Gratitude, afecto, enseñanza teológica, enseñanzas morales. La exigencia viene después de la expresión afectiva y de la enseñanza teológica.

- c. Da testimonio del Evangelio. Jesús es el Evangelio. Él quiso crear una comunidad, él mismo ha vivido en comunidad. El centro que unifica esa comunidad es la persona de Jesús. No se unen por causa de la misión, por la experiencia de Dios, sino por la persona de Jesús.

Características

- Jesús enseñó el perdón (Mt 18, 21-22).
- Jesús enseñó que la comunidad tenía que estar centrada en la humildad y el servicio. El lavatorio de los pies (Jn 13, 1-20).
- Jesús enseñó la corrección fraterna (Mt 18, 15-18).
- Jesús enseñó la necesidad de una coordinación. Desde el inicio, encargó a Pedro; la comunidad debe tener una autoridad (Mt 16, 18).
- Jesús ha enseñado el compartir de los bienes, su comunidad tenía una caja común (Jn 13, 29).
- Enseñó que en la comunidad hay diferentes niveles de relación: los amigos, el discípulo que Jesús amaba, los hermanos. No todos los hermanos son amigos.
- La vida cristiana se alimenta con la vida común y en oración.

2. La vida en común es nuestra forma de vivir nuestra vocación y misión

La vocación es la identidad, mientras la misión es la tarea, el servicio. Jesús fue descubriendo su vocación y su misión en comunidad. Los exegetas descubren en el Evangelio de San Marcos, la identidad de Jesús.

Marcos, en el capítulo 1, inicia diciendo: “Comienzo de la Buena Noticia de Jesús, el Hijo de Dios” y a lo largo de todo el evangelio se hace la pregunta ¿Quién es? Juan proclamaba: “detrás de mí viene el que es más fuerte que yo” (Mc 1, 6). Juan bautiza a Jesús y se oye una voz: “Tú eres mi hijo amado en quien me complazco” (Mc 1, 11). En el versículo 23, un hombre poseído por un espíritu inmundo grita: “¿Qué tienes tú con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres tú: el santo de Dios”. Jesús habla a la multitud, después habla a los más cercanos (Mc 6, 1-6).

En el capítulo 8, Jesús pregunta: “¿Quién dice la gente que soy yo?” (Mc 8, 27-30). La vocación y la misión de Jesús la descubrió en comunidad, con sus discípulos, en diálogo con ellos y leyendo la biblia. No es que Jesús está preocupado por el qué dirán; Él tiene una duda. En adelante, Él se va a orientar para formar una comunidad; no para decir que el Reino llegue y se acabe con Él. Bajando a Jerusalén, les comparte a sus discípulos “el Hijo de Dios será crucificado” (Mc 8, 31-33). Al principio Jesús pensaba que con Él llegaba el Reino. Después, se da cuenta que el Reino llegaba y continuaba, esto se ve después del capítulo 8.

Los discípulos, también, van descubriendo su vocación con Jesús. Mucha gente lo deja y ellos se dan cuenta que solo Jesús tiene palabras de Vida Eterna. Pedro descubre claramente su vocación y misión con Jesús: Tú eres piedra. Que Jesús envíe de dos en dos significa que ayuda a dos tipos de personas: a los más débiles y a los más fuertes. Ellos descubren su vocación y misión con Jesús y viceversa.

Pablo nunca está solo, tiene un carácter muy fuerte. Su primera misión la hace con Bernabé y Marcos, misión que fue difícil. La segunda misión fue diferente, con Silvano, Tito y Timoteo. A Pedro y Juan, se los ve juntos en la pasión. Dice el Evangelio que un discípulo conocía al portero que los hizo entrar. Están juntos al inicio de la Iglesia; esto lo constatan los primeros ocho capítulos de los Hechos de los Apóstoles.

Nosotros no vivimos aislados. Con el grupo de los doce, aceptamos descubrir nuestra vocación y misión en común. Proyectamos, conversamos, planificamos, somos corresponsables, compartimos, decidimos, discernimos en común. Lo que nos une no es la casa, la Vida Religiosa es más que un contrato de buena convivencia. A nosotros, nos une Jesús, igual que a la primera comunidad, más que la misión. Por Jesús, nos apasionamos y Él nos llama a la misión, a un ideal común.

Para hacer comunidad, hay que ser interdependientes. Hay personas que se quedaron fijadas en la infancia y son dependientes. No pueden decidir solos, necesitan la aprobación de otros y pedir permiso para todo. Otros se quedaron fijados en la adolescencia; quieren librarse de esa dependencia; buscan todo lo contrario; hacen su vida de forma independiente, son rebeldes.

Lo normal es ser interdependientes. Hay algo que es común, un nosotros. Ese es el lugar de la interdependencia. La vida comunitaria es una ganancia. Hay necesidad de la comunidad. La comunidad ilumina las dudas, acrecienta la creatividad, es un don, una gracia.

Había un santo que sentía que la comunidad lo santificaba por las dificultades que tenía en ella. Sartre decía que el infierno somos nosotros. En realidad, los otros son más cielo que infierno. Cuando uno vive más la necesidad, puede ver que el otro es un cielo. A veces, partimos con una mirada negativa. Todos hemos vivido experiencias de comunidad muy saludables.

Algunos medios para vivir en comunidad

- Un buen coordinador debe estar convencido de la comunidad, debe dialogar con cada hermana, cuidar la organización comunitaria. Cuando se toman las cosas en serio, se cree en ella, se visualizan las metas y los medios, por lo tanto, las cosas marchan.
- La corrección fraterna semestral.
- El día de comunidad, día de reunión y de descanso.

3. Características de nuestra vida en común

La sencillez y el Espíritu de familia son el sello de nuestras relaciones dentro de la congregación internacional, que está abierta a todos los pueblos. La sencillez significa lo que es esencial, es decir, que no necesita de adornos, de apariencias, de formalismos, de rodeos, de arreglos, de ceremonias. Es tratar de ser auténtico, sin doblez. Es lo contrario de las relaciones complejas, complicadas.

Jesús es el sencillo por excelencia: El nombre de Dios es sencillez. Soy una sola cosa, no dos. Todos nosotros tenemos algo de complejo, de páginas dobles, no de páginas transparentes. “Hay que ser sencillos como palomas y astutos como serpientes” (Mt 10, 16). Ser sencillos significa vivir sin maldad, confiado, inocente, puro de corazón como los lirios del campo y los pájaros del cielo. “Dios les va a dar la vestimenta y el alimento” (Mt 6, 26). Las relaciones son de sencillez, de transparencia, de libertad y de soltura, donde no hay falsedad.

Dos son los niveles de sencillez:

- a. Uno más profundo, confianza, transparencia, verdad.
- b. Uno más aparente, libertad, sin formalismo, soltura.

Las relaciones libres aparecen en la manera de presentarse. Las relaciones no complicadas son sencillas. *Charles de Foucauld* afirma: las casas de los hermanos deben ser sencillas, porque nuestro espíritu se adapta al ambiente en el que vive, pobre o rico. Esto tiene otra cara, un espíritu sencillo no busca lujos. San Pablo es una persona sencilla, de relaciones directas, habla de las cosas como son, sin rodeos.

Espíritu de familia: Es lo contrario a lo institucional, a lo empresarial, a las relaciones entre funcionarios, donde la persona es definida por su función, por la etiqueta, por los formalismos. Lo familiar significa ser uno mismo, acogedor, gratuito, sin máscara, yo puedo ser como soy. Puedo ser yo de una manera relajada. Lo nuestro es lo pequeño, lo simple, lo natural, lo cordial. El compartir la mesa es muy importante; el encuentro familiar y el momento de la comida son fundamentales en la vida comunitaria.

Jesús quiso formar una nueva familia, cuyos lazos no eran los de la sangre: “Mi madre y mis hermanos son los que escuchan y hacen la voluntad del Padre” (Mt 12, 46-50). En esta relación, Jesús se hace íntimo: “Yo ya no los llamo siervos, sino amigos, porque les he dado a conocer todo lo que me ha comunicado mi Padre” (Mt 13, 10-13). A ellos les explicaba las parábolas de una manera más profunda.

Jesús ha querido tener familias amigas: tuvo a Martha, María y Lázaro, familias donde podía sentirse en casa, donde podía descansar, personas a quienes consideró sus amigos (Jn 11, 1-3). También, nosotros debemos tener amigos, además, de la pequeña comunidad.

San Pablo tiene intimidad con las comunidades: “pues testigo me es Dios de cuánto añoro a todos vosotros en el corazón de Cristo Jesús” (Fil 1, 8). No trabaja con la gente como grupos sino como personas. “Me hice judío con los judíos, griego con los griegos...” (1Cor 9, 20-23) fue próximo a todos. Corrige claramente a las comunidades cuando tiene que corregir. En algunos textos, se encuentran interpelaciones y estímulos a las personas y a las comunidades.

Una comunidad está abierta a todos los pueblos. La internacionalidad es una característica que la define. Es importante que no sea rígida ni inflexible. Estar abiertos desde lo propio. Es fundamental comprender el verdadero sentido de comunidad, pero, al mismo tiempo, sentir que la vida sea compartida, que no se cierre en nosotros mismos.

4. La corrección fraterna

El Evangelio de Mateo nos ofrece profundizar sobre el sentido fraterno.

- Cap. 5-7: Gran discurso del Sermón del monte.
- Cap. 10: Instrucciones a los misioneros.
- Cap. 13: Las parábolas del Reino.
- Cap. 18: La comunidad del Reino, el discurso de la Iglesia.
- Cap. 23-25: El discurso escatológico, cómo será el fin.

Jesús ve a la comunidad, a la Iglesia como un grupo de convertidos, donde el centro es la corrección fraterna. Esto exige:

- a. **Conversión a la humildad:** Significa hacerse un niño, dependiente, abierto a recibir ayuda, receptivo al otro, no autosuficiente (Mc 9, 35-36).
- b. **Acoger a los más débiles:** Se refiere no solo a tornarse como niños, sino que hay que acogerlos como niños. En la comunidad, los más débiles precisan más atención, más cariño.
- c. **No escandalizar:** Hace referencia al poder. Cuanta más autoridad se posea, mayor responsabilidad se tiene. El poder puede facilitar muchas cosas; sin embargo, es la autoridad, la primera que debe dar el mayor testimonio.

- d. **La oveja perdida:** Es la metáfora que nos remite a la persona que posee problemas, que se halla perdida. Su situación exige ayuda, debe ser recuperada para incorporarla nuevamente a la comunidad; no se la puede abandonar.
- e. **La oración en común:** Es el vínculo entre todos. Orar unos por los otros, es compartir la fe, vivir la Eucaristía en comunidad.
- f. **El perdón:** Recordar siempre que hay que perdonar hasta 70 veces 7 (Mt 18, 22).

En conclusión, la corrección fraterna se la debe hacer a través de la oración, teniendo presente lo que nos dice Mateo (18, 15-17).

- Si tu hermano peca, si tu hermano no está bien, ve hasta tu hermano.
- Trata de recuperarlo y devolverlo a la comunidad. Esto es garantía de que la comunidad funciona. Se debe expresar lo importante que es para la comunidad y que esta quiere ayudarlo.
- Usa siempre un tono de acogida.
- Si no te escucha, llama a dos o tres amigos y en la comunidad se debe agotar todo esfuerzo para recuperar al hermano.
- Si no hay resultado, la responsabilidad última será la de la autoridad, entregarlo a la Iglesia, a las manos de Dios.

5. PERDÓN Y RECONCILIACIÓN

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5: 7).

Esta frase del sermón de la montaña es una invitación a no dejarnos llevar por el dolor, frente a una ofensa recibida. El Señor nos invita a perdonar setenta veces siete, (Mt 18: 21, 22), pero, sobre todo, nos llama a mirar el perdón que emana de la Cruz de Cristo. Cuando no se perdona, la frase del Padre nuestro:

“y perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mt 6: 12), queda sin ningún efecto.

Jesús nos invita al perdón total, cuando dice: “Han oído que fue dicho: ojo por ojo y diente por diente, pero yo les digo, al que te hiera la mejilla derecha, vuélvele, también, la otra, y al que quiera quitarte la túnica, déjala la capa y al que te obligue a llevar la carga por una milla, ve con él dos. Al que te pida dale y al que quiera tomar algo de ti prestado no se lo rehúses (Mt 5, 38-48).

El perdonar de Cristo es un acto unilateral e incondicional, no depende del otro, ni espera que el otro haya reconocido su error; no espera que se haya saldado la cuenta; la medida es el perdón de Dios.

Veamos, entonces, qué implica el perdón:

- a. Levantar la deuda, suspender la deuda, es un perdón total.
- b. Perdonar viene del verbo latino *perdonare* que significa: *per* + *donare*, que implica renuncia a conservar la ofensa en el corazón.
- c. Perdonar es la expresión del verdadero amor, es una renuncia al yo herido.
- d. Perdonar es morir a uno mismo, como lo hizo Jesús que murió en la cruz, perdonando a sus ofensores.

1. El perdón en el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento, poco se conoce sobre el perdón; toda ofensa era pagada con otra ofensa, sin embargo, encontramos algunos hechos sobre el perdón, miremos dos ejemplos:

a. El perdón de Esaú

Sabemos la historia de Jacob, que engañó a Esaú, su hermano, para poder recibir la bendición de la primogenitura. Pasado el tiempo, tuvo que producirse el inevitable encuentro con Esaú, y Jacob tenía miedo. Su conciencia no le dejaba tranquilo. Sin embargo, cuando Jacob volvió

a Caná, Esaú corrió a su encuentro, le abrazó y se echó sobre su cuello y le besó y los dos lloraron” (Gen 33: 4).

Jacob estaba asustado, pero Esaú, a pesar de la vida que llevaba, hacía tiempo que le había perdonado; se lo veía libre, por eso fue directo a su hermano Jacob, lo abrazó efusivamente, besándolo. Solo hace esto aquel que ha perdonado de verdad.

b. Moisés, el hombre que sabía perdonar

María y Aarón hablaron contra Moisés a causa de la mujer cusita que había tomado y dijeron: ¿Solamente por Moisés ha hablado Yahvé? ¿No ha hablado, también, por nosotros? y oyó Yahvé. Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra. Luego, dijo Yahvé a Moisés, a Aarón y a María: Vayan los tres al tabernáculo de la reunión. Entonces, Yahvé descendió en la columna de la nube y se puso a la puerta del tabernáculo, y llamó a Aarón y a María; los dos se pusieron delante. Y él les dijo: Oigan mis palabras: cuando haya entre ustedes un profeta de Yahvé, yo le hablo en visiones y en sueños, no así a mi siervo Moisés, que es fiel y con él hablo cara a cara, abiertamente y no por figuras; y les dijo Yahvé: ¿Por qué, se ponen en contra de mi siervo Moisés? Y la ira de Dios cayó sobre ellos y María quedó leprosa, entonces, Aarón pidió perdón a Moisés e intercedió por su hermana; Moisés, que la amaba de verdad, le pidió a Yahvé que sanara a su hermana.

De estos hechos se puede deducir que el que perdona es quien ha llegado a la madurez espiritual y el que está maduro no guarda rencor, sino se siente feliz de ser el hijo de Dios. Perdonar es un acto de voluntad, un acto de fe, un acto de amor.

2. Las ataduras del no perdonar

Hay demasiados cristianos atados por falta de perdón. No hay crecimiento

espiritual en sus vidas, y en cierta medida, vienen a ser esclavos del mal; el perdonar libera, rompe las ataduras, devuelve la libertad y la alegría.

El que no perdona es esclavo de su propio dolor, de su propio resentimiento; no ha experimentado el amor de Dios, que ama a buenos y malos y que hace llover sobre justos e injustos, y que hace salir el sol para los que le obedecen y para los que lo tienen olvidado (Mt 5,45).

3. Perdonar es andar en la luz

El que perdona se siente liberado y da liberación, el que perdona vence el mal porque expresa el perdón que ha recibido de Dios. El perdón está basado en el amor de Dios y el que ama y se siente amado no puede mantener en su corazón el agravio del hermano, porque Cristo ya lo ha perdonado todo.

Dios es luz y solo se vive en la luz si hay comunión entre unos y otros, y andar en la luz es vivir como vivió Cristo, que supo perdonar a todos.

Cristo nos dice: “Sean perfectos como mi Padre celestial es perfecto”. Tenemos que llegar a ser, como dice San Pablo: “Nos maldicen y bendecimos, padecemos persecución y la soportamos, nos difaman y oramos por ellos” (1Cor 4, 12-13).

Para que entendamos cómo debe ser el perdón, Cristo nos propone la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32). Él quiere que tengamos un corazón perdonador, que implica salir de sí mismo, ponerse en el lugar del otro, entender su realidad, para llegar a justificar lo injustificable.

4. La necesidad de perdonar para ser perdonado

El perdonar hace que uno reciba, también, el perdón de Dios. Cuando vayas a orar y te acuerdas que alguno tiene una queja contigo, ve primero a ponerte en paz con él y regresa a presentar tu ofrenda” (Mt 5, 23-24).

“...para que, también, vuestro Padre que está en los cielos les perdone sus ofensas” (Mt 6, 14). “Porque si ustedes no perdonan, tampoco su Padre que está en los cielos les perdonará sus ofensas” (Mc 11, 25-26); o también, “si ustedes no perdonan de todo corazón, mi Padre que está en el cielo tampoco les perdonará a ustedes” (Mt 18, 35).

El perdonar significa que la persona que te ha hecho daño es más valiosa que el agravio que ha cometido contra ti, y con eso estás mostrando tu verdadero amor sacrificial hacia los demás, como Cristo hizo; con eso estás diciendo que Dios ama por igual a todos los hombres, buenos y malos, lo cual es la verdad.

5. La bendición de perdonar

El perdón trae la bendición de Dios, abre las puertas del Cielo para que su gracia se derrame sobre el perdonador y el perdonado. Dios nos llena de su paz y sentimos que nuestro corazón se llena de gracia, porque el Espíritu de Dios hace posesión del corazón. El que hace del perdón un hábito, se siente hijo de Dios y hermano de todo hombre y mujer de buena voluntad.

Debemos buscar en lo posible la restauración total de las relaciones y para eso, el perdonar es condición indispensable. Debemos estar en una actitud de reconciliación y restauración constante, por eso, también, se debe aprender a pedir disculpas y pedir perdón de forma específica, cuando somos conscientes de haber hecho el mal. Muchas veces, se puede creer que hemos perdonado porque decimos yo perdono, pero, si nos damos cuenta que en nuestro corazón queda algún resentimiento, nuestro perdón no es verdadero.

Sabemos que Dios espera de la conversión para perdonarme y perdonará en mí a todos los que me han ofendido; esa es la voluntad de Dios.

6. Comunidad de hermanas y hermanos

Para nuestros Fundadores, el amor fraternal ocupaba un lugar absolutamente central; vivían la felicidad y la alegría de la comunidad con relaciones cálidas, cordiales, como las de una familia, basadas en la fe, centradas en Jesús, porque para el Buen Padre y la Buena Madre, las comunidades se inspiraron en el ideal de los primeros cristianos, que tenían un solo corazón y una sola alma (Hch 2, 42).

Nuestra profesión nos hace miembros de una misma familia, ponemos nuestras vidas en común y ponemos de nuestra parte, todo aquello que fortalece la unión de mentes y corazones, porque queremos llegar a ser verdaderos hermanos, los unos para con los otros.

La vida de la comunidad exige, a más de la presencia física, una unión de corazones, un respeto recíproco, un diálogo permanente, una reflexión profunda y, sobre todo, honestidad. La comunidad se define por un sentido de pertenencia mutua, donde el diálogo, la amistad y el compartir la vida y la fe ocupan un lugar importante.

Nuestras comunidades pretenden ser centros de comunión y hospitalidad, sencillas, abiertas, alegres, donde las personas nos reunimos para experimentar el amor de Dios y la amistad, la dignidad, la igualdad entre hermanos y hermanas, donde todos somos valorados como personas adultas.

Nos sentimos miembros de una familia religiosa, donde cada uno puede contar con los demás, porque hay un compromiso mutuo de los unos hacia los otros, como una verdadera familia.

La vida humana está en continuo cambio, por eso es una necesidad de conocernos, lo que exige tiempo en la comunidad, diálogo y oración, para que se fortifique nuestra relación con Dios y con los hermanos y las hermanas.

En nuestra Congregación, contamos con todos los medios para poder vivir en fraternidad; no nos dejarnos llevar por la rutina diaria, sino se vive cada día; se acepta y respeta la diversidad y se trabaja activamente en la creación de una comunidad alegre, sin olvidar que nada se logra sin el sacrificio, sin el olvido de sí mismo, para llegar a una vida más plena y gozosa.

6. Caridad de las primeras comunidades cristianas, según Manuel Antonio Menchón Domínguez

Muchas veces, cuando en nuestras reuniones o celebraciones cristianas nos planteamos como tema la caridad, acudimos a la de vida fraternal de las primeras comunidades cristianas que encontramos en los sumarios del Libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 2, 42-47; 4, 32-35), y ponemos la vida de aquellos cristianos como punto de referencia para lo que tiene que ser la práctica del amor entre los cristianos de hoy día.

La verdad es que estos textos se escribieron para que sirvieran de paradigma a los creyentes, pero, desgajados de la situación real de aquella comunidad y del análisis histórico de su forma concreta de realización, más que puntos de referencia, pueden convertirse en signo de frustración para los cristianos de hoy día, que no somos capaces de vivir ese sueño idealizado del amor, como pensamos que fueron capaces de vivir aquellos creyentes.

De todas formas, esos textos ni son el único ejemplo que tenemos en el NT de vivencia de la caridad, ni la comunidad de Jerusalén es la única comunidad que nos puede servir de modelo. Siempre existe el riesgo de idealizar demasiado el estilo de vida de las primeras comunidades, como si el fervor de los comienzos garantizase un funcionamiento perfecto, sin el menor traspié, sin el más imperceptible sobresalto, sin el más modesto roce en la “máquina” que Cristo puso en movimiento.

Es más, debería preocuparnos si todo hubiese sido un camino de rosas, si todo hubiese transcurrido con normalidad, si no detectáramos la más mínima fisura, dificultad o incidente, por qué, entonces, no tendríamos modelos válidos en la Palabra de Dios, para nuestras humildes comunidades que caminan.

Por eso, pretendo en esta reflexión ayudar a acercarnos a un mundo que, a primera vista, nos parece muy conocido, como es el mundo del NT, pero que no siempre su simple lectura o escucha, puede dar por supuesta la vida de unos creyentes que queda en la profundidad de esos escritos.

Desde una visión histórica, puede detectarse cómo al hilo de la pluma de los redactores, iba aflorando todo un cúmulo de vivencias, de esperanzas, de dudas, de luchas, de inquietudes, de desilusiones, de problemas muy reales y concretos que vivían y padecían los cristianos de aquellas comunidades de las que surgieron estos escritos. Situaciones que pueden ser para nosotros modelo o paradigma, si somos capaces de detectar, tras la letra, el espíritu que movió a aquellos redactores para dar respuesta a las situaciones vivenciales de sus comunidades, porque estos textos se escribieron para la vida, la de ese entonces y la de hoy.

Refiriéndome en concreto al tema de la caridad o el amor en el seno de aquellas comunidades, no fue una experiencia vivida fácilmente, sino una muy dura realidad, tanto por las vicisitudes internas de las mismas comunidades, como por el espinoso esfuerzo de querer amar a aquellos que desde fuera creaban grandes conflictos, cuando no, también, persecuciones.

Para comprender toda la trayectoria caritativa de aquellos primeros grupos de discípulos del siglo I de nuestra era cristiana, tenemos que remontarnos, aunque sea brevemente, a la herencia recibida, en cuanto a las enseñanzas sobre el amor de los antepasados en la fe. Así nos encontramos con que el amor a Dios y a los hombres se había revelado ya en el AT, también, desde la vida, a través de una sucesión de hechos: iniciativa divina y repulsa del

hombre; sufrimiento por amores desairados y esfuerzos de superación dolorosa por estar al nivel del amor de Dios y de su gracia.

Con la encarnación del Hijo, el amor divino se expresa en un hecho único, cuya naturaleza misma transforma los datos de la situación: Jesús viene a vivir como Dios y como hombre el drama del amor de Dios para con los hombres y la respuesta de estos al amor. Ahora, ese drama se desarrolla a través de su persona: en su misma persona, el hombre puede amar a Dios y sentirse amado y perdonado por Él.

También, en el AT, el mandamiento de amar a Dios se completa con ese otro mandamiento: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lev 19,18). Esta palabra prójimo que se traduce con bastante exactitud en el término griego “*plesion*”, corresponde, sin embargo, imperfectamente al término hebreo “*rea*”, que se traduce con frecuencia como hermano, aunque no siempre. Etimológicamente, expresa la idea de asociarse a alguien, de entrar en su compañía.

El prójimo es alguien que no pertenece a la casa paterna, sino aquel con quien pueden crearse vínculos, ya sea de forma pasajera, ya duradera, en virtud de la amistad. Que a esa relación se le llame amor, no se dice muy explícitamente ni con frecuencia en el AT, pero cuando se habla del amor hacia el extranjero, el mandamiento se funda en el deber de obrar como actúa Yahvé: “Yahvé ama al extranjero, lo alimenta y lo viste; amad también vosotros a los extranjeros, porque extranjeros fuisteis en Egipto” (Dt 10,18). Toda la tradición profética y sapiencial va en este mismo sentido: no se puede agradar a Dios sin respetar a los hombres, sobre todo a los más débiles. Solo después de la experiencia del destierro, se manifiesta cierta tendencia a interpretar como prójimo solo al israelita y al prosélito circunciso.

En la última época veterotestamentaria el judaísmo profundiza en la naturaleza del amor fraterno, y en el amor al prójimo, se incluye el amor al adversario judío o al enemigo gentil: “Ama a las criaturas y condúcelas a la ley”, decía el gran rabino *Hilel* y, en otra ocasión, añade: “Lo mismo que el

Santo, bendito sea, viste a los que están desnudos, consuela a los afligidos, entierra a los muertos..., así tú, también, viste a los que están desnudos, visita a los enfermos...”.

Además, en los escritos de la comunidad *Yihad de Qumrân* encontramos textos en ese sentido: “Pues todos estarán en una comunidad de verdad, de humildad buena, de amor misericordioso, de pensamiento justo” (1QS II, 24); “La justicia y el derecho, el amor misericordioso, la conducta modesta en todos sus caminos” (1QS V, 4). “Justicia y amor misericordioso con los oprimidos” (1QS X, 26).

A pesar de esas enseñanzas, es bastante probable que los judíos tuviesen mucha dificultad en incluir a los paganos en la categoría de prójimo y, por tanto, no serían objeto obligatorio de su caridad, lo que se ve reforzado por el hecho de que no solo eran tratados hostilmente por los gentiles (hostilidad de la que tenían una larga historia que mantenían fresca en su memoria -ayer y hoy-, como se manifiesta en el libro de Daniel), sino que ellos mismos, los judíos palestinos, trataban del mismo modo a los gentiles, cuya compañía rechazaban; y, en la diáspora, se mantenían como comunidades semi-autónomas dentro de la ciudad, como lo atestiguan los escritos de la época. Tal vez, esa sea la razón de que los evangelios insistan tanto en el perdón, en no mirar las faltas de los otros y en no juzgar ni condenar al prójimo.

Podríamos decir que, por un lado iba el pensamiento teológico, que fue un buen caldo de cultivo para que pudiesen enraizar ahí las enseñanzas de Jesucristo, pero por otro, iba la vida ordinaria de la gente, que nunca llegó a aceptar que ese mandamiento de amor al prójimo le obligase a amar a los enemigos acérrimos de Israel y a los increyentes.

Las enseñanzas de Jesús empalman directamente con la teología profética y sapiencial que unía el amor a Dios y al prójimo. Él fusionó en uno solo ambos mandamientos, no solamente desde su palabra: “Estos dos mandamientos sostienen la ley entera y los profetas” (Mt 22, 40), y desde su vida, entendiendo por prójimo a los proscritos de la Ley: publicanos,

pecadores y gentiles, sino, además, desde el mismo misterio de su persona: siendo Dios y hombre no solo en él están fundidas divinidad y humanidad, sino, también, el doble amor: desde ahora los creyentes amaran a Dios y al hombre en Jesús y ese amor se hará ya indisoluble.

Será imposible amar a Dios dejando a un lado a los semejantes. El amor unidireccional en sentido vertical hacia la divinidad, será un amor falseado, porque la divinidad se ha encarnado en la humanidad y es en ella donde Dios quiere ser amado. Amando al prójimo, el creyente cristiano ama a Dios y sin esa mediación, el amor es mentiroso (1Jn 4, 20).

Jesús bebió de las fuentes teológicas y de la tradición de su pueblo y recogió de ellas lo mejor que tenían, como los dichos judeo-tradicionales sobre el amor a los enemigos: “Yo os digo, amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os ponen trampas” (Mt 5, 44); sobre la no violencia: “al que te golpee en una mejilla, ofrécele la otra y al que te quite el manto no le niegues la túnica; al que te pide, dale y al que te quite algo, no se lo reclames” (Lc 6, 29); y la regla de oro: “Como queréis que os traten los hombres, tratadlos vosotros a ellos” (Lc 6, 31), donde Jesús expresa en positivo una vieja sentencia de su pueblo que siempre se había mencionado en negativo: “No hagas a nadie lo que no quieres que te hagan”, como aparece en el libro de Tobías (4,15), en las máximas de *Hilel* y en los escritos de *Filón*.

En la mente de muchos cristianos de las comunidades de las que surgieron los escritos neotestamentarios, posiblemente quedaron grabados muchas de estas enseñanzas del Maestro y otras frases que, aunque no recogían la voz auténtica, sí que estaba en ellas la auténtica intención de Jesús, como hicieron las comunidades *joánicas* con el último mandamiento del Señor: “Esto os mando, que os améis unos a otros, como yo os he amado” (Jn 13, 34).

Dichos de Jesús como el que el autor de los Hechos pone en labios de Pablo, cuando en *Mileto* se despide de los presbíteros de Éfeso:

“recordando el dicho del Señor Jesús: más vale dar que recibir” (Hch 20,35), expresado de manera parecida en una frase canónica extra-evangélica: “recordar las palabras del Señor: mayor felicidad hay en dar que en recibir”; o aquel otro que San Jerónimo, en su exégesis de la carta a los Efesios, dice haber encontrado en el Evangelio de los Hebreos: “y solo entonces debéis estar contentos: cuando miréis a vuestros hermanos con caridad”.

Fueron aquellas comunidades las que conservaron como un rico tesoro innumerables dichos de Jesús y los interpretaron y los hicieron vida, según la realidad que a cada comunidad le tocó vivir en aquellas experiencias originarias del cristianismo. Pero, en lo que sí se dio unanimidad de interpretación, fue en la fusión en uno solo, del doble mandamiento del amor, vivido radicalmente por aquel Maestro que “pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo” (Hch 10,38), y que sería en adelante el distintivo por el que los de fuera podrían conocer a los discípulos: “En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros” (Jn 13,34).

2. LA MISIÓN

Nuestra misión nos urge a una actividad evangelizadora. Esta nos hace entrar en el dinamismo interior del Amor de Cristo por su Padre y por el mundo, especialmente por los pobres, los afligidos, los marginados y los que no conocen la Buena Noticia.

Para que el Reinado de Dios se haga presente, buscamos la transformación del corazón humano y procuramos ser agentes de comunión en el mundo. En solidaridad con los pobres, trabajamos por una sociedad justa y reconciliada.

La disponibilidad para las necesidades y urgencias de la Iglesia, discernidas a la luz del Espíritu, así como la capacidad de adaptación a las circunstancias y acontecimientos, son rasgos heredados de nuestros Fundadores.

El espíritu misionero nos hace libres y disponibles para ejercer nuestro servicio apostólico allá donde seamos enviados a llevar y acoger la Buena Noticia (Const. Art. 6)

Tres afirmaciones encontramos en este artículo:

1. **Nuestra actividad evangelizadora:** una urgencia que nace del Corazón de Cristo. Nuestra misión nos urge a una actividad evangelizadora. Evangelizar es una obligación que se impone, nos dice Pablo (1Cor 9, 16). La caridad de Cristo me interpela, me urge. El mirar el Corazón de Jesús y tomar conciencia de que Uno solo murió por todos, nos urge a dar una respuesta, por eso nuestra actividad nace del dinamismo del amor de Cristo.

Nuestro ministerio nace de contemplar al Traspasado en la Cruz, al Corazón de Jesús. Una actividad evangelizadora que no nazca de la contemplación es vacía, corre el peligro de anunciarse a sí mismo. No nos anunciamos a nosotros mismos, sino a Cristo y a Cristo Crucificado (2Cor 4, 5). Es importante subrayar que la actividad evangelizadora brota de la contemplación, si esto no ocurre, algo grave está pasando.

Actividad: Somos llamados a realizar una actividad. El artículo 6 de nuestras Constituciones se refiere a la obra pública de Cristo, a su acción evangelizadora. Para mirar el dinamismo de la acción de Jesús, Mc 6, 31, es necesario entrar en la forma en que Jesús evangeliza, para eso hay que entrar en la imagen del Buen Pastor (Lc 15, 4 ss; Jn 10, 11 ss; Sal 23).

Origen de la actividad de Jesús: Nace del amor al Padre. Su dinamismo es el vínculo de amor entre Él y el Padre. Lo que da dinamía entre el Padre y el Hijo es el Espíritu Santo, es aquel que es dado a nosotros y que nos da la fuerza. El amante: el Padre, el amado: el Hijo, el amor: el Espíritu Santo. Es lo que anima al Hijo. Yo no hago nada por mi propia voluntad, todo lo que hago es por voluntad del que me ha enviado. Yo y el Padre somos uno. De ahí, tantos momentos de contemplación que Jesús tenía.

Un gran amor por el mundo: Vino Jesús a salvar el mundo no a condenarlo. Dios envía a su propio Hijo para recuperar el mundo. “Yo soy la luz del mundo”: Jesús vino a esclarecer el mundo, vino para que tengamos vida y vida en abundancia (Jn 10, 10). Vino a comunicar la vida del Padre, a invitar a vivir en la gracia, en la unión que es el Padre y el Hijo.

Si Jesús vino para comunicar la vida, es natural que tenga una preferencia especial por los que tienen menos vida:

- **Los pobres:** Están presentes en las Bienaventuranzas (Mt 5, 1-12); en la Parábola del Banquete (Mt 22:2-14). Vino a evangelizar a los pobres (Lc 4, 18), en el juicio final, va a denotar su preferencia por los pobres, los necesitados (Mt 25).
- **Los atormentados:** Personas dominadas por el mal (Mc 1, 23-25).
- **Los afligidos:** Son todos los que lloran, los que están angustiados, los que sufren, los que se encuentran enfermos, los que viven angustia interior (el joven rico), este joven quería algo más, pero es incapaz de abandonar su riqueza (Mt 19,16-22).
- **Los apáticos:** El hombre que está enfermo desde hace 38 años, el paralítico de la piscina de Siloé (Jn 5, 3-15).
- **Los atormentados por la muerte:** Son algunos ejemplos: la viuda de Naín, Lázaro, la hija de Jairo, Martha y María (Jn 11, 11-44).
- **Los marginados:** Son los excluidos de la comunicación: ciegos, sordos y mudos (Jn 9, 1-15).
- **Los que perdieron la imagen divina del cuerpo:** Quienes se encuentran paralíticos y los pecadores (Mt, 9, 1-7).
- Los que no conocen la Buena Noticia.

Jesús fue muy criticado por comer con los pecadores, Él no tuvo vergüenza y por eso fue llamado: loco, comilón, borracho, endemoniado (Mt 9, 10-13). En principio, Jesús vino por las ovejas perdidas del pueblo de Israel, pero Él va a otros lugares, texto de la mujer Siro-fenicia (Mc 7, 24-30). Él estuvo por otros lados. Jesús vino para ser luz de las naciones nos dice Simeón (Lc 2, 25-35).

Jesús devuelve la dignidad social a la hemorroisa, a los leprosos (Mc 5, 21-43). Es el Buen Pastor para todos. “Tengo otras ovejas que no son de este redil...” el evangelio no es solo para los judíos (Jn 10). Dentro de la Congregación, siempre se interpretó la misión como un llamado para ir a otros lugares, donde no se conoce la Buena Noticia: “Misioneros de los pobres”.

2. Nuestra forma propia de llevar la misión

a. Búsqueda de la transformación del corazón humano

Esto se habla en Jr. 36, Ez 31.

- Un corazón duro, obtuso, cerrado, terco, obstinado, insensible.
- Un corazón de carne, es un corazón que se deja ablandar, que se deja transformar. ¿Cómo hacer esta transformación? Haciendo que las personas se sientan amadas en su centro, en su raíz, en su corazón, son amadas como son.
- Cuando una persona se siente amada, confiada, valorada, se apuesta por ella. Y esto se hace a través de expresiones de cariño, acogida, ternura, misericordia, cercanía, actitudes propias de nuestro carisma. Con estas actitudes, podemos ayudarlas a abrir sus máscaras duras, con un apego verdadero a la conversión.
- Necesitamos exigencia, esto es trabajar con la persona desde el interior, desde el corazón, procurar ir hasta el límite, con una atención personalizada porque las personas son únicas.

b. Ser agentes de comunión

- Porque el dinamismo del amor es comunión, es el Espíritu Santo, que es el amor entre el Padre y el Hijo (Jn 14, 23).

- Mi Padre me ama y yo lo amo, mi alimento es hacer la voluntad del Padre (Jn 4, 34).
- Beber del corazón que es un corazón de comunión con el Padre.
- Toda la Obra de Cristo ha sido restablecer la humanidad perdida. Que todos sean uno como tú y yo. Padre somos uno, restablecer la unidad perdida (Jn 17, 21).
- La comunión es una señal de la presencia de JESÚS. El mundo nos va a creer si nos ven vivir en comunión. Los primeros cristianos ponían en común sus bienes y la gente decía “mirad como se aman” (Hch 4, 32-35).
- La comunión es certificación de la existencia de una vida cristiana verdadera. La comunión es una consecuencia, más que una exigencia del Amor de Dios.
- El Banquete escatológico es presentado como un Banquete de Comunión (Is 25, 6-8): todos estarán bien.

¿Cómo ser agentes de comunión?

- Por el testimonio, nuestra vida comunitaria es la primera forma de nuestro apostolado. El testimonio de comunión es ya evangelización.
- La comunión, la fraternidad, la ternura, la proximidad, el cariño, el amor que brota de los corazones deberían ser el distintivo nuestro al relacionarnos con la persona.
- Querernos unos a otros, no hablar mal de unos y otros, considerarnos los unos a los otros. Deberíamos hacer un pacto de fraternidad: no hablar mal unos de otros por detrás.

- Crear la mística del hermano: yo soy tu hermano. Yo soy guardia de mi hermano. La mayor dificultad de las comunidades está en el punto de partida. Si las personas no están dispuestas, no se puede hacer comunidad. Y en su proyecto de vida: “Lo que no está en la agenda no existe”.

c. En solidaridad con los pobres se trabaja por una sociedad justa y reconciliada

- Somos embajadores de la reconciliación. Nosotros evangelizamos a los ricos, siendo diferentes de ellos, evangelizamos a los pobres, siendo semejantes a ellos.
- Para formar una sociedad justa son necesarios dos brazos: justicia y misericordia; verdad y amor y ambos son necesarios. La justicia sin misericordia lleva a la dureza, a la rigidez, a la separación. La misericordia sin justicia lleva a paliativos, a no tomar una postura, a la superficialidad.
- Solidaridad con los pobres es estar con ellos, valorándolos como sujetos y a partir de ellos.
- Actitud de percibir que nosotros somos privilegiados.

3. Características propias de nuestra acción evangelizadora

Poseer disponibilidad para las urgencias y necesidades de la Iglesia discernida a la luz del Espíritu. Estar dispuesto, desapegado, con libertad interior. Esto es propio del Espíritu; es necesario estar con el Espíritu Santo; son necesarias la apertura, la flexibilidad, sin ningún apego a lo que da seguridad.

Estar conforme con el carisma que es algo propio, supone una disponibilidad activa, atenta y vigilante a los signos de los tiempos. El descubrirlos es tarea de todos. Es importante ser propositivos y participar de la búsqueda del diálogo.

Adaptarse a todas las circunstancias: vivir en la alegría y en la tribulación. Jesús es abierto a las necesidades que se le presentan. No es prisionero de una agenda rígida o de un esquema preestablecido. Lo que dice Pablo: ser débil con los débiles. La disponibilidad es discernida a la luz del Espíritu, actor principal de los hechos de los apóstoles.

4. LA MISIÓN DE JESÚS: Dar Vida en abundancia

a. «He venido para que tengan Vida y la tengan en abundancia».

Jesús, al hablar de su Misión dice: «Yo soy el Buen Pastor»: «el buen Pastor da su vida por las ovejas» (Jn 10, 7-16). «Por eso me ama el Padre porque yo doy mi vida para recobrarla. Nadie me la quita, sino que la doy por mí mismo...» (Jn 10, 17-18); y añade estas palabras en el contexto de su misión de Buen Pastor: «Yo soy la Puerta».

b. Jesús tiene clara la misión que ha recibido del Padre. Sabe para qué ha sido enviado a este mundo. Recordemos las palabras de Jesús a Nicodemo: «Sí, Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en Él no muera, sino que tenga la Vida eterna» (Jn 3, 16).

San Juan, conectando la misión de Jesús con el amor del Padre, nos dice: «Así Dios nos manifestó su amor: envió a su Hijo único al mundo, para que tuviéramos Vida por medio de él» (1Jn 4, 9). Esta misión de dar la vida la realiza Jesús por las palabras, los gestos, la entrega de su propia vida en la cruz. «Les aseguro que el que escucha mi palabra y cree en aquel que me ha enviado, tiene Vida

eterna» (Jn 5, 24); «las palabras que les dije son Espíritu y Vida» (Jn 6, 63).

Jesucristo mismo es la Palabra que «estaba junto a Dios y era Dios... En ella estaba la vida y la vida era luz de los hombres... Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 1-14). Jesús fue enviado por el Padre para que tuviéramos vida; por eso «recorría toda la Galilea, enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Noticia del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias de la gente» (Mt 4, 23).

Las palabras y los gestos de Jesús se refieren directamente a la Vida: las enseñanzas del Reino, la curación de los enfermos y la resurrección de los muertos manifiestan que Jesús ha sido enviado para comunicarnos la Vida. «Yo soy la Resurrección y la Vida, el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás» (Jn 11, 25-26), responde Jesús a la dolorosa experiencia de las hermanas de Lázaro: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto» (Jn 11, 21 y 32). Porque sienten que Jesús es la Vida: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6). «Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la Vida» (Jn 8, 12).

Jesús no solo nos enseña que Él es la Vida y nos da vida, sino que nos entrega su propia vida en la cruz. «No hay amor más grande que dar la vida por los amigos» (Jn 15, 13) y en la Eucaristía: «El pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo» (Jn 6, 51). «El Padre me ama porque yo doy mi vida» (Jn 10, 17).

- c. A la luz de la misión de Jesús, el enviado del Padre, para dar la Vida, se esclarece la nuestra.** Hemos sido elegidos para comunicar la Vida. «No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero» (Jn 16, 16). Es el modo y la urgencia para ser discípulos: «La gloria de mi Padre

consiste en que ustedes den fruto abundante, y así sean mis discípulos» (Jn 15, 8).

La condición indispensable es vivir en Cristo: «El que permanece en mí y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí nada pueden hacer» (Jn 15, 5). Hemos sido convocados hoy por Jesucristo para vivir y comunicar la Vida en medio de un mundo que la desea y la busca, pero no conoce el camino o lo busca entre «los falsos maestros» de la vida. «Porque han aparecido en el mundo muchos falsos profetas» (1Jn 4,1).

d. Tener la Vida en abundancia y comunicarla. Es para hacer una experiencia de vida en plenitud: vida humana y divina, temporal y eterna, Vida sagrada que se inicia en el seno de la madre, desde el primer momento de su concepción, y debe ser respetada hasta el último momento de la existencia.

El aborto y la eutanasia son crímenes horrendos contra la vida; como, también, lo son la droga, el alcohol y el fenómeno del suicidio juvenil, cada vez más creciente y preocupante.

La Vida no se cierra en el ámbito de lo personal y visible, de lo inmediato y terreno, de lo corporal y tangible. Vivir es nacer, crecer, desarrollarse; pero vivir es, al mismo tiempo, entender, amar, aprender a darse. Vivir es contemplar y amar la naturaleza, primera expresión de la belleza y de la bondad de Dios; es entrar en comunión profunda con todos los hombres creados a imagen de Dios y llamados a ser sus hijos en la novedad del Espíritu, que grita en nuestro interior: «Abbá, Padre» (Mc 14,36).

Vivir es caminar juntos en la esperanza hacia los cielos nuevos y la tierra nueva que Dios nos tiene prometidos. La Vida en abundancia abarca todo nuestro ser: cuerpo, alma y espíritu. Supone la salud del cuerpo, la formación de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad, y

el progresivo crecimiento en la fe, la esperanza y la caridad. Supone vivir en Dios por la gracia e ir creciendo cotidianamente en santidad.

5. Algunas claves para impulsar a la Misión de forma renovada, según José Antonio Pagola

- Del resentimiento a una lectura positiva de la crisis.
- De una Iglesia que interviene desde fuera a una Iglesia que camina.
- De una Iglesia, lugar de salvación a una Iglesia signo de salvación.
- Del esquema de la oferta y la demanda a la dinámica del diálogo.
- De la imposición de un sistema religioso a la propuesta de la fe.
- De la conservación de la Comunidad constituida a la Misión.
- De la repetición de la herencia a la creatividad.

1. Del resentimiento a una lectura positiva de la crisis

No es posible impulsar la misión desde actitudes negativas como el resentimiento, el victimismo, la pasividad o la evasión. Hemos de leer y de vivir la crisis de manera positiva. La Iglesia, animada por el Espíritu de Jesús, tiene recursos para vivir de manera evangélica esta situación inédita. La crisis es una ocasión única (gracia) para discernir la verdad de nuestro cristianismo y, más en concreto, la verdad de nuestra manera de entender y vivir el evangelio. He aquí algunas pistas de reflexión.

- a. Es necesario que primero nos situemos correctamente en la crisis.** La crisis religiosa que nosotros vivimos y sufrimos directamente no es sino un fragmento de la crisis global. Por eso, hemos de situarnos como Iglesia dentro de la cultura de la crisis, compartiendo en nuestra carne la crisis global del hombre moderno.
- b. Hemos de cambiar nuestro esquema mental.** Lo primero no es plantearnos qué retos ha de asumir la Iglesia o qué desafíos amenazan a la fe cristiana, sino a qué retos hemos de enfrentarnos los hombres y mujeres

de hoy y qué es lo que la Iglesia, metida ella misma en la crisis, puede vivir y proponer a la Humanidad.

c. Los cristianos no deberían sentirse tan desconcertados ante la crisis.

La Palabra de Dios, la venida del Reino, siempre está poniendo en crisis nuestros esquemas, nuestras construcciones racionales, nuestras instituciones y comportamientos. No hay nada que pueda ser calificado definitivamente como cristiano (civilización cristiana, sociedad cristiana, familia cristiana...). Lo cristiano es siempre «obediencia nueva» a Dios. La instalación de la Iglesia en el Imperio Romano, la construcción de la «cultura cristiana» en la sociedad medieval, la hegemonía de la Iglesia ha llevado a entender y vivir lo cristiano de forma cultural, segura, estable, definitiva.

d. La crisis nos va ir ayudando a comprender que la fe cristiana no es

una cultura, una ideología, un sistema social, sino conversión permanente al evangelio, renovación, actualización. La fe es posible en la crisis actual, pues Dios sigue actuando en el ser humano. Dios está en contacto inmediato con cada ser humano y la crisis de la modernidad no puede impedir la gracia de Dios a cada sujeto.

e. Están en crisis las religiones con sus tradiciones, ritos y construcciones

sistemáticas, pero Dios no está en crisis y sigue ofreciéndose y comunicándose a cada conciencia como Salvador, por caminos que no siempre pasan por las Iglesias ni por las religiones y que están más allá de las crisis o certidumbres de lo religioso.

f. Desde esta perspectiva, es un error «demonizar» en exceso la crisis

actual como si fuera una situación imposible para la acción salvadora de Dios y para la apertura del hombre al Misterio último. Probablemente, la situación actual no es ni más ni menos desfavorable que épocas precedentes. Cada individuo ha de decidirse en el interior de su conciencia ante ese Dios que, en cualquier cultura, pronuncia un «sí» creador y

salvador sobre la Humanidad y un «no» contra todas las fuerzas de destrucción de la creación.

2. De una Iglesia que interviene «desde fuera» a una Iglesia que camina con el hombre contemporáneo hacia el cumplimiento del Reino

- a. Frente al esquema pre-conciliar que hablaba de la Iglesia y el Estado como «dos sociedades jurídicas perfectas», el Vaticano II sitúa a la Iglesia no ante los Estados, sino ante el mundo. Según la doctrina conciliar, la Iglesia, por una parte, reconoce y respeta la autonomía y el dinamismo del mundo y, por otra, ofrece su propia contribución al desarrollo, cada vez, más humano de la sociedad. Sin embargo, la idea de una Iglesia «al servicio del mundo» se entiende con frecuencia como un «servicio autoritario» que se lleva a cabo como desde fuera. Una Iglesia, «*mater et magistra*» que no necesita escuchar a nadie, pues ya sabe lo que es bueno para la sociedad y trata de «imponerlo» a su manera.
- b. Parece necesario ir pasando de una Iglesia grande, segura, autoritaria y magisterial, que se coloca por encima de todos como si fuera depositaria de una santidad especial, a una Iglesia que camina con el hombre de hoy, una Iglesia vulnerable y pecadora ella misma, que sufre, que está en crisis y que acompaña desde dentro a la Humanidad hacia el cumplimiento del Reino. Es necesario pasar de una Iglesia que, a veces, solo parece enseñar, predicar y condenar, a una Iglesia que acoge, escucha y acompaña.
- c. Hemos de interiorizar dos datos de la doctrina conciliar. En primer lugar, la Iglesia es un fragmento de la ciudad terrena, parte integrante de la comunidad humana: La Iglesia «está presente en la tierra, formada por hombres, es decir, por miembros de la ciudad terrena que tienen la vocación de formar en la propia historia del género humano, la familia de los hijos de Dios» (*G. et Spes*, 4, 40).

La misión no se hace pensando en la Iglesia (su futuro, seguridad, derechos, privilegios), sino pensando en el bien de los hombres y mujeres. Hemos de saber inscribir a la Iglesia en la historia actual. Hemos de aprender a «vivir en minoría», no de manera hegemónica y prepotente, sino como fragmento. Desde ahí, aprenderemos a ser «semilla», «levadura», «sal», «luz».

- d. En segundo lugar, la Iglesia no se identifica con el Reino de Dios. El Reino desborda los límites de la Iglesia. La Iglesia ha de trabajar para acoger ella misma el Reino de Dios y su justicia, en el interior de la comunidad creyente. La misión no es el esfuerzo que hacemos los que ya estamos en el Reino de Dios para lograr que, también, otros que están fuera, se integren en la Iglesia y así, entren ya en el Reino. Lo ha dicho con claridad Juan Pablo II: «La Iglesia no es ella misma su propio fin, pues está orientada al Reino de Dios del cual ella es germen, signo e instrumento» (*Redemptoris Missio*, n. 18).

La misión no consiste en empeñarnos en que todos se integren en la Iglesia (aunque no acojan el Reino). La misión es que el Reinado de Dios crezca y sea acogido dentro y fuera de la Iglesia. *Battista Borsato* ha formulado así el status de la Iglesia: Vivir «caminando con el hombre contemporáneo hacia el cumplimiento del Reino». Caminando, dando pasos, no como «maestro» que enseña desde la posesión total y absoluta de la verdad, sino como «discípulo» que aprende escuchando a los hombres de hoy y en ellos la voz del Espíritu.

No es que la Iglesia se tenga que «adaptar» a estos tiempos. La Iglesia es de estos tiempos o no lo es. Estos tiempos son los suyos como todos los tiempos han sido, también, suyos a lo largo de veinte siglos. No hay una Iglesia «atemporal», conceptual, que se adapta

mejor o peor a cada tiempo. La Iglesia son los hombres y mujeres de hoy buscando el Reino de Dios y su justicia.

3. De una Iglesia, «lugar de salvación» a una Iglesia «signo de salvación»

- a. Por supuesto, la Iglesia es «lugar de salvación», la comunidad donde se puede hacer la experiencia de la salvación que Dios ofrece en Cristo. Este es el gran don de la Iglesia: poder acoger explícitamente la gracia salvadora de Cristo y su Evangelio, con todo lo que esto significa como fuente de sentido, principio inspirador de una vida ética y fundamento de la esperanza última. Sin embargo, la Iglesia no es el único «lugar de salvación».

Dios es más grande que la Iglesia, y el encuentro del hombre con el misterio de Dios y de Dios con el misterio del hombre se da en toda existencia, por caminos que no pasan necesariamente por ella. Hemos de aprender a vivir en una Iglesia que está dejando de ser para muchos «lugar de salvación» pues ya no entran ni viven en ella.

- b. La Iglesia no ha de dejar de ser «signo de salvación» (terminología del Vaticano II: la Iglesia «como sacramento» (L. G. n. 1). Un signo que apunta hacia una salvación que tampoco ella posee de manera plena. Un signo que indica el camino, estimula, inquieta, interpela en la medida en que ella misma acoge la salvación.

A mi juicio, la crisis nos está urgiendo a reconocer más la relatividad de la Iglesia (solo Dios es Absoluto y necesario para la salvación), a valorar mucho más la acción de Dios fuera de la Iglesia, en medio de las experiencias profanas de la vida, y a dar mucha más importancia al testimonio.

- c. El elemento esencial de una Iglesia «signo de salvación» es el testimonio. Este constituye la fuerza fundamental de la Iglesia para

evangelizar. La verdad del Evangelio no es testimoniada por estar redactada en los documentos del magisterio o expuesta en los estudios de los teólogos. La verdad aparece en las personas. En ellos resplandece el Evangelio (*veritatis splendor*).

La misión la llevan a cabo los testigos de una realidad nueva, de una transformación, de un estilo de vida nuevo, de un sentido y una esperanza nueva. Por eso, Jesús confía su misión no a unos jerarcas, teólogos, escribas, liturgistas, sino a testigos: «Vosotros recibiréis una fuerza cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y de este modo seréis mis testigos en Jerusalén en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Hch 1, 8).

La misión no se apoya en la Jerarquía, en el clero, en la eficacia de las obras, el número de practicantes. Lo decisivo de una Iglesia «signo de salvación» son los testigos, las comunidades-testigo.

4. Del esquema de la oferta y la demanda a la dinámica del diálogo

- a. De manera más o menos consciente, la acción evangelizadora de la Iglesia se rige, en buena parte, por el esquema de «la oferta y la demanda». La Iglesia tiene una «oferta» que responde a las «demandas» del ser humano. Este esquema conduce en la pastoral a planteamientos de este género: ¿por qué al hombre y la mujer de hoy no le interesa la oferta de la Iglesia o por qué su demanda religiosa no es la de otros tiempos? ¿Cómo puede hoy la Iglesia mejorar su oferta religiosa y hacerla más atractiva? ¿Cómo podría interesar más la oferta al hombre de hoy?

Hay mucho de verdad en este tipo de planteamientos, pero hemos de ahondar más. El Episcopado francés en su conocido documento «*Proposer la foi dans la société nouvelle*» afirma que las personas con las que entramos en contacto «no deben ser consideradas, según una lógica de mercado, pura y simplemente de clientes de la Iglesia,

dispuestos a consumir pasivamente lo que nosotros les vayamos a proponer».

Vivimos en una sociedad pluralista. El pluralismo de convicciones, ideologías, posiciones religiosas y morales es un dato irreversible. No se prevé en el futuro inmediato sociedades hegemónicas y homogéneas. Lo nuevo es que la sociedad no solo acepta este pluralismo, sino que lo reconoce como valor deseable. El pluralismo tiene hoy un valor simbólico de tolerancia, respeto al diferente y apertura de espíritu. En esta cultura, es difícil que se acepte a quien se presenta con la pretensión de imponer su oferta como absoluta. Todos han de renunciar a posiciones de hegemonía o monopolio. El pluralismo invita más bien al diálogo y la mutua escucha.

- b.** Es cierto que hay que mejorar la presentación de la oferta, el «marketing», el lenguaje, el estilo de cristianismo, el modo de creer, pero la Iglesia ha de aprender a dialogar, a comunicarse con el hombre de hoy de otra manera.

Hoy evangelizar es «dialogar», escuchar las verdaderas demandas del ser humano, compartirlas, buscar juntos sentido, horizonte, esperanza. La Iglesia habla mucho (expone, enseña, dictamina, condena, exhorta...) pero, en una sociedad pluralista, un mensaje unidireccional, apenas es escuchado.

Hemos de entrar decididamente por la vía del diálogo, aunque no sabemos por tradición qué es una Iglesia dialogante (a no ser por estrategia). El documento «Diálogo y Misión» llega a afirmar que «el diálogo es la norma y el estilo indispensable de toda misión cristiana y de cada una de sus formas, ya se trate de la simple presencia, del testimonio, del servicio o del anuncio directo. Una misión que no estuviera impregnada del espíritu de diálogo sería contraria a las exigencias de la naturaleza humana y a las enseñanzas del Evangelio» (1984).

5. De la imposición de un sistema religioso a la propuesta de la fe

- a. La Iglesia ha sido en la llamada «sociedad de cristiandad» una institución que ejercía una fuerte hegemonía: controlaba las conciencias de los ciudadanos, imponía el comportamiento individual y social. La familia, la escuela, las instituciones sociales y políticas se regían en buena parte por las directrices de la Iglesia. Hoy la Iglesia ha perdido su hegemonía. Más aún, según los sociólogos, estamos pasando de una «sociedad de la prescripción» a una «sociedad de la inscripción» (*Michel Foucault*). Antes eran las instituciones las que «prescribían» a los individuos, los deberes, las consignas, el sentido y la praxis de vida; ahora, son, más bien, los mismos individuos quienes deciden y determinan su escala de valores, el sentido que quieren dar a su vida, etc. (sexo, pareja, religión, etc.).

La Iglesia sigue, todavía, anunciando un «sistema religioso» con la pretensión secreta de encuadrar a todos en la institución eclesial: exposición de una doctrina que se ha de aceptar obligatoriamente; catequesis totalizante que dicta a todos lo que se ha de creer, cumplir y practicar sin escuchar al sujeto, su trayectoria, sus posibilidades y necesidades; presentación de un código de obligaciones y prohibiciones.

- b. Hemos de aprender un estilo nuevo de «proponer la fe en la sociedad actual». «Nosotros hemos de acoger el don de Dios en condiciones nuevas y, al mismo tiempo, volver a encontrar el gesto inicial de la evangelización: el de la proposición simple y resuelta del Evangelio de Cristo» Proponer la fe no es imponer ni presionar. Es ofrecer, invitar, someterse a la posible adhesión o rechazo.

He aquí, dos pistas de reflexión. Casi de manera inconsciente, la Iglesia propone la fe como deber u obligación. Pero, en la sociedad moderna y plural, difícilmente se acepta una fe propuesta como

«imperativo». Todavía, hoy, muchos practicantes entienden y viven su fe como un deber y una ley que aceptan para no arriesgar su suerte final. Otros muchos lo han abandonado todo porque lo entendían y vivían como un peso que recortaba su libertad y ahogaba su deseo natural de vivir plenamente. La presentación cuasi-impositiva de un sistema religioso difícilmente tiene eco.

- c. Es necesario aprender a proponer la fe como una invitación a vivir. «El Evangelio de Cristo es esperado de manera nueva: como una fuerza para vivir, para suscitar opciones y compromisos que van más allá de las fronteras visibles de la Iglesia. El Evangelio es esperado por jóvenes que dudan de su libertad y que tienen necesidad de encontrar razones para vivir, para amar la vida, para existir de manera sensata y responsable».

Proponer la fe no es proponer un sistema, sino un camino (*hodos*) (Hch 18, 25-26; 19, 9). «Camino nuevo y vivo», «inaugurando por Él para nosotros» (Hb 10, 20) un camino que se recorre «con los ojos fijos en Jesús, el que inicia y consuma la fe» (Hb 12, 2).

La fe cristiana es un camino a recorrer. Un camino supone búsqueda, obstáculos, dudas, aciertos, retrocesos, interrogantes. Todo es parte del camino. En ese camino no todos avanzan mucho. ¿Cuántos celebrarán dentro de unos años la Eucaristía?

En el camino hay etapas, momentos y situaciones diferentes. Hemos de superar dilemas irritantes del «todo o nada». ¿No puede ser la Iglesia un espacio más plural, pedagógico, de discernimiento y acompañamiento?

6. De la conservación de la comunidad constituida a la misión

Juan Pablo II lanzó en 1995 una especie de consigna en Palermo: «Ha llegado el momento de pasar de la conservación a la misión». ¿Qué puede significar esto? ¿Qué hay que abandonar? ¿Qué es lo nuevo que hay que impulsar?

Es cierto que la misión implica una dinámica de desplazamiento, un «ir hacia», un movimiento hacia lo otro, una penetración en la sociedad. Lo subrayan todos los evangelios «Id por todo el mundo» (Mc 16, 15); «Id y haced discípulos a todos los pueblos» (Mt 28, 19) «Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea...» (Hch 1, 8). La misión exige descentramiento, salida, desinstalación.

Tenemos el riesgo, después de siglos de cristianismo, de centrar casi todas las energías en lo que se llama «pastoral ordinaria». Una pastoral ligada al territorio (parroquia), centrada, sobre todo, en la liturgia, la catequesis y la acción caritativa. Una pastoral que se ha mantenido sustancialmente invariable desde su consolidación en Trento, que hoy absorbe las mejores energías de los presbíteros y laicos más valiosos y que, según algunos, se ha convertido en un impedimento para el impulso de una evangelización más decidida y misionera.

Las preguntas son muchas: ¿Qué relación ha de haber entre esta «pastoral ordinaria» y la dinámica misionera? ¿Desde dónde impulsar la misión? ¿Cómo articular la «pastoral ordinaria» y otras formas de acción estrictamente misionera? ¿Estamos haciendo lo adecuado o estamos siendo prisioneros de un esquema que nos impide pensar y actuar de manera diferente?

Hay que recordar, antes que nada, que toda comunidad constituida es siempre «enviada», llamada a ser «signo de salvación» más allá de sus límites. La misión es propiamente «dilatación» o «expansión» de lo que vive la comunidad cristiana. De alguna manera, la misión comienza por lo existente y lo existente son esas comunidades donde, a pesar de sus deficiencias y limitaciones, es posible hacer la experiencia cristiana de Dios.

Una «pastoral misionera» «junto a» o «al margen de» la comunidad constituida corre diversos riesgos: crear expectativas sin contexto comunitario permanente; constituir grupos «auto-referenciales» (grupos de amigos); subjetivación de la misión, etc....

Pistas de reflexión:

- Purificar la pastoral ordinaria de lo que no permite hacer reconocible la comunidad de Jesús.
- Asumir la preocupación por la misión como criterio para simplificar tareas y actividades (no todo lo que se hace es necesario ni evangelizador de la misma manera).
- Concienciar al laicado en una línea más misionera (diálogo, comunicación de la experiencia cristiana, gestos testimoniales, acogida a personas que se sienten incómodas en la Iglesia).
- Ensayar pequeñas experiencias de acogida, encuentro y diálogo (nivel inter-parroquial).

7. De la repetición de la herencia a la creatividad

- a. De manera general, la Iglesia tiende a actuar inspirándose en la tradición. La creatividad es un concepto ausente prácticamente del Magisterio de la Iglesia. Sin embargo, una Iglesia sin creatividad es una Iglesia condenada de antemano a estancarse en la decadencia, pues las soluciones del pasado no sirven para resolver los problemas inéditos del presente. Durante muchos siglos, la tradición ha constituido «la forma estructurante de las sociedades pre-modernas».
- b. La tradición ofrecía un código de saberes, valores y comportamientos que se transmitía de generación en generación y regía la conducta individual y colectiva en la sociedad tradicional. La breve vida de cada individuo se insertaba con toda espontaneidad en esa larga tradición de siglos. Hoy no es así. Las tradiciones han perdido su autoridad; el pasado es fácilmente descalificado si no se ve su interés

por el futuro. Si la religión se queda en un «asunto del pasado» perderá toda plausibilidad.

¿Es posible avanzar hacia una Iglesia configurada por la creatividad?

He aquí algunas pistas de reflexión:

- La Iglesia no está necesariamente vinculada a ninguna cultura particular ni a una época determinada del cristianismo. Lo único que la vincula y la funda es el Acontecimiento «Jesucristo» (la Tradición fundante, originaria). Nunca hay que confundir esta Tradición fundante con otras tradiciones eclesiológicas o «tradiciones receptoras», que son de otra naturaleza, no fundantes, sino nacidas solo para mantener la fidelidad a Cristo desde una comprensión hecha desde otro contexto cultural.

Es un error atribuir un carácter definitivo e inmutable a estas tradiciones eclesiológicas y quedar prisioneros de una determinada comprensión y vivencia del hecho cristiano, desde un contexto histórico y cultural que no es el nuestro. Este peligro crece cuando se identifica la tradición con lo establecido por el Magisterio de la Iglesia.

- La creatividad puede ser definida, de manera general, como «la capacidad de reacción en presencia de problemas inéditos». Esta creatividad es hoy considerada como una actitud indispensable del espíritu humano en la sociedad moderna. La creatividad no sólo es necesaria hoy. Ha existido siempre. «La creatividad era en otros tiempos, sobre todo, durante los primeros siglos de la Iglesia, un hecho evidente, vivido espontáneamente, respondiendo a las necesidades inmediatas de las comunidades».

Impresiona la capacidad del cristianismo para pasar del contexto cultural y lingüístico arameo al griego o al latino. La época actual tiene tanto derecho a la creatividad como otras.

- La Iglesia actual tiene miedo a instituir hoy la creatividad como metodología necesaria. Tiene miedo a que se abran brechas y se toque lo intocable: la creatividad es fácil de confundir con la espontaneidad, la improvisación, la fantasía, la no directividad, el inconformismo, la disolución.

El miedo es razonable ante experiencias arbitrarias y novedades sin fundamento que no conducen a ninguna parte, pero se puede caer en una arbitrariedad peor y que consiste en oponerse sistemáticamente a toda búsqueda o esfuerzo de renovación, promoviendo la inercia y el inmovilismo, signos claros de apagamiento del Espíritu.

- La verdadera creatividad no se funda en la espontaneidad ni la improvisación. No se pone en marcha sin referencia al pasado, sin análisis ponderado de la situación inédita, sin reflexión o preparación. Nace de la exigencia de una mayor fidelidad al Acontecimiento Fundante, desde nuestro contexto socio-cultural y nuestros problemas.

No basta el «voluntarismo pastoral», la repetición del pasado, el atenerse a lo establecido. Respetar lo establecido no significa necesariamente fidelidad al Evangelio como tampoco el romperlo. Lo establecido, (v. g.) el Derecho Canónico como «el conjunto de leyes propuestas, elaboradas o canonizadas por la Iglesia, en una determinada época», no es la última referencia ni el principio de vida cristiana.

- En adelante, será, cada vez, más importante la creatividad, la obediencia al Evangelio, que es lo que pone vida en la Iglesia, introduce el Espíritu, abre caminos, alienta a buscar salidas nuevas a situaciones nuevas.

La tarea es delicada, pues supone actuar no contra lo establecido; pero tampoco, según lo establecido, sino por caminos nuevos. Supone,

también, una operación de «deconstrucción», de viejos esquemas mentales, comprensión renovada del hecho cristiano y reconstrucción de nuevos caminos bajo la acción del Espíritu: Sujeto trascendente de la Tradición.

BIBLIOGRAFÍA

Fontaine, P. SS.CC. (1985). *Reflexiones sobre la adoración*. Chile.

Menchón Domínguez, M. A. *Caridad de las primeras comunidades cristianas*. Disponible en:

www.elalmendro.org/epsilon/articulos/docum3005.htm

Pagola, J. A. *Algunas claves para impulsar la Misión de manera renovada*.

Disponible en: www.cpalsj.org/publicue/cgi/cgilua.exe/sys/start.htm?...sid...

Sagrada Biblia. (1969). Jerusalén: Ed. Desclée de Brouwer .

Sagrada Biblia. (1994). De América: Ed. La Casa de la Biblia